
CARLOS ILLADES
EL FUTURO ES NUESTRO
HISTORIA DE LA IZQUIERDA EN MÉXICO
OCEANO


CARLOS ILLADES
EL FUTURO ES NUESTRO
HISTORIA DE LA IZQUIERDA EN MÉXICO
OCEANO

El futuro es nuestro

Historia de la izquierda en México

Carlos Illades

OCEANO

Para mi nieta

Debemos pensar en grande. El hábitat natural de la izquierda siempre ha sido el futuro y este terreno debe ser reclamado.

NICK SRNICEK Y ALEX WILLIAMS

PREFACIO

Crece la presunción que distinguir entre izquierda y derecha carece de sentido dado que comparten un conjunto de políticas cuando gobiernan. Como los partidos son corruptos, piensan otros, todos son iguales. Sin descartar la abultada evidencia que sustenta dichas aseveraciones, esbozar en esos términos la reflexión acerca de la política oscurece más que aclara el análisis. Si todos son lo mismo, optar por uno u otro no es más que una forma rebuscada de perder el tiempo. Y escribir sobre ello, una especulación ociosa. Debajo de estas ideas subyace el supuesto de que ningún cambio es posible (al menos que signifique empeorar), lo que se traduce en el reforzamiento del statu quo, además de retraer al ciudadano común de la deliberación pública. También alienta la convicción de que la auténtica transformación es exógena al sistema político, que el verdadero cambio germina en otros espacios, lo cual tampoco deja de ser cierto. De todos modos, fuera o dentro de la política institucional izquierda y derecha son opciones diferenciadas e incluso antagónicas.

Este volumen argumenta que todavía podemos concebir a la izquierda como una corriente política singular que, no obstante haber mudado a lo largo del tiempo, posee un perfil ideológico y una práctica política característicos, esto es, tiene una identidad propia. Desde un principio, la izquierda se trazó el objetivo de resolver la “cuestión social”, el gran problema planteado por la sociedad industrial. Es cierto que la pobreza de las clases subalternas venía de antiguo, la novedad del mundo fabril residía en que mientras aumentaban como nunca antes la capacidad productiva y la riqueza, crecían la pobreza y el desempleo también como nunca. Todo menos natural pareció esta ecuación a la naciente izquierda, algo había de hacerse para reducir los costos sociales del progreso material. La asociación fue la alternativa mejor calificada, antes que la revolución social se impusiera en el imaginario del cambio como la opción más realista. De cualquier manera, no era en la restauración de un pasado perdido o en la prolongación de un presente insatisfactorio en el que anclaba la perspectiva de izquierda, era el futuro quien le servía de asidero. Y en efecto lo era. Antes que nadie, esta fuerza política reivindicó derechos que ahora son universales: el sufragio para las clases populares, la regulación de la jornada laboral, la igualdad entre los sexos, la autodeterminación de los pueblos y un largo etcétera.

Además de esto, la izquierda se ha caracterizado por aliarse con los movimientos sociales y pertenecer a redes internacionales. El comunismo y la socialdemocracia tuvieron como objetivo prioritario intervenir en el movimiento obrero y ganar al proletariado fabril a su causa. El anarquismo hizo otro tanto a través del anarcosindicalismo y de la intervención directa en las insurrecciones agrarias de corte comunalista. Hoy día las izquierdas emergentes mantienen vínculos con los movimientos sociales o buscan conseguirlos. Comunistas, socialdemócratas y anarquistas iniciaron la globalización de las izquierdas constituyendo organizaciones internacionales. Ello les permitió difundir la literatura política, transmitir experiencias e incorporar a los militantes a realidades distintas a las de sus países de origen. Por añadidura, esta práctica reforzó la coherencia ideológica de estas corrientes, y favoreció el cosmopolitismo intelectual y político de sus miembros.

Ahora bien, no todas las izquierdas comparten las mismas estrategias políticas. Anarquistas y comunistas han sido partidarios de la lucha revolucionaria basada en la insurrección popular, si bien es cierto que para los anarquistas ésta tiene una naturaleza espontánea, mientras que para los comunistas es fundamental una organización que la active. Con el eurocomunismo, la estrategia política de éstos viró en dirección de la participación electoral. A este respecto, los socialdemócratas han sido consistentes al utilizar los mecanismos de la democracia representativa. Otras izquierdas prefirieron actuar fuera de la política formal y optaron por la lucha armada o concentrando su acción en organizaciones de la sociedad civil, lo cual no excluye la combinación de ambas formas de intervención política.

El lector encontrará en estas páginas una reconstrucción histórica de la trayectoria de la izquierda mexicana a lo largo de 150 años, desde su primera organización en 1871 hasta el presente, que procura trazar las líneas de continuidad en su ideario y luchas. Pretende también explicar la respuesta de la izquierda a las principales coyunturas históricas y a los movimientos sociales de cada periodo, lo que obliga a hablar de las líneas de fuga y de las diferencias. Junto con una escala temporal de larga duración, el volumen enmarca a la izquierda dentro del plano global e intenta reconocer puntos de contacto posibles con otras izquierdas. Por último, el libro es sintético, lo que exige una economía expositiva y obviar detalles secundarios. Para subsanar las posibles lagunas, abundar en los acontecimientos relatados u ofrecer explicaciones alternativas, incorpora una bibliografía selecta al final. Mi gratitud a Rogelio Villarreal por su amable disposición a publicarlo.

Chapultepec, diciembre de 2017

1

POR QUÉ LA IZQUIERDA

La izquierda tiene una historia larga que inicia con la Revolución francesa. El 14 de julio de 1789 la Asamblea Nacional acotó en el proyecto constitucional la prerrogativa del veto del monarca, anteponiendo a la voluntad real la soberanía popular. Por la circunstancia de que los promotores de la iniciativa estaban sentados aquel día a la izquierda del presidente del órgano legislativo, en adelante esa posición simbolizaría el rechazo al statu quo. Fue después que la izquierda adoptó la solución de la llamada “cuestión social” como objetivo de su acción política, adjetivándose socialista.

La tematización de la cuestión social es previa a la existencia de la izquierda. Utopía (1516), de Tomás Moro, fincó la reproducción social en el trabajo, y la felicidad colectiva, en la abolición de la propiedad privada, la distribución equitativa y justa de los bienes, combatiendo un orden “en el que lo mejor pertenece a los peores… en que unos cuantos se reparten todos los bienes, disfrutando de todas las comodidades, mientras la mayoría vive en la miseria”. Los radicales de la Revolución inglesa del siglo XVII también pretendieron acabar con la propiedad privada y aspiraron a la autosuficiencia económica, dentro de una vida comunitaria basada en el respeto del individuo. Entrado el siglo XVIII, Diderot instó a los revolucionarios estadunidenses a que en el nuevo mundo que pretendían construir evitaran “una división de la riqueza demasiado desigual, lo que resulta en un pequeño número de ciudadanos opulentos y una multitud de ciudadanos que viven en la miseria, de donde proviene la arrogancia de unos y la humillación de otros”.[1] Rousseau estaba cierto de que la riqueza de pocos descansaba en la miseria de muchos, en tanto que Goethe destacó la presencia de “masas que recíprocamente se enfrentan en el mundo”, en una discordia permanente. Adam Smith asumía que los buenos salarios elevaban la productividad de la mano de obra, en tanto que Condorcet y Paine consideraron a la educación pública y la seguridad social instrumentos idóneos para reducir la desigualdad social.

La Revolución industrial fue laboratorio del movimiento obrero y del primer socialismo. Con el desarrollo tecnológico, el artesanado perdió la independencia

viéndose obligado a proletarizarse, los oficios se degradaron al perderse los controles gremiales sobre su aprendizaje, aumentó la competencia por el empleo al incorporarse mujeres, niños e inmigrantes al mercado de trabajo. Entretanto, las máquinas desplazaron a los trabajadores calificados. La rebelión luddita de 1811-1816 —llamada así por que hacía referencia a un mítico Ned Ludd— destruyó telares mecánicos como protesta ante la pérdida del empleo a la vez que tentativa fallida de desembarcar la revolución en costas inglesas. En 1830 los trabajadores agrícolas destrozaron en el sur de Inglaterra trilladoras mecánicas e incendiaron graneros en nombre del Capitán Swing, dejando mensajes amenazantes a los propietarios. Y, al finalizar esta década y comenzar la siguiente, Las Hijas de Rebeca, en Gales y el sur de la isla británica, mostraron violentamente su descontento con el cobro de peajes considerados injustos. La horca y deportaciones a Australia (Swing) y Tasmania (Rebeca) conformaron la didáctica del escarmiento empleada por la monarquía.

La Revolución francesa había otorgado derechos políticos a las clases propietarias o “ciudadanos activos”, mas no a las clases populares o “ciudadanos pasivos”. Y la “Declaración de los derechos del hombre y el ciudadano”, del 26 de agosto de 1789, dejó intacta la esclavitud en las colonias. Esto ocurrió en paralelo a la anulación de los derechos de asociación, reunión, coalición y huelga de los trabajadores, de acuerdo con la Ley Chepalier del 14 de junio de 1791. Para 1830 proletario era en Francia un individuo carente tanto de propiedad como de derechos políticos. Los trabajadores tuvieron que luchar para obtener el voto. Éste fue el objetivo fundamental del movimiento cartista, conocido con ese nombre porque en 1838 la Asociación Obrera de Londres circuló la Carta del pueblo. El documento demandaba el sufragio universal masculino, el voto secreto, la apertura de la representación política a las clases trabajadoras, además de que los parlamentarios devengaran un sueldo a fin de permitir el acceso de estas clases a la política. Después de 10 años de lucha, el movimiento se diluyó sin alcanzar sus objetivos fundamentales, mientras en la vecina Francia el derecho a huelga fue reconocido en 1864 y la sindicalización en 1884.

Frente al desasosiego trabajador provocado por la Revolución industrial comenzaron a configurarse alternativas para reorientar el curso pautado por el desarrollo tecnológico y la libre concurrencia económica. El cooperativismo de Robert Owen (1771-1858) fue la primera ideología del movimiento obrero, y soldó el vínculo entre la izquierda y la cuestión social que definirá al socialismo. El empresario galés trató de prevenir las crisis económicas y el desempleo (atribuibles para él a la reducción de la demanda de bienes) manteniendo los

salarios altos incluso en tiempos de estrechez. Como alternativa al utilitarismo —fundamento filosófico de la economía neoclásica que ponderaba el beneficio máximo y la competencia por encima de cualquier consideración de carácter moral— Owen propuso un sistema asociativo basado en la cooperación dentro del cual se sumaran los pequeños capitales de los trabajadores y parte de las ganancias se distribuyeran entre los socios de acuerdo con el aporte de cada uno, empleándose la otra porción de las utilidades para capitalizar la empresa. En el modelo cooperativo la solidaridad prima sobre la competencia y el bien común es resultado del esfuerzo colectivo. De esta manera, la asociación, como principio organizativo de la producción y del disfrute de los bienes, se incorporó al ideario de la izquierda. Y el editor, pensador y político parisino Pierre Leroux (1797-1871) fue quien llamó socialismo a este cuerpo de ideas.

El socialismo forma parte de la tríada ideológica dominante en la modernidad; liberalismo y conservadurismo la completan. Para el liberalismo el fundamento de la libertad está en la propiedad privada, pues es la que provee al individuo de autonomía indispensable para la realización personal. En el origen, que se remonta al siglo XVII con John Locke, el liberalismo fue una reacción de la burguesía en ascenso contra el poder absoluto del monarca por lo que, apoyándose en la doctrina del derecho natural, procuró potenciar al individuo frente al Estado. Esta relación debería ser directa, sin la interferencia de corporaciones o agregados colectivos que la obstaculizaran. Esa premisa, de entrada, lo haría confrontarse con el socialismo, además de su hostilidad hacia las clases populares que el liberalismo consideraba no aptas para participar en la deliberación pública. El liberalismo vindicó la representación política, pugnó por el sufragio censitario —por lo que en principio no aceptó la democracia— y consideró a la ley como instrumento del orden y garantía de la libertad.

El conservadurismo creció en las entrañas de la Santa Alianza, constituida por los absolutismos europeos tras la derrota napoleónica en Waterloo. En pocas palabras éste constituye una reacción a la Revolución francesa en general, y al movimiento popular de 1793 que dio vida a la primera Comuna de París, en particular. Por tanto, no sorprende que el conservadurismo cimentara su propuesta política en el orden. De acuerdo con el conservadurismo, la sociedad y el Estado deben tener jerarquías apuntaladas por la tradición. Para éste, la libertad y la democracia condujeron al gobierno del populacho, instaurando un igualitarismo que liquidó la libertad individual. El conservadurismo es aristocrático y lo perturba la movilidad social. En consecuencia, reniega de la clase media (identificada en el siglo XIX con la burguesía), que fincó su ascenso

social en la riqueza y el mérito, y de las clases populares, promotoras del desorden y la violencia dada su ausencia de valores.

La fraternidad es el postulado de la Revolución francesa que el primer socialismo trató de realizar. Una sociedad autorregulada de productores libremente asociados, la justicia distributiva, la igualdad de género y racial, la armonía del hombre con la naturaleza y el progreso como fin de la especie, constituían los fundamentos de la sociedad ideal esbozada por aquél. Para el socialismo romántico el convencimiento era el único método de acción permisible y la regeneración social era solamente asequible mediante la asociación, entendida ésta como la conformación más racional y organizada de la vida colectiva. El primer socialismo creía posible la concordia entre las clases productivas, dado que su conflicto fundamental era con la aristocracia, la Iglesia y los capitalistas. El socialismo romántico rechazó la política —actividad profesional encomendada a una casta o clase parasitaria— aspirando a que la esfera económico-social fuera quien decidiera acerca de lo público. Henri de Saint-Simon (1760-1825) priorizó la técnica para incrementar el desarrollo industrial, en tanto que Charles Fourier (1772-1837) destacó las relaciones humanas en su sistema de atracción pasional. Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865) postuló los mecanismos de financiamiento que hicieran posible una sociedad armónica e igualitaria. Felicité de Lamennais (1782-1854) puso atención tanto en la libertad religiosa como en la extensión de los derechos políticos a las clases populares, para obtener mediante la democracia la emancipación económica y social. Louis Auguste Blanqui (1805-1881) privilegió la estrategia insurreccional para que un grupo disciplinado y compacto asaltara el poder político. Y Flora Tristán (1803-1844) no dejó de ver la relación estrecha entre la opresión de la clase trabajadora y la del género femenino.

Ya en la década de 1830 se habían constituido en Andalucía los primeros grupos de seguidores de Fourier, teniendo a la cabeza a Joaquín Abreu y Orta (1782-1851), quien lo conoció a él y a Victor Considerant en 1833. Dos años después, con el pseudónimo de “Proletario”, Abreu publicaba sus primeros artículos políticos en El Grito de Carteya. Más adelante, Fernando Garrido Tortosa (1821-1883) y Federico Carlos Beltrán del Rey entraron en contacto con Abreu y con la escuela societaria francesa, creada por Fourier y continuada por su discípulo Considerant. Abreu y Garrido expurgaron las fantasías de la doctrina de Fourier para formular una propuesta política creíble y difundirla a un público más amplio. Abreu separó la ciencia social, que conducía a la armonía, de la cosmogonía fourierista, para eludir la reacción católica. Entretanto el socialista

murciano adicionó a la doctrina societaria de Fourier elementos de Owen y Proudhon, de manera tal que dividió la historia en cuatro etapas que conducían hacia el perfeccionamiento moral de la humanidad (esclavitud, servidumbre, proletariado y fase societaria). En esta última, todos los trabajadores serían propietarios por medio de la asociación.

El socialismo europeo frecuentemente miró hacia América. El conde de Saint-Simon participó en la independencia de las Trece Colonias y en 1783, antes de su regreso al Viejo Continente, propuso al virrey de la Nueva España crear un canal interoceánico con el propósito de comunicar a Europa con Asia, mientras que Fourier envió un volumen de sus obras al doctor Gaspar Rodríguez de Francia, el longevo dictador paraguayo. A principios del siglo XIX, el químico e industrial Jean-François Clouet y el matemático François-Guillaume Coëssin trataron de formar una “república de hombres libres” en Guyana. La escritora socialista y feminista francesa Flora Tristán estuvo en Perú entre 1833 y 1834, en tanto que el geógrafo belga Elisée Reclus (1830-1905) viajó a Colombia en 1855, donde elaboró un proyecto que integraba bajo una entidad comunal a trabajadores asiáticos, indígenas y europeos. Los franceses Jean-Baptiste Eugène Tandonnet y Amédée Florent Jacques se instalaron en el Río de la Plata, mientras Louis Léger Vauthier y Benoît Jules Mure lo hacían en Brasil.

François-Nöel [Gracchus] Babeuf (1760-1797) encabezó la “Conjura de los Iguales” en 1795-1796, tentativa insurreccional que pretendía derrocar al Directorio —Ejecutivo instalado en 1795 tras la ejecución de Robespierre—, hacer vigente la Constitución de 1793 —que reconocía los derechos del hombre y el ciudadano, la libertad económica, el sufragio universal y la república—, transformar la propiedad privada en una comunidad de bienes y de trabajos para alcanzar la dicha común y “la igualdad de los disfrutes”, además de proclamar la “ley agraria” que redistribuyera la tierra entre los campesinos. Descubierta la conspiración, aprehendieron a Babeuf, para después guillotinarlo. Filippo Buonarroti (1761-1837), también parte del Comité de Insurrectos a cargo de la revolución babuvista, dio a conocer en 1828 durante su exilio en Bruselas la historia de la Conjura de los Iguales. Con el babuvismo “el comunismo, hasta entonces un sueño utópico, se erigía en sistema ideológico: con la Conjura de los Iguales entraba en la historia política”.[2]

Viaje a Icaria (1842), de Etienne Cabet (1788-1856), desarrolló los principios comunistas bajo la forma de una utopía literaria donde se eliminaban el dinero y la propiedad privada, había un gobierno democrático y un sistema

parlamentario inspirados en la Convención revolucionaria francesa y la Constitución estadunidense. El método para propagar la doctrina cabetiana se basaba en el convencimiento, asumiendo que la exposición de las bondades del comunismo y su evidente superioridad sobre el egoísmo burgués persuadiría al resto de la sociedad de la ventaja de adoptarlo. Después el abogado galo trató de llevarlo a la práctica en Nauvoo, Illinois. Los cabetianos fueron los primeros en recibir el apelativo de "comunistas".

Con la presencia del exilio alemán en Europa occidental, el comunismo tendrá en los principados germanos su patria adoptiva. Wilhelm Weitling (1808-1871), un sastre autodidacta que enseñaba lenguas clásicas, participó en la Liga de los Proscritos de 1834, escindiéndose de ésta para formar la Liga de los Justos en 1837. Era ésta una sociedad semisecreta republicana que seguía las ideas de Babeuf fundiéndolas con un cristianismo apocalíptico. Se adhirieron a la organización trabajadores alemanes exiliados en Londres, París, Bruselas y Ginebra. El sastre alemán era antimilitarista y partidario del internacionalismo obrero. También creía que la revolución la realizarían los grupos más desfavorecidos de la sociedad, parias y presidiarios que no tenían nada que perder, pero disponían de una gran voluntad de luchar. Weitling escribió El hombre tal como es y tal como debería ser (1839), Garantías de la armonía y de la libertad (1842) y El Evangelio del pobre pecador (1843). El sastre alemán conoció a Karl Marx (1818-1883) en Bruselas en 1846. El encuentro fue ríspido a pesar de que Marx había celebrado en su momento la edición de Garantías de la armonía y de la libertad como "el debut magnífico y brillante de la clase obrera alemana". Después de escucharlo un rato, Marx lo interpeló: "¿Con qué argumentos defiende usted su acción social revolucionaria y sobre qué bases se propone establecerla?". Weitling respondió de una manera confusa y evasiva, por lo que el colérico Marx golpeó la mesa y exclamó "La ignorancia nunca ha servido para nada". Ya no hubo más.[3]

Marx y Friedrich Engels (1820-1895) se conocieron en Colonia en 1842. Entonces Marx dirigía la Gaceta Renana de la que Engels era colaborador, pero fue en París en el otoño de 1844 cuando trabaron una relación personal de por vida. Para ese momento, el joven heredero de Ermen & Engels ya había reunido los materiales para comenzar a escribir La situación de la clase obrera en Inglaterra, publicado a principios de junio de 1845 en Leipzig. Entretanto, Marx comenzaba a fraguar la crítica de la economía política y consumaba su ruptura con la izquierda hegeliana. Dos años más adelante, participan ambos en el congreso de la Liga de los Justos celebrado en Londres. El cónclave

revolucionario decide adoptar el "comunismo crítico", reorganizarse y modificar sus estatutos, de manera tal que en el verano de 1847 cambia su nombre por el de Liga de los Comunistas. Un segundo congreso de la organización a finales de aquel año invita a Marx y Engels a redactar un manifiesto que expusiera los postulados, finalidades y política de la Liga. El texto final, prácticamente redactado en su totalidad por Marx en Bruselas, lo imprimió en Londres la Workers' Educational Association en febrero de 1848. El Manifiesto comunista evitó emplear el adjetivo socialista, por considerarlo desgastado y desacreditado por algunas corrientes: prefirió el de comunista. Pero el cambio iba más allá del nombre modificando también la naturaleza del proyecto político, ya que el nuevo vocablo enfatizaba el rechazo de la propiedad privada de los medios de producción y dirigía la acción del sujeto revolucionario —el proletariado fabril — a la subversión radical del orden social existente, remplazándolo "por una asociación en la cual el libre desarrollo de cada cual será la condición para el libre desarrollo de todos". El que sería el documento político más difundido de la historia pasó sin pena ni gloria transcurridos los primeros 20 años de su publicación. Para "mediados de la década de 1860 —apunta Eric Hobsbawm— casi nada de lo que Marx había escrito en el pasado estaba en el mercado".[4]

A mediados de siglo ya estaba configurado el núcleo doctrinal del socialismo, para ese momento prácticamente indiferenciable de lo que conocemos por izquierda. Sus distintas corrientes coincidían en resolver la cuestión social mediante un orden asociativo de individuos libres que empatan la realización personal con el beneficio colectivo. Esto sería posible siempre y cuando todas las partes del cuerpo social evolucionaran armónicamente, cooperaran entre sí y antepusieran el bien común a la ganancia individual. De esta manera, la desigualdad entre las clases se reduciría (socialismo romántico) o desaparecería (comunismo) pero, en cualquier caso, todos los seres humanos podrían disfrutar de los satisfactores materiales y espirituales socialmente producidos. Fuera mediante la propiedad privada de los medios de producción —aunque colectivizada por la suma de los pequeños capitales individuales (socialismo romántico)— o mediante la abolición de ésta (comunismo), el reparto del producto se realizaría con base en el aporte de cada uno (socialismo romántico) o en las necesidades (comunismo), pero siempre con fundamento en el trabajo. En un caso, la "justicia distributiva" —como la denominaba Fourier— pautaría la distribución del producto; en el modo comunista, sería la equidad (cuando se agregue la socialdemocracia al panorama socialista la redistribución de la riqueza correrá a cargo del Estado). Solidaridad, cooperación y fraternidad son los soportes éticos de la propuesta socialista que, en sus distintas versiones

(salvo la socialdemócrata), apunta a la reducción de las funciones estatales, particularmente a su facultad coercitiva.

2

LA PRIMAVERA DE LOS PUEBLOS

Las revoluciones románticas constituyeron el primer movimiento global de la época contemporánea. Confrontaron la restauración absolutista que siguió a Waterloo y la hegemonía de la Santa Alianza, siendo además una tentativa continental de acotar los poderes de las casas nobiliarias reinantes, por la ruta republicana o a través de la instauración de monarquías constitucionales. El socialismo hizo su presentación pública en la Primavera de los Pueblos de 1848, urgiendo el reconocimiento de derechos universales (asociación, manifestación, expresión, trabajo, etcétera) y la ampliación del sufragio hacia los grupos mayoritarios de la sociedad. Esta doctrina política postuló también el asociacionismo, la ayuda mutua, la solidaridad fraternal y la igualdad sustentada en la libertad, además de demandar el derecho al trabajo ante el desempleo que azotaba a la población a causa de la crisis económica de los años 1846-1847. La Comisión del Luxemburgo, presidida por el socialista Louis Blanc (1811-1882), formó talleres nacionales, además de reducir en una hora la jornada laboral para atacar el problema del desempleo. El 25 de febrero de 1848, en Lyon, la segunda ciudad francesa,

varios centenares de tejedores se desplazaron hasta el centro de la ciudad desde el barrio de Croix-Rousse, donde se encontraban los telares. Al son de la Marsellesa, siguieron el cauce del Ródano antes de cruzar la isla central de la ciudad para llegar a la Place des Terreaux y al ayuntamiento. Asediados por la multitud, los militares allí presentes pidieron al alcalde en funciones que proclamara la república desde el balcón del ayuntamiento.[1]

Blanc y Victor Considerant (1808-1893) prometían la educación libre y laica, créditos baratos para formar cooperativas de producción y consumo, impuestos progresivos, derechos laborales y jornada de 10 horas, la nacionalización de minas y ferrocarriles, así como liquidar el “feudalismo financiero”. De las

jornadas de junio, Considerant concluyó que la revolución debería ser política, social y pacífica, rompiendo con el apoliticismo de su maestro Fourier. En el mismo sentido se manifestaron Lamennais y Leroux, miembros también del Constituyente de 1848. Proudhon tuvo un papel bastante discreto en la Asamblea Nacional, que no pasó de señalar la oposición de clases y de abstenerse en la votación acerca de la incorporación del derecho al trabajo dentro del texto constitucional.

Mientras esto ocurría en Francia, Gran Bretaña experimentaba la tercera oleada del movimiento cartista con disturbios en Londres y Dublín, además de una nueva petición al parlamento para extender el derecho al sufragio hacia las clases trabajadoras. En Italia, el carbonario Giuseppe Mazzini establecía la República Romana, la cual fue derrotada fácilmente por el papado. Y Lajos Kossuth trataba de independizar a Hungría del reino de Austria y convertirla en una república. La monarquía austríaca, a cargo de Francisco José I, sofocó en 1849 el intento independentista, forzando el exilio de Kossuth. En los territorios germanos la revolución estalló en marzo de 1848, comenzando en Berlín y se expandió rápidamente en las provincias. El corazón de las revoluciones fue Fráncfort del Meno, donde la recién formada Asamblea Nacional exigió una monarquía constitucional. El 28 de marzo de 1849 el órgano legislativo aprobó una constitución para todos los territorios germanos, y en abril de 1849 ofreció la corona de una Alemania unificada a Federico Guillermo IV. El rey prusiano no aceptó la constitución lo cual detonó un levantamiento popular en Dresde donde participaron Mijaíl Bakunin (1814-1876), Richard Wagner (a quien acababan de nombrar director de la orquesta de la ópera de la ciudad) y Friedrich Engels, al frente de una columna de artilleros.

La represión acabó con las revoluciones románticas y el exilio fue el camino para varios de sus dirigentes. No obstante, el espíritu cuarentaiochista sobrevivió en Europa extendiéndose hacia América Latina gracias a la prensa obrera, la edición de panfletos y la emigración extranjera. El peruano Juan Bustamante (1808-1869) creía en una igualdad social que abarcaba a los indígenas. La Teoría social (1855), de Manuel María Madiedo (1815-1888), promovió la participación popular en la vida republicana. Y, en La ciencia social o el socialismo filosófico: Derivación de las armonías del cristianismo (1863), el ideólogo colombiano delineó un Estado basado en la justicia y la armonía social. El sansimoniano Francisco Bilbao (1823-1865) publicó en 1844 La sociabilidad chilena. Inspirado en Lamennais, el argentino Esteban Echeverría (1805-1851) publicó en 1846 en Montevideo su Dogma socialista, mientras el brasileño José

Ignacio Abreu y Lima (1794-1869) dio a conocer O Socialismo (1855). Casimiro Corral (1808-1897) realizó una exposición coherente de la doctrina socialista en Bolivia. Influido por el republicanismo y el social-cristianismo de Lamennais, el único intelectual que dio el socialismo boliviano admitió en La doctrina del pueblo (1869) el derecho de éste a revelarse en contra de los abusos del poder. Manuela (1858), del colombiano Eugenio Díaz Castro (1803-1865), y El monedero (1861), del mexicano Nicolás Pizarro Suárez (1830-1895), recuperaron dentro de la novelística un cristianismo comprometido con las causas sociales, en tanto que los médicos homeópatas Benoît Jules Mure (1809-1858), en Brasil, y el griego Plotino C. Rhodakanaty (¿1828?-1890), en México, propagaron el furierismo. Sobre aquella terapéutica el colombiano Madiedo escribió Homeopatía: Un eco de Hahnemann en los Andes (1863). Corral suscribía las tesis municipalistas, al igual que Rhodakanaty, y estaba cierto de que la sociedad debería fundarse en un contrato asociativo consentido voluntariamente por sus miembros. De la misma manera, Bilbao y Rhodakanaty destacaron el financiamiento estatal de las actividades productivas por medio del “crédito democrático”, como lo nombró el socialista chileno.

Orígenes de la izquierda mexicana

El primer liberalismo y el conservadurismo entran en un proceso de diferenciación en la década de 1840, justamente cuando irrumpe el discurso socialista tematizando la cuestión social en el debate público nacional. Ya el Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestión social y política que se agita en la República Mexicana (1842), del jalisciense Mariano Otero, advierte la influencia de Considerant. Acaso él denunció en 1846 en El Republicano que la "aristocracia de la riqueza" ejercía poderes extra-constitucionales. En la biblioteca pública de su estado natal se conservan todavía varios títulos del socialista galo en ediciones que van de 1848 a 1851, así como traducciones al castellano de La solución, o el gobierno directo por el pueblo (1850) y de El cataclismo de la política, publicadas ambas en 1861 por la Imprenta del Estado de Jalisco. No suena extraño entonces que la "colonia de la fraternidad", descrita en El monedero (1861), de Nicolás Pizarro, esté situada en aquella entidad.

Ponciano Arriaga (1811-1865), Ignacio Ramírez (1818-1879) e Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) fueron de los pocos liberales preocupados en resolver la cuestión social. Arriaga quiso formar en su natal San Luis Potosí las "procuradurías de pobres", encargadas de proteger a "las clases desvalidas o indigentes". Ramírez intentó extender los derechos constitucionales a mujeres, indígenas y jornaleros, esto es, a los sectores menos favorecidos de la sociedad. Aquéllas, sojuzgadas al negárseles la opción del divorcio; los indígenas, marginados del desarrollo económico; los jornaleros, sometidos a una suerte de esclavitud por deudas. También el intelectual guanajuatense fue enemigo del dogma religioso y el autoritarismo del Estado, y defensor del parlamentarismo. Altamirano planteó que el trabajador, "uniendo sus fuerzas individuales a las de sus compañeros, es tan fuerte como la potencia que antes lo oprimía, y no sólo puede encontrar amparo ante los tribunales y las leyes como ciudadano, sino que también encuentra apoyo en su asociación como socio".[2]

Las ideas de Fourier las había difundido en Guadalajara Sotero Prieto, quien hacia 1837 participó en el círculo del gaditano Joaquín Abreu. Cuando volvió al país, aparte de traer consigo una colección de La Phalange, formó grupos socialistas en Tampico y Guadalajara, además de fundar dos fábricas de hilados y tejidos en la Perla de Occidente. Alrededor de 1846 o 1847, Prieto editó el

periódico La Linterna de Diógenes, además de colaborar en 1849 en El Socialista, dirigido por el italiano José Indelicato. En la capital tapatía predominaba la manufactura artesanal, si bien tendiendo hacia la industria mecanizada. Para 1821 aquélla representaba prácticamente la mitad de la ocupación de la fuerza de trabajo, mucha de ésta empleada en los talleres textiles y de rebocería. En esos años, Francisco Severo Maldonado presentó un proyecto de ley agraria que obligaba al Estado a dividir las tierras nacionales y arrendarlas por una cantidad módica a los campesinos, en tanto que las tierras de las comunidades indígenas se parcelarían entregándose en propiedad a sus miembros, reduciendo notablemente la cantidad de pobres y mendigos. Sotero Prieto y Vicente Ortigosa formaron la Compañía de Artesanos de Guadalajara en febrero de 1850. Ésta era una sociedad por acciones que aspiraba reunir a los obrajeros de lana y algodón, agregando más adelante a los artesanos de otros oficios. Con Fourier, la agrupación repartiría los beneficios de manera proporcional entre el capital, el trabajo y el talento aportado por cada quien a la empresa común, por lo que consideraba factible organizar una sociedad que beneficie a la mayoría. Tres meses después, tras el motín de los artesanos de la Fábrica de Rebozos de Seda de Tarel y Compañía de Guadalajara, un exasperado ciudadano advertía, según se lee en El Universal del 1 de mayo de 1850, que “si el gobierno no toma parte activa en este negocio, los fourrieristas [sic] nos van a traer mil males”.

A principios de 1854 ejecutaron a Patricio Guevara en Guaynamota, quien se hacía llamar “último alumno de la Escuela Falansteriana de Guadalajara”. Guevara era autor de un plan insurreccional en el que convocaba a los agricultores y artesanos del país a participar en “el golpe falansteriano sobre todos sus enemigos: en acción de combate hasta construir sus gobiernos y establecer sus sociedades”. Lograda la victoria, por insaculación, las tierras públicas se asignarían a los trabajadores agrícolas, artesanos, mujeres trabajadoras e instituciones y sociedades dedicadas a la cultura y al bienestar de la población. El cuerpo social se organizaría en todos sus ramos bajo principios asociativos, incluida la Iglesia que integraría la sociedad “de pastores de la iglesia apostólica de Jesucristo”. Según Guevara, el ejemplo del “falansterio de Guadalajara” sería emulado en el resto del continente y en la otra orilla del Atlántico.

En febrero de 1861 llegó a México Plotino Constantino Rhodakanaty procedente de España. Desconocido en nuestro país, pero con buenos conocimientos médicos y filosóficos, además de una alta competencia lingüística que incluía las

lenguas clásicas (griego y latín) e idiomas modernos (español, alemán, francés, inglés, italiano), el médico griego comenzó a ganarse la vida, y a redondear sus planes de fundar un círculo de estudios y una colonia agrícola. Aquél era un tiempo de intensos conflictos políticos donde circulaban ideas políticas y religiosas provenientes de Europa y de los Estados Unidos, mientras la prensa nacional crecía. Esto más algún contacto en París, donde vivía antes de trasladarse a España, facilitó la rápida incorporación de Rhodakanaty al medio intelectual mexicano.

En la Cartilla Socialista o sea el catecismo elemental de la escuela de Carlos Fourier: El falansterio (Imprenta de Vicente García Torres, 1861), primer texto publicado por el médico griego en México, asumió que el hombre es bueno por naturaleza, pero que la deficiencia de las instituciones sociales había desviado su conducta y propiciado la discordia. Por tanto, habría que rehacerlas a fin de establecer un contrato social justo y equitativo que, en lugar de provocar el conflicto, armonizara a los diferentes. Un pacto de estas características debería beneficiarse de las ventajas naturales de los individuos conjuntándolos de tal forma que rindieran al tope. Tan sólo el convencimiento, apoyado en la experiencia concreta, bastaría para que la humanidad entera recuperara sus fines providenciales como guía de conducta individual y colectiva. El modelo social esbozado en el panfleto consideraba abolir los privilegios de la aristocracia, en particular acabar con el ocio, y promover el trabajo de toda la comunidad, repartiendo los bienes materiales y espirituales equitativamente. Teniendo todos sus miembros productos y servicios que intercambiar, sería inútil la mediación del dinero. Cuando toda la colectividad se convenciera de que era la mejor forma de articular la vida comunitaria, entonces se consideraría transformar el régimen político, ocurriendo esto de manera natural, en tanto que su validez se verificaría experimentalmente, a través de una prueba localizada. De acuerdo con el opúsculo, el objetivo supremo de la razón humana era la realización de la asociación universal de los pueblos, estando cierto que únicamente un orden basado en la asociación podría acabar con el conflicto que enfrentaba a los individuos entre sí, y a familias, pueblos y clases unos con otros.

Después de presentar didácticamente la doctrina de Fourier, Rhodakanaty buscó difundir directamente sus ideas. En 1863 formó una escuela libre. Quizás entonces se incorporaron a su círculo algunos jóvenes interesados en la filosofía y preocupados por las cuestiones sociales, entre los que se contaban Francisco Zalacosta, Hermenegildo Villavicencio, Juan B. Villarreal y Santiago Villanueva. Tal vez en marzo de 1868, Rhodakanaty dejó la capital para instalarse en Chalco

con la finalidad de fundar una colonia agrícola y de llevar a la práctica la "ley agraria". Fracasó en formar la primera, pero tuvo éxito en instalar la escuela libre donde difundió sus ideas filosóficas y sociales. Acudió a ella Julio López, joven peón que encabezaría una rebelión campesina que no dio respiro ese año a los hacendados mexiquenses. El "Manifiesto a todos los oprimidos y pobres del universo" —ideario de la rebelión probablemente redactado por Rhodakanaty y Zalacosta— recusaba todas las formas de gobierno, considerándolas opresivas por naturaleza. También declaraba el respeto a la religión, aunque asumiéndose enemigo de iglesias y curas. Estaba en favor de la paz y el orden, de la libre explotación de la tierra y de la creación de sociedades agrícolas. Se declaraba en contra de la explotación humana, y promotor de la "República Universal de la Armonía" y del socialismo. Probablemente López fuera hecho prisionero en San Nicolás del Monte, distrito de Yautepec, y fusilado en Chalco el 9 de julio de 1868. Se dice que Rhodakanaty y Zalacosta trataron de incorporarse al levantamiento campesino, pero al médico griego lo aprehendieron en Huamantla, amenazándolo con la pena de muerte, condonada por el destierro de la región.

Juan A. Bañuelos, miembro de la Sociedad Las Clases Productoras de Guadalajara, circuló el "Proyecto de constitución política de la clase trabajadora de la república". El documento consideraba que el derecho de asociación consignado en la Constitución de 1857 permitía a la sociedad organizarse políticamente en cuerpos, considerando las doctrinas "del derecho natural y del público". Ya entonces el gobierno y la Iglesia tenían "organizadas sus constituciones y modo de ser", por lo que quedaba pendiente que la clase trabajadora y demás entidades sociales hicieran lo propio, pues carecían de representación en la sociedad política. Organizados, los trabajadores evitarían que los frutos del trabajo llegaran a manos del "que nada produce", obligándolos a realizar actividades útiles y a cumplir el precepto cristiano de "comer el pan con el sudor de sí mismo, y no con el ajeno", en lugar de alentar la discordia nacional, el desorden y la inestabilidad pública.

El texto de Bañuelos consideraba también la formación de clubes de trabajadores en pueblos, rancherías, municipios y en las capitales de los estados, así como un club central instalado inicialmente en la ciudad de Guadalajara. Aparte de ser espacios de discusión, aquéllos tendrían adjuntos centros de enseñanza para los hijos de los trabajadores y almacenes de manufacturas, donde podrían intercambiarse las mercancías mediante el trueque. A éstas las transportarían caravanas de operarios armados, alimentados a un precio módico por las viudas,

huérfanos y ancianos. Los clubes publicarían periódicos alusivos a los oficios y la ciencia, edificarían escuelas y bibliotecas, comprarían terrenos para construir habitaciones, montarían servicios de salud, contratarían abogados defensores con el fin de combatir la leva, formarían un organismo de policía y concertarían con el gobierno la colonización de los terrenos baldíos, la instalación de telégrafos, el tendido de vías férreas, la construcción de cárceles (para evitar la pena de muerte), la impartición de justicia, la integración de la guardia nacional y coadyuvarían junto con el gobierno al socorro “a la clase indígena, dándole trabajo, enseñanza y propiedad raíz”, asumiendo que era “dueña legítima de América” (El Socialista, 25 de enero de 1874).

El socialismo europeo y la intervención en México

La opinión de Karl Marx acerca de Napoleón III no era positiva. Son bien sabidas las primeras líneas de El dieciocho brumario de Luis Bonaparte donde recuerda que para Hegel los grandes acontecimientos “aparecen, como si dijéramos, dos veces”, agregando con inclemente ironía: “una como tragedia y la otra como farsa”. Este nuevo montaje de la historia universal inició con un golpe de Estado, continuó con la invasión a México y la guerra Franco-Prusiana, para culminar —colapsado el imperio— en el baño de sangre que puso fin a la Comuna de París. Casi 10 años después de aquel célebre ensayo, Marx publicará en el New York Daily Tribune del 23 de noviembre de 1861 el último de dos artículos condenando la inminente intervención europea en México. “Una de las empresas más monstruosas jamás registradas en los anales de la historia internacional”, la llamó entonces; atribuía además a esa “caricatura del viejo Napoleón” la deshonesta maniobra de distraer a su pueblo de los problemas internos mediante la guerra.[3]

Menos conocida es la reflexión del socialismo francés con respecto de la aventura mexicana de Luis Napoleón Bonaparte. Dos hombres eminentes, uno sansimoniano de joven, otro fourierista hasta su muerte, dejaron sendos documentos acerca de ésta. Me refiero a Michel Chevalier (1806-1879) y Victor Considerant (1808-1893). Biografías próximas en los años mozos que las elecciones políticas personales distanciaron. Alumnos brillantes de la prestigiosa Escuela Politécnica de París, editores de los periódicos de sus respectivos movimientos, redactores de importantes planes para mejorar la convivencia humana, víctimas de la represión estatal, la dictadura napoleónica los colocaría sin embargo en lugares opuestos: a Chevalier en una curul en el Senado y a Considerant en el destierro por 20 años. Aquél recomendó en México antiguo y moderno (1863) la intervención que éste condenará en México. Cuatro cartas al mariscal Bazaine (1868).

Muy cercano a Prosper Enfantin (1796-1864), líder de la secta que adoraba a un mesías femenino, Chevalier formó parte del grupo de 40 discípulos (apóstoles) que en 1832 instaló una comuna en el suburbio parisino de Ménilmontant, levantada por la policía al poco tiempo, aduciendo conductas impropias. Ambos fueron castigados con la prisión y 100 francos de multa por los cargos de

subversión e inmoralidad. Excarcelado en 1833, Chevalier pronto se despojará del misticismo de los sectarios y reorientará su imaginación hacia los grandes proyectos de infraestructura. Obtiene un empleo consistente en revisar las vías de comunicación en América del Norte y así es como iniciará una larga relación con México. En esos tres meses de 1835, el antiguo sansimoniano toma muchas notas que posteriormente emplearía en México antiguo y moderno, complementadas con la información de Alexander von Humboldt. La publicación de Los intereses materiales de Francia (1837) sirve a Chevalier de plataforma política e intelectual para que lo nombren consejero de Estado (1838), catedrático de economía política en el Colegio de Francia (1841) y miembro de la Asamblea Nacional (1845). Plenamente instalado entre notables, el antiguo sansimoniano desde un principio se suma al golpe de Estado de Bonaparte, promueve la intervención en México siendo senador (1860), retirándose de la política activa en 1870.

México antiguo y moderno realiza un recorrido ordenado de la historia de México para después presentar al público francés las privilegiadas condiciones geográficas del país y, como en un portafolio de inversiones, los negocios susceptibles de desarrollarse a mayor escala. De la revisión de aquélla desprende que las razones fundamentales del rezago nacional estuvieron dadas por el carácter retardatario del imperio español, mientras que del análisis de las segundas deriva que la agricultura, pero más que nada la minería, pueden resultar sumamente atractivas para el capital galo. Después de despertar el apetito de los inversionistas, Chevalier emprende la justificación de la invasión, "punto de partida de la regeneración política de México", dado que "hay motivo para suponer que todos los mexicanos que piensan, desean el establecimiento de una monarquía, con tal de que sea representativa y liberal y que consagre la independencia de la nación". Sin rodeos, señala la legitimidad de los motivos (la deuda pública y los agravios contra la población francesa), aduciendo también otros de índole práctica (alejar el ejército de la costa para resguardarlo de las enfermedades tropicales). Éstas eran las razones inmediatas, porque había otras de naturaleza estratégica incuestionables de suyo. El antiguo sansimoniano enumera un par: "oponer una barrera a la invasión inminente de los Estados Unidos al resto del continente americano" (con la consecuente propagación de la esclavitud) y salvar "a todo el elemento español de la civilización latina en el Nuevo Mundo" (preservando el monopolio católico en el subcontinente y, al mismo tiempo, intentando equilibrar la competencia religiosa a escala global). Asumiendo la vocación civilizatoria de Francia, Chevalier sugiere a Napoleón III proseguir "en una de las regiones

más ricas y más curiosas del mundo occidental, la exploración que el fundador de su dinastía había organizado para una de las comarcas de oriente”, esto es, Egipto.[4]

Considerant formó parte de la Asamblea Nacional en 1848. Pero la represión de las jornadas de junio lo hizo huir a Bélgica. En ausencia, la Corte Suprema de Justicia lo condenó al destierro. Relegado de la política, antes de optar por los Estados Unidos consideró Francia, Bélgica y Suiza para instalar un falansterio. En la Navidad de 1854, el socialista galo, su familia y un centenar de colonos embarcaron en Le Havre rumbo a Nueva York, arribando a Dallas los primeros días de febrero. La meta consistía nada menos en trasplantar los elementos positivos de la civilización europea al territorio libre de los Estados Unidos, fijando el horizonte futuro de la humanidad. Pese al entusiasmo inicial, la enjundia de los promotores no bastó para motivar por mucho tiempo a los colonos de La Reunión ante la falta de bienes elementales, las pérdidas de varios cultivos y la muerte de algunos de ellos. Considerant pudo repatriarse a Francia en 1869.

México. Cuatro cartas al mariscal Bazaine reintrodujo el argumento de Chevalier, acerca de trazar una línea de demarcación entre las civilizaciones anglosajona y latina, aunque Considerant también estaba convencido de que la expansión estadunidense en el resto del continente era ya imparable, así como su progreso en dirección de la unidad y la democracia. Francia entonces —pensaba Considerant— gozaba de la simpatía de los mexicanos, mientras los Estados Unidos eran repudiados con motivo de la guerra de 1847, y España desde la Colonia, pero lamentablemente la invasión napoleónica había reavivado un fuerte sentimiento nacionalista. Sin embargo, Juárez, al mantener el peonaje, no obstante haber introducido el derecho moderno en el país, ofreció a Maximiliano la ocasión de ganarse a la población mediante su clausura, haciendo además evidente que “el fracaso del liberalismo mexicano en su obra de reforma había dejado el campo abierto a la intervención”. Considerant propuso repartir las tierras incultas entre los peones y otorgar un mandato de 10 años al archiduque austríaco como jefe de la república, abandonando el título de emperador. Paralelamente, conminarían al Benemérito a defender la nacionalidad por otras vías, deponiendo las armas a cambio de la abolición del imperio. Irónicamente, el emperador impuesto por la contrarrevolución europea podía ser el gran promotor de la reforma social en México, llevando a la práctica una política que “debe ser la negación sistemática y resuelta, la destrucción y el contrario categórico de lo que hubo al principio, la esperanza y

el espíritu de la intervención”.[5]

La discrepancia entre Chevalier y Considerant se profundiza cuando imaginan el futuro. El sueño monárquico de Bonaparte y sus intelectuales simplemente es para Considerant imposible porque su aliado natural, el ejército confederado, tiene nulas posibilidades de ganar la guerra civil. Si algo vislumbra el discípulo de Fourier en el horizonte es el advenimiento de la federación democrática, republicana y universal. El Norte estadunidense es el polo activo que magnetiza a los elementos proletarios del planeta de manera tal que pronto alcanzará la densidad suficiente para dirigir sus destinos. Para Considerant el fin de la monarquía estaba próximo y otra decisión equivocada de Napoleón III lo comprometería en una guerra desastrosa con Prusia. La farsa advertida por Marx cobraría todavía más víctimas antes de que el régimen de Bonaparte el pequeño terminara sus días. Entretanto, Chevalier y Considerant permutarán los papeles, aquél abandonó la vida pública, a la vez que retomará el viejo proyecto del conde de Saint-Simon de cavar un túnel bajo el canal de la Mancha para comunicar a Francia con Inglaterra. Después de perderse el segundo acto (el imperio), Considerant regresará a escena participando en la insurrección popular que instauró la Comuna de París el 18 de marzo de 1871.

La Social

La Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) se fundó en Saint Martin's Hall, Londres, el 28 de septiembre de 1864, convocando a un puñado de fourieristas, proudhonianos, sindicalistas, blanquistas, patriotas polacos e italianos, owenitas, cartistas y marxistas. Aquel día habló a la multitud Henri Tolain, un cincelador que se había presentado en las elecciones locales en París en 1864:

La división del trabajo convertía al hombre en una máquina, y la libertad de comercio si no se instauraba la solidaridad de la clase obrera, iba a engendrar una esclavitud industrial mucho más despiadada y terrible que la abolida por la gran revolución. Era menester que todos los trabajadores se uniesen para alzar una frontera insuperable frente a este sistema criminal.[6]

Marx redactó los estatutos de la Internacional colocando al frente de la organización al Consejo General, que la representaría mientras no estuviera reunido el congreso, instancia máxima de decisión. Del 25 al 29 de septiembre de 1865 se realizó la Conferencia de Londres, que resolvió algunas cuestiones prácticas y definió los objetivos del Congreso de Ginebra que se realizaría del 3 al 8 de septiembre del siguiente año. El cónclave comunista era exclusivamente europeo, asistieron 60 delegados con mayoría francesa, resolviendo reelegir el Consejo General, encabezado por Marx, y mantener la residencia en Londres. Hacia 1869 la AIT contaba con aproximadamente 800 mil afiliados permanentes, entre ellos los recientemente sumados miembros de la Alianza Internacional de la Democracia Socialista, comandada por Bakunin. El Congreso de Basilea de septiembre de ese año hizo saltar las diferencias entre los anarquistas y la variopinta coalición manejada por Marx desde el Consejo General. Bakunin, quien consideraba a Marx estatista y autoritario, concebía la destrucción como impulso creador, era partidario de la revolución social y descreía de la revolución política, proponiendo lo que después se llamó "control obrero". El anarquista ruso estaba también por la abolición inmediata del Estado. La acción revolucionaria era para Bakunin una fuerza purificadora y regeneradora.

Tras la caída del régimen de Napoleón III con la derrota en la guerra Franco-Prusiana, el virtual abandono de París por parte del Estado francés y la ocupación alemana de la capital gala, se formó un gobierno popular el 18 marzo de 1871 que pasaría a la historia como la Comuna de París. Por casi tres meses, una coalición formada por blanquistas, anarquistas, republicanos y comunistas se hizo cargo de la administración, abasto y defensa de la ciudad, además de promulgar una serie de decretos sobre la laicidad del Estado, la abolición de los intereses por deudas y la autogestión de las fábricas, entre otros. Reprimido a sangre y fuego el gobierno popular por el ejército francés el 28 de mayo de ese año, Marx escribió que "el terreno donde brota nuestra asociación es la propia sociedad moderna. No es posible exterminarla, por grande que sea la carnicería. Para hacerlo, los gobiernos tendrán que exterminar el despotismo del capital sobre el trabajo, base de su propia existencia parasitaria".[7]

La Comuna de París concentró toda la atención de los revolucionarios europeos por lo que no se llevó a cabo el congreso de la AIT, realizándose tan sólo una conferencia en la capital británica en septiembre de 1871 de la que quedaron marginados los anarquistas. El Congreso de La Haya, de septiembre de 1872, ahondó la fisura de la Internacional. Empleando artimañas tales como acreditar delegados de secciones fantasmales, Marx y Engels maniobraron para dejar en minoría a los anarquistas y derrotar sus propuestas, entre éstas, la de reducir a nada el poder del Consejo General; mientras, los marxistas empujaron la resolución acerca de la acción política a través de partidos obreros. Tomando por sorpresa a los delegados, Engels sacó adelante la iniciativa del Doctor Terror Rojo —como llamaban popularmente a Marx—, de convertir Nueva York en sede del órgano directivo de la AIT, confiando a Friedrich Adolph Sorge (1828-1906) la secretaría del Consejo General.

Virtualmente liquidada con esta resolución, que impedía a los bakuninistas hacerse de la organización, la Internacional expiró en Filadelfia en julio de 1876. Los anarquistas españoles, italianos, franceses y suizos en Saint-Imier, en el Jura (Suiza), realizaron su propio congreso desconociendo los resolutivos de La Haya. Acordaron también proclamar la unión libre de las federaciones de la Internacional, reclamando para sí la representación de la AIT. A Saint-Imier (1872) le sucedieron los congresos de Ginebra (1873), Bruselas (1874), Berna (1876), Verviers (1877) y Londres (1881). En los últimos meses de 1871, El Socialista había dado a conocer en México el reglamento de la Internacional y publicado varios artículos convocando a los trabajadores mexicanos a sumarse a ella. Pero, por lo que se desprende de la correspondencia de Zalacosta con la

sección uruguaya de la AIT, el socialismo mexicano se inclinó hacia la fracción de la Internacional encabezada por Bakunin. Incluso temían que Marx intentara formar secciones en América Latina.

A su regreso a la Ciudad de México, después del periplo en Chalco y de una incursión en Morelos para difundir las ideas socialistas, Rhodakanaty trabajó en la creación de una organización nacional con miras a lograr la regeneración social. De esta manera, el 20 de marzo de 1871 el médico griego fundó La Social, la cual consideraba la afiliación libre y voluntaria de sus miembros, quedando su operación en manos del “Comité Central Organizador” conformado por siete delegados electos por mayoría, con sede en la capital federal y un periódico titulado La Internacional, responsabilidad de Zalacosta. La agrupación socialista fijó prioridades: en primer término, trataría de acabar con el pauperismo y la prostitución, incentivando la riqueza pública, la salud, la higiene y la moralidad; más adelante, lucharía por la transformación de la humanidad a través de la belleza, la virtud y la ciencia. Rhodakanaty concibió la agrupación como el “partido sociocrático” que haría saber a la “clase proletaria” sus derechos y obligaciones, constituyéndose en el “órgano oficial del pueblo mexicano”. También sería un “partido internacionalista”, además de providencial, dado que debía instrumentar la caridad evangélica. Representaba a los depauperados de México y el mundo, combatiendo a la aristocracia, los gobiernos despóticos y las falsas iglesias, quienes convirtieron la resignación en sentimiento habitual de los pobres. Miseria, desempleo, prostitución, guerra y corrupción constituían las peores lacras de la civilización moderna, las cuales únicamente podrían superarse con el socialismo, estadio en el desarrollo humano donde habría pan, trabajo y educación para todos.

Para Rhodakanaty, los indígenas, los trabajadores y las mujeres conformaban la raza, la clase y el género oprimidos por la sociedad moderna. Todo proyecto de reforma social debía incluir la reparación de sus derechos y acercarlos al resto de la comunidad en condiciones más ventajosas. La liberación de la mujer y de los trabajadores daría la pauta de la regeneración social. La mejoría de la clase trabajadora se verificaría siempre y cuando se lograran condiciones tales como la organización local, nacional y mundial de aquélla; si se incrementaban los salarios, se financiaban las actividades productivas y se formaban cooperativas; si se armonizaban los factores de la producción: el capital, el trabajo y el talento. Y la “ley agraria”, que incluía la abolición del monopolio latifundista y la regularización de la propiedad individual, era la solución al problema indígena, en tanto que el divorcio era una salida a la condición desventajosa de la mujer.

El médico griego ponderó sobre la democracia representativa la “democracia social”. Cuando el gobernante rompe el contrato social convirtiéndose en tirano, los ciudadanos organizados como pueblo adquieren el derecho “natural” a la rebelión. Rhodakanaty hablaba también de constituir cuerpos soberanos y federados, cuya agregación es la sociedad misma. Éstos conforman su elemento nuclear y, como todo pacto dentro de una sociedad armónica, debería ser libre, voluntario y revocable. Incluso sería necesario suprimir el Estado remplazándolo por un pacto social dotado de funciones políticas. Con la eliminación de los gobiernos, y de los abominables políticos, la gestión pública recaería sobre el “contrato social”. En ese momento “la organización de las fuerzas económicas” vendría “en sustitución de los poderes públicos”, es decir, nacería la “república del trabajo”. La política, entonces, perdería su autonomía y sería reabsorbida por cuerpos intermedios federados que, al trasponer los límites nacionales, constituirán la asociación universal de los pueblos.

Aunque pequeña, La Social participó en los movimientos sociales de la década de 1870 y en las asociaciones de trabajadores que comenzaban a desarrollarse en el país. En el Congreso Obrero de 1876 el partido sociocrático acreditó como delegados a Rhodakanaty, Evaristo Meza, Santiago Enríquez, Juan Colín y López y Juan B. Villarreal, después de intentar infructuosamente que dos de los escaños que le correspondían fueran ocupados por mujeres militantes de la organización. El cenáculo obrero llegó a sumar 173 representantes que hablaron en nombre de 90 sociedades de todo el país. La meta central de la “Gran Asamblea de Trabajadores” era alcanzar la unión, la autonomía, la libertad y el progreso de los trabajadores mediante la organización y la representación, tomando en cuenta sobre todo que el resto del cuerpo social ya lo había hecho. El siguiente paso sería reformar la ley en lo que respecta a los tres niveles de gobierno (federal, estatal y municipal) abriendo un espacio a la organización trabajadora, de tal manera que estuviera en posibilidad de promover sus intereses particulares. Para evitar tanto el conflicto interno como con los cuerpos ya constituidos, la república del trabajo renunciaba a convertirse en “club político, mercantil o religioso”, y también a la violencia como recurso de acción política. Con un uso atinado de las garantías individuales consagradas en la constitución, sería factible convencer al Estado y a los capitalistas de la justicia de las demandas trabajadoras, moderar los abusos de los patrones y comprometer a todas las clases en el cumplimiento del servicio militar para erradicar por fin la leva, que cotidianamente afectaba a los más pobres. Además podría asegurarse la educación e ilustración de los trabajadores y de sus hijos, incrementar el “precio” del trabajo como el de cualquier otra mercancía, evitar cobros

arbitrarios y desmesurados de impuestos, proteger la industria y las artes, promover exposiciones de objetos artesanales, mejorar la situación de las mujeres trabajadoras y garantizar la plena libertad en elección de las autoridades gubernamentales, y las libertades de conciencia y de culto.

El “Acta constitutiva de la Gran Confederación de las Asociaciones de Trabajadores de los Estados Unidos Mexicanos”, expedida por el Congreso Obrero el 16 de septiembre de 1876, apuntó el carácter confederativo de la entidad laboral, que si bien poseía un alcance nacional, la denominó universal, subrayando la intención de vincularla con asociaciones de otros países. La Gran Confederación, representada por la asamblea, sería libre, soberana e independiente; el único límite de acción lo impondrían las leyes de la República mexicana. Con fundamento en la libertad, la organización trabajadora debería reconocer los derechos del hombre, particularmente en los ámbitos de la conciencia y de la manifestación de las ideas, así como el derecho de iniciativa de todas las sociedades confederadas. La independencia concernía tanto a la naturaleza del nexo de las agrupaciones confederadas con la instancia superior que las agruparía, como a la relación de la Gran Confederación con el poder público (federal, estatal y municipal) y con los partidos políticos, pero con la negativa explícita de aceptar indicaciones, iniciativas y consignas emanadas de la sociedad política. La soberanía competía a su régimen interior, al que cada una de las organizaciones quisiera darse y al autogobierno de la Gran Confederación. Asimismo se otorgó un plazo prorrogable de seis meses para la elaboración de la constitución interna que, para adquirir la fuerza de ley, requería la aprobación de la mayoría de las organizaciones reunidas en el Congreso Obrero, dando lugar a la Primera Asamblea Constitucional. En tanto no ocurriera esto, aquél continuaría en funciones. Este propósito ya no se cumplió porque el Congreso Obrero interrumpió labores poco tiempo después presionado por el ascenso de Porfirio Díaz al poder, quien cobró caro el apoyo de un segmento del cónclave trabajador a la relección de Sebastián Lerdo de Tejada.

Zalacosta visitó en 1877 los estados de México, Puebla, Tlaxcala e Hidalgo para acercar a las comunidades La Social, proclamar la “ley agraria” y convocar a una asamblea campesina el 15 de agosto de 1877 en la Ciudad de México. Dicha asamblea conformó el Gran Comité Central Comunero en el que participó también Alberto Santa Fe. El coronel poblano publicó en 1878 la Ley del Pueblo, documento agrario que pretendía acabar con las haciendas y distribuir la propiedad rural en pequeñas parcelas cedidas por los ayuntamientos a las familias campesinas, amortizadas en el plazo de 10 años. La expropiación, “por

causa de utilidad pública”, la solventaría el Banco Agrícola e Industrial emitiendo billetes de curso forzoso. También el banco ofrecería créditos blandos a las sociedades de artesanos para instalar manufacturas. Se evitaría que los privados se apropiaran de aguas y bosques, quedando reservado su uso para toda la comunidad. La Ley del Pueblo era partidaria del proteccionismo económico así como de políticas de fomento industrial en las entidades federativas. También consideraba la supresión de las alcabalas y de otros escollos al comercio interno, compensada por impuestos directos al capital para fortalecer la hacienda pública. El documento exigía educación primaria gratuita y obligatoria para hombres y mujeres, además de educación sin costo en los niveles medio y superior. Convocaba también a castigar severamente el delito estableciendo una política de prevención al respecto. El texto de Santa Fe apuntaba que el ejército debería reducirse a cinco mil hombres, responsabilizando a los ciudadanos de la defensa nacional.

La Ley del Pueblo no fue el único manifiesto agrario en una década en la cual el descontento rural crecía. El Plan socialista proclamado por los representantes de los pueblos de los estados de Querétaro y Guanajuato, expedido el 1 de junio de 1879 en Santa Cruz Barranca, Guanajuato, buscaba restituir las tierras a los indígenas, resguardar a los proletarios del abuso de los ricos, proteger la industria nacional, instalar escuelas y hospitales, fijar una pensión vitalicia a los deudos de los combatientes socialistas, así como formar “comités agrarios” encargados de resolver el asunto de la restitución de tierras a los pueblos y el reparto de terrenos laborables entre los soldados del ejército revolucionario, denominado también “falanges populares”. Después de ocupar la Ciudad de México todas las deudas contraídas por el movimiento serían solventadas por el “Banco Nacional”. El “Directorio Socialista”, que coordinaba la rebelión, confería grados y distinciones a los mejores miembros de las falanges populares. También el Directorio llamaba a todos los mexicanos a sumarse a la causa socialista y a recuperar “las tierras que los españoles les habían quitado”. Los documentos firmados por el Directorio concluían con los lemas “Independencia y Social Libertad, Revolución Social, Dios y Ley Libertad”, “Independencia y Socialismo”, además de vivas “Al Pueblo Obrero y Proletario, Al Pueblo de los Pueblos Labradores, A la República Democrática y Social”. El 14 de marzo de 1881 se apresaron a los cabecillas rebeldes. Finalmente, ahorcaron a los prisioneros en la Alameda de la ciudad de Querétaro el 16 de junio de 1884.

Tanto el Partido Socialista Mexicano —en el que participaban Santa Fe, Jesús A. Laguna y Manuel Serdán— como La Social tuvieron nexos con la rebelión de la

Sierra Gorda, de la que se dice participó la Confederación Mexicana Socialista. En abono de ello está la manifestación del 14 de diciembre de 1879 del monumento a Colón a la Plaza de la Constitución, con la que arrancó el Segundo Congreso Obrero en la Ciudad de México. La Social y el Círculo Socialista marcharon “con sus músicas, estandartes y banderas rojas”, de acuerdo con la crónica de El Socialista, en tanto que otro periódico hizo ver que estas banderas portaban los nombres de “¡La Social. Gran Liga Internacional!”, “¡Centro Socialista de la Confederación Mexicana!”, y “¡Alianza Indígena. Ley Agraria!”. La Revolución Social destacó también que marcharon en estos contingentes “representantes de los pueblos indígenas”.

En un inicio, el Segundo Congreso acreditó 33 representantes de 12 asociaciones: ocho del Círculo Socialista, cuatro de La Social, dos del Centro Socialista de la Capital, cuatro de la Sucursal Contreras del Gran Círculo Nacional de Obreros, cuatro de la Primera Sucursal del Gran Círculo, dos de la Sociedad de Artesanos, Agricultores e Industriales de Tehuacán, dos por la Sociedad Unión de Tablajeros, dos por la Sociedad Político Fraternal, dos por la Asociación Templo del Trabajo, y uno del Círculo de Obreros de Zacatecas, de la Sociedad de Artesanos de Tabasco, de la Sociedad Mutua del Ramo de Sombrerería y de la Sociedad Fraternal de Torneros, respectivamente. Por La Social participaron José León García (Ozumba), Juan Olvera (Ayapango), Jesús A. Laguna (Tepetlixpan) y Jesús Venegas (Zapotitlán). El Centro Socialista de la Capital acreditó a José Barbier y Regino Tovar. De parte del Círculo Socialista estuvieron Alberto Santa Fe (Puebla), Francisco Urgell (Veracruz), José Rico (Hidalgo), Rafael Castillo (Estado de México), N. Orihuela (Morelos), Trinidad Espínola (Guanajuato), Eduardo Hevia (Tabasco) y Pascual Rosas (Querétaro).

El “Gran Congreso Obrero Permanente” se concibió como expresión de todas las asociaciones trabajadoras de la República, dirigido a alcanzar “la redención práctica y pronta del proletariado” dentro del marco de la ley. En lo concerniente a las finalidades, el Segundo Congreso Obrero se declaró en favor del asociacionismo entre los trabajadores y el respeto a los derechos del hombre, también del establecimiento de relaciones con organizaciones de otros países, la mediación entre el capital y el trabajo, el apoyo a las huelgas consideradas justificadas, el estímulo a la instrucción y a la industria nacional, la defensa de los proletarios en contra de “toda violencia o atropello”. Comprometida una facción del Gran Congreso Obrero Permanente con la elección presidencial —esta vez con la candidatura del zacatecano Trinidad García de la Cadena— la asamblea obrera se diluyó rápidamente, no obstante que, a diferencia del

Congreso Obrero de 1876, tenía una mayor presencia socialista. Así fuera un puro membrete, la comisión permanente que dirigía la agrupación funcionó hasta 1894. Después de la escisión que dio lugar al Congreso Obrero Nacional, el Gran Congreso Obrero Permanente se reorganizó en enero de 1895, continuando activo hasta 1903.

Socialistas y católicos

Si en el Congreso de La Haya los socialistas alemanes constituyeron el contingente nacional más importante de la AIT, en el resto de la década de 1870 consolidarían su influencia. Ferdinand Lasalle (1825-1864), hombre bohemio y de costumbres relajadas, veterano con Marx de la Liga de los Justos, había fundado la Asociación General de Trabajadores Alemanes en 1863, fechando con ello el nacimiento de la socialdemocracia tedesca. Desafortunadamente, su inesperada muerte a causa de un duelo por motivos amorosos le impidió cosechar los frutos de su carisma, además de despejar el camino a Marx para alzarse con el liderazgo comunista en Alemania. Lasalle postuló un socialismo basado en asociaciones de trabajadores subvencionadas por el Estado y la protección estatal de éstos, abogando por un régimen parlamentario con base en el sufragio universal. En 1869 August Bebel (1840-1913) y Wilhelm Liebknecht (1826-1900) formaron en Eisenach el Partido Obrero Socialdemócrata Alemán (SAPD). Y, en 1875, en Gotha, éste se fusionó con los lasallistas para crear el Partido Obrero Socialista de Alemania, a partir de 1890 Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD). Marx, temeroso de que los herederos de su rival ganaran espacios, reaccionó indicando que "el programa está todo él infestado hasta el tuétano de la fe servil de la secta lasalleana en el Estado". Al mismo tiempo, la Crítica del Programa de Gotha explicitó cómo el autor de El capital imaginaba la transición socialista, en el que el "Estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado". En tanto que la sociedad comunista, en una primera fase, recompensaría a cada cual de acuerdo con su trabajo; en la etapa subsiguiente, cada uno aportaría al producto común con base en su capacidad, retribuyéndosele "según sus necesidades".

Los dos atentados contra el káiser en 1878 desataron la represión del régimen de Bismarck, quien aprovechó la circunstancia para proscribir las organizaciones obreras y al SAPD. No obstante, el partido continuaría creciendo y aumentando su influencia dentro del movimiento obrero convirtiéndose en el pilar de la Segunda Internacional, fundada en París el 14 de julio de 1889 en un congreso al que asistieron 391 delegados de 20 países. Siguieron los congresos de Bruselas (1891), Zúrich (1893), Londres (1896), París (1900), Ámsterdam (1904), Stuttgart (1907), Copenhague (1910), Basilea (1912) y Ginebra (1920). Engels clausuró el Congreso de Zúrich el 12 de agosto de 1893 dirigiéndose a los

delegados:

"El socialismo ha dejado de ser una serie de pequeñas sectas para convertirse en un partido poderoso que hace temblar al mundo oficial en su conjunto. Marx ha muerto, pero si aún viviera, no habría un solo hombre en Europa o América que pudiera mirar la obra de su vida con un orgullo tan justificado." Acto seguido, antes de abandonar la sala en medio de una enorme ovación y una exaltada interpretación de la Marsellesa, hizo una petición por la libertad de expresión dentro del movimiento, "para que no se convierta en una secta".[8]

Entre 1871 y 1905 se formaron 34 partidos socialistas en Europa, ligados los sindicatos y centrales obreras que proliferaban en todo el continente. Los trabajadores se beneficiaron del crecimiento económico del periodo gracias a las organizaciones laborales que les permitieron pactar mejores condiciones salariales. Y, al mismo tiempo, la simbiosis de partidos y sindicatos potenció la presencia electoral socialdemócrata llegando a su clímax poco antes de estallar la Gran Guerra. En Gran Bretaña, Francia, los Países Bajos y Suiza, la votación máxima fue del 7 al 20%; en Bulgaria, Bélgica, Italia, Austria, Noruega y Dinamarca, los socialistas se alzaron con más del 20% del electorado; en los Territorios checos, Alemania y Suecia, con más del 30%; en Finlandia, con un 43.1 por ciento.

Estos inobjetables éxitos harían pensar al socialista alemán Eduard Bernstein (1850-1932) que debían de revisarse las predicciones catastrofistas de Marx en el sentido de la depauperación absoluta de la clase obrera con el desarrollo capitalista, privilegiando la política parlamentaria, bregando por una legislación social favorable a los trabajadores y reivindicaciones salariales que mejoraran sus condiciones de vida. Persuadido de la urgencia de retirar del socialismo los resabios utópicos, el socialista alemán sugería en Las premisas del socialismo renunciar a una "fórmula fija", atendiendo sobre todo "las condiciones históricas de existencia" y "las necesidades económicas, políticas y éticas de esta clase [trabajadora] que surgen de dichas condiciones; y que la clase trabajadora debe realizar un ideal y no doctrinas". Lo que no puede demostrarse por medio de la ciencia, esto es, con un método y una base empírica, es solamente "fruto de sugestiones subjetivas meramente voluntaristas o arbitrarias". Bernstein advertía

del riesgo de ceder ante el voluntarismo blanquista, que consideraba la revolución siempre posible, sobrevalorando “la fuerza creadora de la violencia revolucionaria para los fines de la transformación socialista de la sociedad moderna”.

En los Estados Unidos las leyes civiles funcionaron para asegurar el control de los trabajadores otorgando a los patrones un poder discrecional sobre sus empleados. Las disposiciones contra la vagancia posteriores a 1860 virtualmente criminalizaron el desempleo y el encarcelamiento por deudas fue una espada amenazante sobre los pobres urbanos desde que comenzó el siglo, además de que la tentativa de obligar al patrón a ceñirse a las disposiciones de los trabajadores sindicados se sancionaba como extorsión por los tribunales. Sin embargo, esto no impidió que los trabajadores lucharan por el derecho de asociación y por mejorar sus condiciones de vida. El 1 de mayo de 1886 cerca de 12,000 fábricas a lo largo del territorio nacional pararon porque los trabajadores demandaban la jornada laboral de ocho horas. Tan sólo en Chicago había 80,000 huelguistas. Tres días después en Haymarket Square, Chicago, una manifestación pacífica en apoyo de los paristas derivó en un incidente confuso en el que un desconocido lanzó una bomba a la policía. Ésta arremetió brutalmente contra de la multitud, causando varios muertos y 200 heridos dentro del contingente obrero. La fiesta del trabajo se instauró en 1890 honrando a las víctimas:

De hecho, es una fiesta más universal que cualquier otra excepto el 25 de diciembre y el 1 de enero, y ha dejado muy atrás a sus rivales religiosas. Pero surgió de la base. Le dieron forma los propios obreros anónimos que, por medio de ella, se reconocieron a sí mismos como una sola clase, a pesar de las barreras del oficio, de la lengua, incluso de la nacionalidad, cuando decidieron que una vez al año se abstendrían deliberadamente de trabajar: harían caso omiso de la obligación moral, política y económica de trabajar.[9]

También se formaron organizaciones socialistas en los Estados Unidos impulsadas por la nueva ola de inmigrantes (entre ellos intelectuales y profesionales alemanes) atraídos por la poderosa industrialización posterior a la Guerra Civil. De esta manera surgió el Socialist Labor Party en 1877. De éste

saldría el Socialist Party of America (1901), encabezado por el líder sindical Eugene V. Debs. Y en 1905, se constituyó la Internacional Workers of the World (IWW). Fue justamente en el Socialist Party of America donde se integró el Women's National Committee to Campaign for the Suffrage que, el 23 de febrero de 1909, marchó por las calles de distintas ciudades estadunidenses exigiendo el reconocimiento de los derechos políticos femeninos. Surgió así el Día Internacional de la Mujer.

Aparte de comunistas, anarquistas y socialdemócratas, mentes lúcidas del mundo intelectual de la segunda mitad del siglo XIX consideraron inevitable el socialismo. Zola observaba el avance imparable de "un ejército negro, vengador, que germinaba lentamente en los surcos, creciendo para las cosechas del siglo futuro, cuya germinación pronto haría estallar la tierra". Ese advenimiento del mundo sin dios que tanto acongojaba a Dostoievski. La ciencia también hizo su parte para desviar el curso imparable de la historia. La Psicología de las masas, del médico francés Gustave Le Bon (1841-1931), intentó llegar a la raíz de "cómo la masa de indiferentes y neutros se ha convertido en un inmenso ejército de descontentos, presto a seguir todas las sugestiones de los utópicos y los oradores". Y León XIII promulgó en 1891 la encíclica Rerum Novarum para hacer frente a la cuestión social que se le escapaba a la Iglesia de las manos, en un intento desesperado por frenar la propagación del "socialismo ateo" entre las clases trabajadoras. El documento pontificio advirtió que no debía considerarse "al obrero como un esclavo", antes bien había de respetarse "la dignidad de la persona y la nobleza que a esa persona agrega el carácter cristiano". Esto sin embargo no era razón suficiente para acabar con la propiedad privada como pretendían comunistas y anarquistas, dado que "se halla en la misma ley natural el fundamento y razón de la división de bienes y de la propiedad privada". La encíclica autorizó a los católicos a formar sindicatos y partidos políticos siempre y cuando no perjudicaran "en modo alguno al capital", tampoco hicieran "violencia personal contra sus amos", se abstuvieran de la fuerza y de "armar sediciones", y no se asociaran "con hombres malvados y pérfidos que falsamente les hagan concebir desmedidas esperanzas".

Inspirado en la Rerum Novarum, el catolicismo social pretendía recuperar la armonía social reduciendo la distancia entre las clases por medio de la justicia y la caridad. De un lado, la justicia daría a cada quien lo que le correspondía; por el otro, la caridad haría ceder generosamente al prójimo parte de los bienes de cada uno. El socialcristianismo intentó concentrar la acción eclesiástica en organizaciones que iban más allá del ámbito religioso (sindicatos, partidos,

prensa, escuelas, etcétera), con la expectativa de terciar entre el liberalismo y el socialismo, y librar la temible amenaza anarquista. Para el catolicismo social el mal finisecular era el pauperismo, esto es, la pobreza generalizada de la sociedad, la cual hizo perder la dignidad a los hombres convirtiéndolos en meros instrumentos de un capitalismo monopolista, voraz y abusivo. Ya en 1863 la Asociación de Señoras de la Caridad de San Vicente de Paúl había iniciado la conformación de organizaciones católicas civiles en México para contender en la arena liberal. Al año siguiente, la agrupación de las damas mexicanas contaba con 576 miembros activos. Para 1910, el registro ascendía a poco más de 20 mil distribuidos en buena parte del territorio nacional, si bien con una notable concentración en el estado de Jalisco. Y en 1908 se formó la Unión Católica Obrera (UCO), con lo que el catolicismo social filtró hacia el sindicalismo. Con esto, habían quedado esbozadas las tres líneas fundamentales de la izquierda mexicana: la socialista, la nacionalista y la socialcristiana. Cada una cobraría importancia en el siglo XX, acompañada o en combinación con las demás. La primera alimentó el comunismo y el anarquismo. La segunda, fuera o dentro del régimen, hizo suyo el proyecto de la Revolución mexicana. La tercera, como acabamos de señalar, alentó sindicatos, organizaciones de la sociedad civil y reverberó en las guerrillas.

La izquierda socialista se debilitó en la década de 1880 por el aplastamiento de la rebelión de Sierra Gorda, la ruta errática del Segundo Congreso Obrero y el fallecimiento de Plotino Rhodakanaty en 1890. De esta forma, lo que tenemos para finalizar el siglo es un movimiento obrero domesticado por el régimen que cuanto más levantará reivindicaciones gremiales. Entretanto, la bandera del inconformismo la alzarán los estudiantes. Surgieron también otros nombres. En las manifestaciones de abril y mayo de 1892, los jóvenes educandos —a los que se agregaron algunos trabajadores— tomaron la calle en protesta por la pretensión reeleccionista del general Díaz. Uno de ellos era Ricardo Flores Magón (1873-1922). Como hacía poco advirtió Le Bon, Justo Sierra alertaba acerca de la peligrosa confluencia de “los pobres, azuzados por los jóvenes estudiantes y oficiales, que les predicaban en las encrucijadas las más calientes doctrinas de Proudhon y Lamennais”.

3

Bandera roja

El comunismo y la socialdemocracia no arraigaron en suelo mexicano en el siglo XIX por ser prácticamente desconocidos por la inteligencia de izquierda —hay unas cuantas menciones al comunismo en la obra de Rhodakanaty, por lo general negativas— y porque ambos discursos políticos iban dirigidos a la clase obrera industrial organizada básicamente en sindicatos. En nuestro país, el proletariado fabril era incipiente y los sindicatos de industria comenzaron a formarse en los albores del siglo XX en los sectores económicos desarrollados por la modernización porfiriana. Con el régimen posrevolucionario, la posibilidad de que el comunismo y la socialdemocracia penetraran en las organizaciones obreras fue obturada por el corporativismo estatal que las soldó con el partido oficial. El Estado benefactor “a la mexicana”, que mantuvo una escandalosa desigualdad social al tiempo que proveía educación y salud a muchos, copó el espacio socialdemócrata. El comunismo, aunque débil y clandestino, cultivó la expectativa revolucionaria que resultó atractiva a un segmento minoritario pero combativo de trabajadores, campesinos y jóvenes.

Al comenzar el siglo XX quedaban en el panorama ideológico de la izquierda resabios del primer socialismo —siempre presentes en el imaginario político mexicano—, el liberalismo social se radicalizaba y surgían sindicatos católicos. En la mundialización de las ideas políticas, como en el siglo anterior ocurrió con la Primavera de los Pueblos, el grupo de Ricardo Flores Magón saltó hacia el anarquismo en el exilio en los Estados Unidos, con lo que éste tuvo protagonismo en los preámbulos y los primeros episodios de la Revolución mexicana. Cuando concluyó la lucha armada, llegaron de Moscú y Calcuta (vía Estados Unidos) actores e ideas que, con las corrientes mexicanas, harán cristalizar el comunismo en nuestro país.

Del populismo al comunismo

Después del sometimiento de los decembirstas —jóvenes oficiales del ejército, liberales y aristócratas, que trataron de acabar con la autocracia zarista— en San Petersburgo en 1825, el primer socialismo se difundió en Rusia. Sin embargo, las revoluciones románticas siguieron de largo en el imperio que se adentró en un ominoso periodo regresivo que se prolongó hasta el final del reinado de Nicolás I, quien justamente inició su mandato finiquitando la sublevación petersburguesa. De todos modos, el socialismo estaba sembrado ya en territorio ruso. En el exilio, Aleksandr Herzen (1812-1870) teorizó un socialismo agrario donde el campesinado era el sujeto del cambio social, contrapunto del proletariado industrial de raigambre marxista; incluso, pensaba el intelectual moscovita, podría evitarse el capitalismo mediante un salto histórico propulsado por comunidades campesinas federadas, las cuales podían autogobernarse libre y democráticamente. Nikolay Chernyshevski (1828-1889) recuperó las ideas de Herzen con respecto del socialismo agrario, presumiendo que era posible hacerse de los adelantos tecnológicos de la Revolución industrial sin pagar los costos sociales de la maquinización.

Piotr Lavrov (1823-1900) y Mijaíl Bakunin bregaron por ir "hacia el pueblo". Lavrov consideraba que los intelectuales, en tanto privilegiados, deberían sumarse a la causa del campesinado. Bakunin, por el contrario, asumía que eran los intelectuales quienes debían aprender de las masas. Estas ideas moldearon el populismo ruso. En 1874 se formó la Tierra y Libertad [Zemlia i valia], organización revolucionaria que aceptó la violencia como recurso para transformar las relaciones sociales en el campo. La ruptura con el apoliticismo anarquista condujo al segmento mayoritario de la agrupación a la intervención política, mientras otra mantuvo la estrategia de la revolución agraria, escindiéndose en el congreso de San Petersburgo (1879) en la Voluntad del Pueblo [Narodnia volia] y el Reparto Negro [Cherny Perediel]. La Voluntad del Pueblo abandonó la concepción bakuninista acerca de la espontaneidad de las masas y su disposición natural a la revolución, apuntando hacia la organización partidaria como agente activo del cambio social e integradora de un mundo campesino fragmentado y disperso. Para Narodnia Volia el fundamento del nuevo orden social y estatal estaría en la propiedad colectiva de la tierra y los instrumentos de producción, toda vez que el Estado fusionaría el Ejecutivo y el

Legislativo en una asamblea de representantes, no siendo más que una federación de comunas autogestivas con derechos iguales a cada una de ellas. Y Reparto Negro daría lugar al primer grupo marxista, Emancipación del Trabajo [Osvobozhdénie Trudá], formado en Suiza en 1883 por un grupo de expatriados rusos encabezados por Georgi Plejánov (1857-1918), quienes difundieron la obra del comunista alemán.

Desde su exilio en Berna, en febrero de 1881 Vera Zasúlich (1849-1919) — quien participó en Reparto Negro y posteriormente en Emancipación del Trabajo — cuestionó a Marx sobre el futuro de la comuna rural rusa, subrayando “el gran servicio que nos prestará exponiendo sus ideas acerca del posible destino de nuestra comunidad rural y de la teoría de la necesidad histórica para todos los países del mundo de pasar por todas las fases de la producción capitalista”. Interpelado tan directamente, el comunista alemán esbozó varias respuestas tentativas antes de responder brevemente a la carta de la revolucionaria rusa. Marx acotó aquella “fatalidad histórica” exclusivamente “a los países de Europa occidental”, dado que ya habían transformado la propiedad privada de la tierra en “propiedad privada capitalista”. En contrario, los campesinos rusos “habrían de “transformar su propiedad comunal en propiedad privada”. Para terminar, Marx se declaró convencido “de que esta comuna es el punto de apoyo de la regeneración social en Rusia”.[1]

Mientras los populistas tenían la esperanza de evitar el capitalismo, Plejánov, Pável Axelrod (1850-1928) y Vladímir Ilich Lenin (1870-1924) trataban de salir de él. ¿Quiénes son los amigos del pueblo? (1894) y El desarrollo del capitalismo en Rusia (1899), del futuro dirigente bolchevique, intentaron demostrar teórica y empíricamente lo anacrónico de la expectativa naródnik, llamar a la constitución de un partido socialdemócrata en el imperio zarista y confirmar que el capitalismo ya había infiltrado las relaciones sociales en el campo y en la naciente industria:

Los naródniki afirmaban que el capitalismo ruso era una creación “artificial” importada de Occidente, algo totalmente ajeno a las tradiciones rusas. En cambio, Lenin no tenía la menor dificultad en admitir que el capitalismo se desarrollaba en Rusia de manera espontánea, añadiendo, además, que en la Rusia feudal el capitalismo era un fenómeno progresista… [ofreciendo] la posibilidad de una revolución socialista.[2]

En 1895 Lenin visita a Plejánov en Suiza para que lo provea de literatura comunista para difundirla en Rusia y a su regreso a San Petersburgo el comunista de Simbirsk funda una “Liga para la lucha por la emancipación de la clase obrera”. Tres años después se constituye el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR) adscrito a la Segunda Internacional. El POSDR reúne a grupos de distintas regiones, entre ellos Plejánov, quienes, siguiendo a Bernstein, prefieren concentrarse en las demandas salariales de la clase obrera. Los llamados “economicistas”, pronto se confrontaron con Lenin, cuyo objetivo prioritario era la revolución. ¿Qué hacer? (1902), de Lenin, no ve el final del capitalismo en su evolución natural, sino la lucha de clases dirigida por un partido de militantes profesionales. Al contrario de los bolcheviques (mayoría), los mencheviques (minoría), favorecen un partido más abierto, de tipo parlamentario, en un país donde no hay ni parlamento ni electores, fracturándose el POSDR en el congreso de 1903. Divididos los comunistas, no pueden jugar un papel importante en la Revolución de 1905, más allá del efímero soviet de San Petersburgo liderado por el entonces menchevique León Trotsky, quien pugna por una revolución democrático-burguesa como primer paso a la revolución socialista. No obstante, la Revolución de 1905 arranca al zarismo una reforma agraria que redime las deudas de los campesinos con el Estado, la jornada laboral de ocho horas y una asamblea legislativa (Duma) donde las distintas clases quedan representadas. La tesis de que un grupo de revolucionarios profesionales ilustrados y disciplinados fungirían como vanguardia de la clase obrera acompaña la trayectoria política de Lenin, actualizando la preocupación de Bernstein con respecto de la simpatía del marxismo hacia el golpe de fuerza inspirado en el conspiracionismo blanquista. Para Lenin, sin embargo, el partido era la condición de posibilidad de una estrategia revolucionaria en la era imperialista.

El acre anarquismo bakuninista lo matizó el reflexivo evolucionismo del príncipe Piotr Kropotkin (1842-1921). El geógrafo ruso, veterano de la Federación del Jura, trató de proveerle un basamento científico al anarquismo desarrollándolo como una filosofía moral más que como un programa de cambio social. El teórico del anarco-comunismo asumió que los hombres poseen una inclinación hacia el bien y que la sociedad tiene un origen natural, si bien la facultad intelectual es eminentemente social. La conquista del pan (1892) presentó los fundamentos socioeconómicos y éticos del anarco-comunismo, esto es, “del comunismo sin gobierno, el de los hombres libres”. Éste permitiría

alcanzar los fines capitales de la humanidad representados por “la libertad económica y la libertad política”.[3] El semanario Vésper —a cargo de Juana B. Gutiérrez de Mendoza y de la profesora Elisa Acuña y Rosete— tiró cientos de copias del opúsculo del príncipe ruso, muy bien recibido por los anarquistas mexicanos.

De acuerdo con Kropotkin, el potencial productivo de la sociedad aumentaría en igual forma que la población, dado que el hombre es la principal fuerza productiva con que cuenta aquélla. Y los beneficios del trabajo deberían de compartirse equitativamente por todos, en la medida en que el derecho al bienestar corresponde a todo el género humano. En esto consistía la revolución social misma. La sociedad constituía para el geógrafo ruso un sistema de cooperación voluntaria en el que los beneficios deberán disfrutarse colectivamente porque es imposible medir la aportación de cada quien al producto social. El príncipe moscovita planteó la abolición del salario por ser el instrumento que esclaviza al trabajador. Por tanto, en la sociedad emancipada —sin Estado ni división del trabajo— el incentivo para trabajar no será la necesidad sino la conciencia de la realización útil, remplazando la competencia por una emulación socialmente provechosa.

Las estrategias discrepantes acerca de la toma del poder se ahondaron conforme avanzaba el siglo XX, y las condiciones políticas contrastantes del Occidente y el Este europeo se hacían más fuertes. La crisis de la Segunda Internacional estalló con la Primera Guerra Mundial, cuando el apremio obligó a optar entre alinearse con sus respectivos Estados nacionales o bien promover la revolución a escala continental. La socialdemocracia rusa se dividió en quienes tomaron partido por su Estado en el conflicto internacional (Plejánov) y los que se decidieron por la estrategia revolucionaria (Lenin). Y Kropotkin apoyó el gobierno de Aleksandr Kerensky durante la Revolución de febrero. La corriente mayoritaria de la socialdemocracia alemana apoyó la política belicista del káiser Guillermo II (Bernstein, Karl Kautsky), con la oposición de Rosa Luxemburg (1871-1919), Karl Liebknecht (1871-1919), Clara Zetkin (1857-1933), Franz Mehring (1846-1919) y Leo Jogiches (1867-1919), quienes integraron el Grupo Spartakus. El gobierno alemán encarceló a Luxemburg y Liebknecht durante dos años y medio, acusándolos de traición a la patria por promover una huelga general contra la guerra. Presa en Berlín, en abril de 1915 la comunista polaca redactó el Folleto de Junius donde caracterizó la guerra europea como disputa de las potencias por la supremacía en el continente y el mundo colonial. No era la venerable civilización alemana la que se batía en el campo de batalla, antes bien

lo que estaba en juego eran “los beneficios actuales del Deutsche Bank en la Turquía asiática y los beneficios futuros de los Mannesmann y los Krupp en Marruecos”.[4]

Alemanes y rusos alimentaban las dos corrientes más poderosas del socialismo europeo, pero los nacionalismos de sus respectivos Estados los enfrentaron en el campo de batalla, de tal manera que para julio de 1914 la Segunda Internacional fundada por Engels era un cadáver viviente. El desenlace de las revoluciones alemana y rusa fue diferente. Y también distinto del desarrollo previsto por Marx en el sentido de que la revolución en Alemania sería la punta de lanza de la revolución en Europa. La atrasada Rusia logró una revolución exitosa, aunque no basada en la comuna rural, sino en la acción concertada de una vanguardia partidista disciplinada que sin desperdicio aprovechó el desasosiego social provocado por la guerra y sus consecuencias en un absolutismo agonizante. No obstante, el fracaso de la revolución en territorio germano, segada con los asesinatos en enero de 1919 de Luxemburg y Liebknecht, fundadores del Partido Comunista de Alemania (KPD), condicionaría el destino de la Revolución rusa. Lenin abrigaba la expectativa de una revolución mundial o cuando menos europea, y con Marx, moriría aguardando la revolución alemana.

Anarquistas

El nuevo siglo trajo a los sindicatos de industria Unión Mexicana de Mecánicos en 1900, Alianza de Ferrocarrileros Mexicanos en 1907, Sociedad Mutualista de Despachadores y Telegrafistas en 1909, y Unión de Conductores, Maquinistas, Garroteros y Fogoneros en 1910. Hacia este proletariado industrial fluirían los discursos políticos anarquista y comunista. El primero germinó en el liberalismo radicalizado y anticlerical. Desde San Luis Potosí el Club Liberal Ponciano Arriaga convocó al Primer Congreso Liberal en el que destacaron los potosinos Camilo Arriaga (1862-1945) y Antonio Díaz Soto y Gama (1880-1967), además del oaxaqueño Ricardo Flores Magón. De sus deliberaciones surgió el Partido Liberal Mexicano (PLM) en febrero de 1901.

La historia del anarquismo mexicano es virtualmente indistinguible de Regeneración, y éste, de Ricardo Flores Magón. El periódico se publicó irregularmente de 1900 a 1918 por las extremas condiciones de encarcelamiento y exilio sufridos por los líderes del movimiento. El papel organizador de Regeneración se parece a Iskra (“La chispa”) —periódico de la socialdemocracia rusa que también salió de prensas en 1900—, aunque los testimonios acerca del eventual contacto entre los revolucionarios mexicanos y los bolcheviques son más bien inciertos y, de existir los contactos, un tanto tardíos. Regeneración inició en edición semanal, de formato reducido, con 16 páginas de puro texto, sin anuncios ni material gráfico. El pequeño periódico empleaba un lema de suyo elocuente: “Contra la mala administración de la justicia”. Buena parte del contenido de este periódico jurídico independiente iba justamente en el sentido de denunciar a un aparato judicial venal, corrupto y subordinado al Ejecutivo. Todavía no se decantaba hacia el anarquismo, si bien había iniciado ya la crítica de algunos aspectos del régimen bajo la dirección de Jesús, el mayor de los hermanos Flores Magón, quien al poco tiempo abandonaría la causa pasándose al bando maderista.

Al concluir el año de 1900 Regeneración se volvió más contestatario y adoptó el lema “Periódico independiente de combate”. Su propuesta política consistía en remplazar a la administración porfiriana por otra legitimada en un proceso genuinamente democrático. La reorientación del periódico bastó para reactivar la represión gubernamental y que aprehendieran a Jesús y Ricardo Flores Magón

en octubre de 1901, excarcelándolos en abril siguiente. Como prensas y máquinas fueron destruidas, la edición del tabloide se trasladó a la imprenta de Filomeno Mata, director de El Diario del Hogar. Poco después, Ricardo se hizo cargo del El Hijo del Ahuizote y, con sus camaradas, publicó artículos firmados con pseudónimo. A pesar de las precauciones, lo acosaron aprehendiéndolo por delitos de imprenta junto con su hermano Enrique, Evaristo Pérez Guillén y Federico Pérez Fernández, liberándolos en enero de 1903. Los Magón mantuvieron el optimismo confirmando que "las ilusiones no mueren en las cárceles". Sin embargo, no había mucho lugar para conservarlo. En abril la policía confiscó todo el equipo de El Hijo del Ahuizote, arrestó a los Magón, a Juan y Manuel Sarabia, Librado Rivera, Alfonso Cravioto, Santiago R. de la Vega, Rosalío Bustamante, Federico Pérez Fernández y a otros más. Y, para junio, una sentencia judicial prohibió la circulación de cualquier periódico donde escribiera Ricardo Flores Magón.

Era claro que no quedaba más ruta que el exilio. A finales de 1903 los Magón, los Sarabia, De la Vega y Santiago de la Hoz partieron a San Antonio, Texas, gracias al apoyo económico de Camilo Arriaga. Regeneración reapareció el 5 de noviembre de 1904 dirigido por el propio Ricardo. El tiraje inicial fue de 11 mil ejemplares semanales, cifra que pronto dobló. En septiembre de 1905 el PLM publicó en Saint Louis, Missouri, un manifiesto político contra la dictadura donde denunciaba que el sistema republicano era una ficción en México, que los trabajadores estaban en la miseria mientras los capitalistas aliados con el régimen se apoderaban de la riqueza nacional. La junta organizadora del partido la presidiría Ricardo Flores Magón, acompañado por su hermano Enrique, los Sarabia, Bustamante, Rivera y Antonio I. Villarreal. En Saint Louis la junta organizadora se acercó a los anarquistas Emma Goldman (1869-1940) y Florencio Bazora. La anarquista lituana influyó en la formación ideológica de Magón. Emma la roja era pacifista, feminista y partidaria del empleo de métodos anticonceptivos. El vínculo con los exiliados anarquistas ahondó las diferencias entre Camilo Arriaga y Ricardo Flores Magón. El potosino era un liberal que abogaba por la conciliación. Manuel y Juan Sarabia, además de Villarreal, estaban de su lado. En la línea del radicalismo revolucionario se colocaron los Magón, Práxedis Guerrero y Librado Rivera.

Del otro lado del Bravo, desde 1905 el PLM había comenzado la agitación política en la Cananea Consolidated Copper Company. Al año siguiente, Esteban Baca Calderón, Manuel M. Diéguez y Francisco M. Ibarra constituyeron la Unión Liberal Humanidad con base en la directriz partidaria de organizar a los

obreros. Después, el Club Liberal de Cananea —encabezado por Lázaro Gutiérrez de Lara y Enrique Bermúdez— extendió el influjo del PLM a los campos mineros próximos. La demanda básica de los trabajadores era reducir la enorme diferencia salarial de los trabajadores mexicanos con los estadunidenses que laboraban en Cananea. Sin recibir una respuesta satisfactoria por parte del propietario William Cornell Green, los mineros estallaron la huelga la medianoche del 30 de mayo de 1906. El 1 de junio, el gobernador sonorense, reforzado por 275 voluntarios estadunidenses comandados por cinco rangers de Arizona, sometió a sangre y fuego a los huelguistas.

Un mes después de la represión en Cananea el PLM dio a conocer su programa en Saint Louis. El redactor principal de texto fue Juan Sarabia, quien medió entre moderados y radicales. El documento partidario planteaba la reducción del periodo presidencial a cuatro años, cancelar la reelección del presidente y los gobernadores, suprimir a los jefes políticos y remplazar el servicio militar obligatorio con una guardia nacional. También quería hacer efectivos la libertad de imprenta y de reunión, además de garantizar los derechos políticos básicos de la población. El programa del PLM aspiraba a fortalecer el poder municipal, promover la unidad latinoamericana, brindar una educación elemental laica y obligatoria a toda la niñez mexicana. En materia social, el documento exigía jornada laboral de ocho horas, salario mínimo, descanso dominical para los trabajadores, indemnización por accidentes de trabajo a cargo de la patronal, protección a los indígenas, restitución de su tierra a éstos y a los particulares despojados por la dictadura, prohibición del trabajo infantil y de la inmigración china a México bajo el implícito que ésta deprimía los salarios.

José Neira ingresó a trabajar en la fábrica textil de Río Blanco, Veracruz, en marzo de 1906. Pronto el tejedor del PLM convenció a otros trabajadores de conformar el Gran Círculo de Obreros Libres de Río Blanco. Poco después se integró una agrupación similar en la fábrica de Santa Rosa, a cargo de Samuel A. Ramírez, también magonista. En octubre, los operarios de Santa Rosa realizaron una huelga en protesta por las multas que les imponía la patronal por casi cualquier motivo. A poco, los secundaron los trabajadores textiles de Puebla y Tlaxcala. En la Nochebuena, el Centro Industrial Mexicano respondió con un lock-out, mientras que el general Díaz expidió un laudo forzando abrir las fábricas a partir del 7 de enero de 1907. Salvo en Río Blanco, donde no revocaron el reglamento que autorizaba las multas, las demás fábricas acataron la orden presidencial. La madrugada de ese día trabajadores encolerizados saquearon e incendiaron la tienda de raya, además de liberar a los presos.

Cuando se dirigían los operarios a las fábricas vecinas un destacamento militar abrió fuego contra ellos.

Los últimos meses de 1906 el PLM había llevado a cabo acciones armadas en Chihuahua (Jiménez), Veracruz (Acayucan) y Tamaulipas (Camargo), acordes con el plan de una insurrección nacional para el 16 de septiembre, el cual se frustró porque fue detectado a tiempo por la dictadura. Los gobiernos de México y los EUA, al tanto de los planes insurreccionales del partido, aprehendieron en septiembre de 1907 a parte de la dirigencia magonista en ambos lados de la frontera. En agosto de 1910 liberaron a Ricardo Flores Magón, Librado Rivera y Antonio I. Villarreal, logrando reanudar la publicación de Regeneración en Los Ángeles, a partir de entonces con una sección en inglés. El lema "Reformas, Libertad y Justicia", tomado del PLM, se transformó en el "Tierra y Libertad" procedente del populismo ruso. La página en inglés tuvo una gran recepción logrando un tiro de 27 mil ejemplares. En enero de 1911 un contingente armado del PLM tomó Mexicali. Comandados por José María Leyva y Simón Berthold, el improvisado ejército reunió a combatientes mexicanos, trabajadores de la IWW, la American Federation of Labor (AFL) y la Western Federation of Miners (WFM), junto con anarquistas y aventureros de países diversos. El 9 de mayo los insurrectos capturaron Tijuana. Pero los tratados de Ciudad Juárez, que fijaron los términos de la renuncia de Díaz, transformaron a magonistas y maderistas de aliados tácticos en enemigos, dado que el PLM llamó a desconocer lo pactado en la ciudad fronteriza y a perseverar en la lucha armada hasta derrotar a las fuerzas del capital.

En agosto de 1911, el afinador de pianos alemán Paul Zierold formó el Partido Socialista Mexicano (PSM), minúscula organización que contribuyó a difundir la ideología socialista entre trabajadores calificados. Circularon por sus filas el sastre Luis Méndez y el mecánico y obrero metalúrgico Jacinto Huitrón. Asimismo, la Escuela Racionalista, "centro de diseminación doctrinaria e ideas avanzadas", inspirada en el pedagogo catalán Francisco Ferrer i Guardia y dirigida por el anarquista español José Francisco Moncaleano, hizo su parte en la difusión del socialismo. Tras su deportación a manos del gobierno maderista, el local ocupado por la escuela albergaría a la Casa del Obrero, constituida en la Ciudad de México en septiembre de 1912. Méndez y Huitrón figuraron en uno de los núcleos que la conformaron. De otro lado estaban el periodista Rafael Pérez Taylor, los diputados Serapio Rendón y Heriberto Jara, y el agrarista Antonio Díaz Soto y Gama, que habían pasado por el Partido Liberal. Esta agrupación política de tendencia moderada la formaron Juan Sarabia y Jesús

Flores Magón, antiguos miembros del PLM.

Renombrada en 1913 Casa del Obrero Mundial (COM), la asociación agrupó a canteros, textileros, sastres y cocheros. La dictadura huertista hizo replegarse a la com. En 1915 la organización trabajadora signó un pacto con el constitucionalismo para contener a los ejércitos convencionistas de Francisco Villa y Emiliano Zapata, queriendo servirse de la oportunidad para adquirir presencia nacional, lo que a la postre propició la disolución de los “Batallones rojos” en menos de seis meses. Mientras esto acontecía, la ciudad capital vivía desabasto e inflación. Y la COM se solidarizaba con las huelgas y favorecía la sindicación de los trabajadores. Esto escaló la confrontación del gobierno constitucionalista con los trabajadores organizados. El punto más alto de la disputa ocurrió con la huelga general del 31 julio de 1916 auspiciada por la Federación de Sindicatos Obreros del Distrito Federal (FSODF). Desde mayo, la agrupación obrera exigía el pago en oro a los operarios, debido a la incontenible depreciación de los billetes de curso corriente, socavando su de por sí exiguo poder adquisitivo. Venustiano Carranza no tuvo miramientos con los huelguistas: disolvió la COM y ordenó encarcelar a los dirigentes, romper las huelgas y militarizar los ferrocarriles.

La hoz y el martillo

La Revolución rusa fue uno de los acontecimientos cruciales del siglo XX. Si la humillante derrota en la guerra Ruso-Japonesa precipitó la Revolución de 1905, el desastre de la Primera Guerra Mundial obsequió la oportunidad revolucionaria de 1917. El 12 de marzo de este año —febrero en el calendario juliano— una insurrección popular derribó a la dinastía de los Romanov que gobernó por tres siglos. Y los días 6 y 7 de noviembre, el Comité Militar Revolucionario del Soviet de Petrogrado (San Petersburgo) depuso a Aleksandr Fiódorovich Kerensky (1881-1970). Ambas insurrecciones fueron incruentas. La de noviembre —octubre en el calendario juliano— no pasó de que el crucero Aurora lanzara desde el Neva tres proyectiles que se estrellaron en el Palacio de Invierno, refugio del gobierno provisional. La violencia escaló posteriormente, cuando los bolcheviques suprimieron la Duma, en donde la oposición de los social-revolucionarios contaba con la representación mayoritaria, precipitando la guerra civil entre Rojos y Blancos. La coalición de las tropas exzaristas, la Iglesia ortodoxa y los terratenientes, contó con el apoyo económico y militar de Francia, Inglaterra, Japón, Canadá y los Estados Unidos. No era ya la Alemania de Weimar, sino la Rusia soviética el enemigo aliado. También la naturaleza de Febrero y Octubre fue distinta: mientras aquél puso fin al absolutismo, éste despojó a la aristocracia, proclamó la autodeterminación de los pueblos, decretó la ocupación inmediata de la tierra por parte de los campesinos y separó la Iglesia del Estado.

La prensa mexicana informó con regularidad acerca de los acontecimientos en Rusia. La cobertura de Excélsior se apoyó completamente en los despachos europeos y estadunidenses. A escasas dos semanas de la abdicación de Nicolás II (2 de marzo) y de la instauración del gobierno provisional encabezado por el príncipe Gueorgui Yevguénievich Lvov (1861-1925), el diario advirtió la existencia de dos tendencias que se disputaban el poder en el viejo imperio: la monárquica, que pretendía que el duque Miguel Alexandrovich Romanov —hermano menor del zar— ocupara el trono vacante; y la republicana, que buscaba “aprovecharse de los presentes momentos para implantar reformas radicales” (19 de marzo). También el periódico se condolió de la desgracia que perseguía a la familia real, “pues los niños hijos del exemperador Nicolás se encuentran todos atacados de sarampión, con excepción de la gran duquesa

María" (20 de marzo). Dos días después, "El periódico de la vida nacional" informó que "una gran manifestación en la que tomaron parte las mujeres" demandó se incorporara en la nueva constitución "un precepto que conceda el derecho de sufragio a las mujeres que hayan alcanzado la mayoría de edad", en tanto que una numerosa manifestación "de afiliados al Partido Socialista" en Petrogrado, "con grandes banderas rojas y profiriendo gritos de venganza", exigió a las autoridades le fueran entregados "los ministros del zar para ejecutarlos". Contrastando con ello, el impreso destacó la actitud "del político demócrata Kerensky", quien, con "frases elocuentes", disuadió a los socialistas de realizar sus siniestros propósitos (22 de marzo). Además, el diario comentó que "el pueblo se encuentra en condiciones muy precarias por la falta de alimentos" (24 de marzo). Una semana adelante, el noticioso daba cuenta de una concentración de trabajadores, "que estuvo animadísima" y convino "dirigir una proclama a los obreros de todos los países del mundo, invitándolos a derribar a los gobiernos imperialistas, para que puedan reconquistar sus perdidas libertades" (30 de marzo).

Desde un principio Excélsior expresó hostilidad hacia el movimiento revolucionario, llamando más la atención sobre el desorden y la "anarquía" —ilustrados con caricaturas tomadas de la prensa estadunidense— que con respecto de los reclamos populares. De la huelga de los ferrocarrileros de Petrogrado y Moscú, el diario enfatizó el costo económico representado para la administración de Kerensky y el malestar que produjo entre los demás trabajadores del sector "contra el movimiento iniciado por sus compañeros en condiciones tan difíciles para el país" (8 de octubre). Ni una palabra acerca del papel de ferroviarios y telegrafistas para abortar el golpe de Estado del general Lavr Geórgiyevich Kornilov recién en septiembre, al tiempo que el periódico se congratuló por el gobierno de coalición que logró formar Kerensky en el que "estarán representados burgueses y demócratas" (9 de octubre). A diferencia de los bolcheviques, que se opusieron a la Primera Guerra Mundial y desde febrero reclamaban un armisticio con Alemania, el nuevo gobierno dispuso que éste se realizaría de consuno con los aliados y entretanto pugnó por "llevar al ejército a su más alto grado de eficiencia y de poder combativo", sin escatimar pérdidas humanas en el campo de batalla. Otra de las prioridades del gobierno de coalición "consiste en restablecer a toda costa la paz interior en Rusia" (11 de octubre). Para el ministro del Interior Alekséi Nikitin no era la guerra insensata, emprendida por el zarismo senil, sino "la anarquía que se está apoderando del pueblo" la mayor amenaza de "llevar al país a la ruina más completa" en beneficio exclusivamente de los alemanes, que "se aprovecharían del desorden

que existe para imponer su yugo a un pueblo que hoy lucha por obtener la libertad que por tanto tiempo se vio privado”. Contagiado del patriotismo de Kerensky, que exhortaba a las tropas rusas a permanecer en el frente, Excélsior cabeceó: “en un discurso lleno de patriotismo, [Kerensky] les pide que vuelvan por el honor nacional”, “sin combatir entregaron al enemigo los cañones que tenían para defender a la patria” (25 de octubre). El 7 de noviembre el primer ministro haría lo propio abandonando Petrogrado en un auto con bandera estadunidense.

“Kerensky depuesto por el grupo radical” tituló Excélsior una de las notas de la edición del 9 de noviembre. Ésta consignaba las declaraciones de Trotsky —comisionado por los bolcheviques el 29 de octubre para dirigir el capítulo militar de la insurrección—, según las cuales “el gobierno provisional que dirigía Kerensky ha dejado de existir, añadiendo que algunos de los ministros que formaban el gabinete encargado de regir los destinos del país habían sido aprehendidos”. Otro despacho advertía “la posibilidad de que los japoneses vengan a sostenerlo en contra de los maximalistas”, además de que muy probablemente el antiguo primer ministro contaría con el apoyo del ejército para batir a los insurrectos, más aún que podía hacerse del respaldo popular dado que “Petrogrado no constituye la totalidad de la nación rusa, ni nunca ha reflejado las verdaderas tendencias de ésta” (9 de noviembre). Era tal el optimismo en el diario mexicano que el número del lunes 19 cabeceó “Los ‘maximalistas’ están llamados a caer del poder”. Sustentaba la afirmación la noticia de que “las tropas leales se han posesionado de la estación inalámbrica” de Petrogrado y, en “su avance sobre la capital de Rusia”, se registran combates (19 de noviembre). Una semana antes, el editorial del matutino exponía las consecuencias de la descontrolada ira popular:

Contra las fuerzas destructoras que agitan a este Estado, las energías de Kerensky debían embotarse. Su buena voluntad y su temple de espíritu luchaban vanamente contra un pueblo enloquecido al que la cólera y el pavor daban aspectos de fiera. La idea del deber, de la dignidad, del honor caía hecha pedazos a impulso del “maelstroon” [sic] que empujaba a este “rebaño de almas”, que de improviso se encontraba con una responsabilidad y una conciencia (11 de noviembre de 1917).

Pastoreaban este “rebaño de almas” los “bolshevikis [sic]” o “maximalistas, “extremistas”, “zimmerwaldianistas” e “intemacionalistas”, “enemigos de la guerra ofensiva, [que] abogan por una paz general inmediata y tratan de establecer también inmediatamente el gobierno del proletariado, la división de la tierra y el despojo de las clases acomodadas” (17 de noviembre de 1917). “Lenine” [sic], y los suyos, “han predicado año tras año la guerra social, y entre la guerra social y la guerra de las trincheras sólo existe mentalmente una separación infinitesimal.” Por si no bastara, el matutino deslizó la imputación de que el comunista de Simbirsk era un agente enemigo, ya que de otra manera resultaba inexplicable “que la Whilhelmstrasse le haya consentido cruzar el territorio alemán desde Suiza para que llegara a Rusia, únicamente por admiración a sus proezas de revolucionario” (29 de noviembre).

El Universal también insistió en la tesis de la colusión de los revolucionarios rusos con el imperialismo alemán: “Golpe de Estado ruso fue hecho con dinero de los alemanes”, sentenció el encabezado del 10 de noviembre. Y, en cuanto a la política de los bolcheviques, el diario capitalino la consideraba una verdadera involución dado que “los personajes de esta revolución son más despóticos que el zar, y no respetan ni leyes, ni instituciones, ni personas” (11 de diciembre). Prueba de ello fue la clausura de un punto de la frontera ruso-sueca, donde “no se permite a nadie pasar sin una autorización especial del Comité Militar Revolucionario”. Además, el periódico hizo notar la debilidad de la resistencia al golpe de mano bolchevique, pues “los cosacos que aún apoyan a Kerensky sólo suman 300 hombres”, mientras los “maximalistas” contaban con “el control de las tropas en los distritos de Petrogrado y Moscú, y el armamento sistemático de los trabajadores en todo el territorio ruso” (19 de noviembre). Entretanto, El Universal denunciaba que “León Trotsky impone el reinado del terror”, porque había encarcelado a los firmantes de un manifiesto contrarrevolucionario que “recomendaba al pueblo ruso que no reconociera al gobierno bolsheviki [sic]” (6 de diciembre). Tan preocupante como eso era que las autoridades revolucionarias de Moscú se apoderaron “por la fuerza de todos los bancos” (30 de diciembre).

Desencantado con la deriva burguesa de la Revolución mexicana, a su juicio una revolución política más y no la revolución social anhelada, Ricardo Flores Magón escribió desde el exilio forzado en los Estados Unidos varios artículos para Regeneración analizando la Revolución rusa. Para el anarquista oaxaqueño, ésta significaba “el comienzo de la gran revolución mundial precipitada por la guerra europea”. El detonador había sido “la escasez de pan” —de allí la

consigna leninista “paz, pan y tierra”— que sacó a la gente a las calles y el ejército se negó a reprimirla. Conforme “transcurre el tiempo —registra Magón — van disipándose los vapores de la embriaguez patriótica y los pueblos comienzan a reflexionar con seriedad”. De esta manera, las masas antes embrutecidas por la ideología van cobrando conciencia de “que las guerras eran hijas de la codicia y de la ambición de los ricos y de los gobernantes”, “que el patriotismo ha sido inventado por los ricos y los políticos para que los pueblos estén dispuestos a despedazarse unos a los otros cuando así convenga a los intereses de sus amos”. Alentado por el desarrollo de los acontecimientos, el autor de Verdugos y víctimas vaticinó: “Un nuevo orden social se aproxima. Parece que al fin el rebaño humano se decide a echar a andar en dos pies” (24 de marzo de 1917).

Pasaban los días y crecía el entusiasmo de Magón. La revolución política prometía transformarse en revolución social en la medida en que “la democracia no satisface al pueblo ruso”, cuya aspiración consistía en “una nueva forma de convivencia social que garantice a todos el pan y la libertad”. Con el advenimiento de la revolución social, “el gobierno democrático de la Duma está llamado a desaparecer, como desaparecerán todos los gobiernos de la tierra durante este espléndido siglo que bien puede llevar el nombre de Despertar Humano”. “El sistema burgués está condenado a darse a sí mismo muerte” (24 de marzo). “La revolución está en marcha” (21 de abril). Sin embargo, el camino de ésta no era una línea recta: “todo indica que la próxima etapa de esta revolución será la implantación de un régimen socialista autoritario; pero pronto se dará cuenta el pueblo de que todo gobierno es malo, y terminará por adoptar el sistema socialista anarquista” (23 de junio). La revolución, alumbrada por “la luz de la ciencia”, sepultará “en la misma fosa al capital, al gobierno y a la religión, los tres verdugos del ser humano” (1 de septiembre). “Todo indica que la revolución se aproxima en todos los países del mundo” (6 de octubre). No obstante la victoria temporal del “socialismo autoritario”, el revolucionario de San Antonio Eloxochitlán se congratulaba “de los inmensos progresos que han marcado la evolución de los pueblos” (9 de febrero de 1918). Faltaba nada más que un paso para “la emancipación proletaria”. “El viejo sistema se derrumba, hermanos de cadenas. ¡Ánimo!” (16 de marzo).

Durante la guerra, Lenin realizó dos intentos por formar una nueva internacional, en las conferencias de Zimmerwald (septiembre de 1915) y Kienthal (abril de 1916), pero la heterogeneidad ideológica de la concurrencia lo impidió. Con la Revolución de Octubre el eje del movimiento comunista internacional viró del

centro de Europa hacia el Este, instalando en Moscú su cuartel general. Los partidos comunistas de Rusia, Polonia, Hungría, Austria, Letonia, Finlandia y los Estados Unidos convocaron al congreso fundacional de la Tercera Internacional a realizarse en San Petersburgo del 2 al 6 de marzo de 1919. Participaron delegaciones de 35 países. La tarea estratégica consistía en propagar la revolución socialista más allá de las fronteras soviéticas, por lo que se pusieron manos a la obra para formar partidos comunistas en todo el mundo. "Ya se divisa la formación de la República Soviética Internacional", sentenció Lenin en las palabras de clausura.

La Tercera Internacional estaba dispuesta a constituir enclaves en el exterior, por lo que envió emisarios para explorar el terreno y cumplir esta misión. México ocupaba un lugar importante dentro de esta estrategia, dada la cercanía con los Estados Unidos y porque allí había triunfado una revolución social prácticamente en paralelo con la Revolución de Octubre. Observamos un conjunto de corrientes ideológicas y políticas que fluyen desde distintas geografías y experiencias históricas para conjugarse en el comunismo mexicano. Y acaso la de menor presencia en la génesis del Partido Comunista Mexicano (PCM) sea sorprendentemente la comunista. Existía ya en el país una tradición socialista propia, de la que hablamos en el capítulo anterior. Inspirados en el socialismo romántico, se formaron pequeños núcleos socialistas hasta desembocar en La Social. Se pierde la huella socialista en el porfiriato avanzado, pero quizá tenga alguna presencia durante la Revolución. Aparte de los dictados de Moscú y de la tradición socialista vernácula, hay una tercera línea que converge en el PCM: el anticolonialismo bengalí aportado por el joven Manabendra Nath Roy (1887-1954), producto, a su vez, de múltiples mestizajes intelectuales. En éstos, sumamente cosmopolitas, dialogan ideas y cuerpos doctrinales del centro y la periferia, interconectados por los exilios, verdaderos vehículos de la internacionalización política e intelectual. Roy comienza a conocer la obra de Marx en Nueva York donde se acerca también al sindicalismo, el anarquismo, el socialismo y el pacifismo, lo que permite ensanchar su perspectiva política. Ese variopinto bagaje ideológico y político es el que trae el anticolonialista bengalí a nuestro país. Con la mirada puesta en la India, la presión británica contra los conspiradores indios en los Estados Unidos fuerza a Roy a refugiarse en México.

El Primer Congreso Nacional Socialista se llevó a cabo en la Ciudad de México del 25 de agosto al 4 de septiembre de 1919. Al evento convocado por el PSM concurrieron 70 delegados procedentes de sindicatos, núcleos socialistas, varios

desertores de guerra estadunidenses conocidos como slackers e internacionalistas, entre ellos Roy, entonces director de El Socialista, órgano de prensa del PSM. Por la presión de Roy, José Allen —mexicano de ascendencia estadunidense— y del enviado de la Komintern Mijaíl Borodin (1884-1951), el 28 de noviembre de 1919 el Partido Socialista Mexicano cambió su nombre por Partido Comunista Mexicano. A partir de la buena relación que entabló con Borodin, Roy se incorporará a los cuadros directivos de la Tercera Internacional, logrando el respeto intelectual de Lenin como teórico del anticolonialismo.

Fuera de la Ciudad de México también cundía el socialismo. En 1919 Juan Ranulfo Escudero Reguera (1890-1923) formó en Acapulco el Partido Obrero de Acapulco (POA). El partido guerrerense reclamaba pago justo por la jornada de trabajo que no debería exceder de ocho horas, protección de las garantías individuales, marginar de los cargos públicos a los funcionarios deshonestos, motivar la participación electoral, obtener tierras para los campesinos, extender la cobertura educativa, desarrollar una campaña de salud y construir la carretera México-Acapulco. Escudero obtuvo la diputación federal por el primer distrito de Acapulco en 1922 y el POA triunfó en las elecciones locales, por lo que el ayuntamiento porteño seguiría gobernado bajo sus siglas. Pero la rebelión delahuertista acabó con el ayuntamiento socialista y con la vida de Escudero, víctima de un asesinato a mansalva en un paraje cercano al fuerte de San Diego.

En 1917, con Felipe Carrillo Puerto (1874-1924) al frente del Partido Socialista Obrero de Yucatán (PSO), se verificó en Motul el Primer Congreso Obrero Socialista. La asamblea de los socialistas yucatecos votó la creación de escuelas nocturnas, cajas de resistencia, una escuela normal (de orientación racionalista), la participación femenina y la promoción constitucional de sus derechos políticos. El Partido Socialista del Sureste (PSS), heredero del PSO, realizó en Izamal el Segundo Congreso Obrero en agosto de 1921. La asamblea de trabajadores acordó expropiar los servicios públicos en manos de particulares, tener funcionarios comprometidos con el bien común, fortalecer la educación moral de los socialistas, dotar de tierra a los campesinos, ceder las fábricas a los obreros, colectivizar los medios de producción y ofrecer casas baratas a los trabajadores mediante una reforma a las leyes de inquilinato y desahucio. No obstante que esto olía a comunismo, el Segundo Congreso Obrero optó por no sumarse a la Komintern. Vicente Lombardo Toledano (1894-1968) recorrió la entidad en 1934 escarbando los escombros del “régimen socialista regional” formado por Salvador Alvarado y Felipe Carrillo Puerto. A su modo de ver, el régimen socialista degeneró en tiranía después del asesinato de Carrillo Puerto,

al grado que el jefe de las ligas de resistencia era el gobernador de la entidad y no el pueblo organizado. Para el intelectual teziuteco, la deshonestidad de los gobernantes y “la falta de conciencia de clase” de las “masas explotadas del país”, liquidaron el proyecto socialista.[5]

Sindicalismo

Los trabajadores se organizaron en América Latina en el siglo XIX. La escasa industrialización y la necesidad de los artesanos de brindarse mecanismos de seguridad social abonaron en favor del mutualismo. La Sociedad de los Artesanos de la Paz (1852), la Sociedad Tipográfica de Santiago (1853) y la Sociedad Particular de Socorros Mutuos (1853), de la Ciudad de México, fueron algunas de las primeras asociaciones mutualistas que se formaron en el subcontinente. Y en 1872 se fundó una organización nacional de trabajadores conocida como El Gran Círculo de Obreros de México. Hacia el fin de siglo, despuntó el sindicalismo latinoamericano en la minería, agroindustria, puertos, ferrocarriles y sector público pero sin estatuto legal que lo protegiera. Por lo general las huelgas eran ilícitas. De acuerdo con el Código Penal mexicano de 1871, éstas se sancionaban con cárcel.

El Estado aplicó discrecionalmente la ley: castigaba o negociaba con los trabajadores organizados de acuerdo con la circunstancia. En la década de 1870 pararon sastres, sombrereros y tipógrafos de varios talleres de la Ciudad de México porque se les redujo el pago por las piezas que fabricaban. A los que les fue mejor fue a los sombrereros quienes, al extender la huelga a todos los talleres del centro de la capital en 1875, forzaron una negociación colectiva con el gobierno de la ciudad que acabó por fijar las tarifas en el ramo. Si bien en el porfiriato amainó la protesta trabajadora, ésta se reactivó hacia finales de la dictadura con las huelgas de Cananea y Río Blanco. En 1912 el gobierno maderista formó el Departamento de Trabajo para regular el sector laboral y arbitrar a los factores de la producción. El asociacionismo se extendió en las ciudades donde se reorganizaron los oficios alcanzándose negociaciones exitosas en materia salarial, frecuentemente con la mediación de la COM. No obstante, cuando las fuerzas constitucionalistas derrotaron a la División del Norte, Carranza desechó a los trabajadores aliados que formaron los “Batallones rojos” y fue inclemente con la huelga general de los electricistas.

La Constitución de 1917 reconoció la facultad de los trabajadores a sindicalizarse e ir a la huelga, la jornada de ocho horas y el descanso dominical, la igualdad salarial “sin tener en cuenta sexo ni nacionalidad”, el reparto de utilidades y el salario mínimo. Éste debería alcanzar “para satisfacer las

condiciones normales de la vida del obrero, su educación y sus placeres honestos, considerándolo como jefe de familia". Como parte de la comisión redactora del artículo 123 constitucional, los generales Francisco José Múgica (1884-1954) y Heriberto Jara (1879-1968) encabezaron la postura progresista en materia laboral. Jara sostuvo que la única razón para declarar una huelga ilícita era que los trabajadores recurrieran a la violencia, para no dar "el pretexto que se tomó en Chicago para los asesinatos de triste recordación… En estas condiciones no habrá tampoco motivo para que se repitan hecatombes como la del 7 de enero en Río Blanco, y para que, en una palabra, se pueda dar lugar a procedimientos infames…".

Álvaro Obregón procuró cooptar a los líderes obreros sentando las bases del pacto corporativo que sellaría Lázaro Cárdenas. Antes que ninguna, la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), constituida en 1918 bajo el mando de Luis N. Morones, fue el omnipresente brazo sindical del régimen. Pero no todo fue sumisión. En 1921 una convención anarcosindicalista en la Ciudad de México dio lugar a la Confederación General de Trabajadores (CGT). Participaron tranviarios, textileros, telefonistas, tabacaleros, canteros y trabajadores de las artes gráficas de diversas partes del país. Cuadros experimentados de la COM —Jacinto Huitrón y Rafael Quintero—, libertarios como Herón Proal (1881-1959) y comunistas como José Allen, Manuel Díaz Ramírez y Frank Seaman se incorporaron a la nueva central que pretendía hacer contrapeso a la domesticada CROM. Sin embargo, el matrimonio de anarquistas con comunistas duró escasos nueve meses, concluyendo con la escisión de los últimos. En los años siguientes, los comunistas procuraron mantenerse activos en el movimiento obrero pero sin formar organizaciones propias, por lo que volcaron su activismo hacia las filas de la CROM y la CGT.

Acaso el movimiento social más importante de los veinte fuera la huelga nacional de inquilinos que se desarrolló principalmente en el puerto de Veracruz, la Ciudad de México y Guadalajara, ramificándose cuando menos a 12 entidades federativas (Aguascalientes, Chihuahua, Guanajuato, Jalisco, Nuevo León, Puebla, San Luis Potosí, Tabasco, Tamaulipas, Veracruz, Yucatán y Zacatecas). Herón Proal, Ruiz Madrid y Jenaro Laurito encabezaron el movimiento inquilinario de 1922 en el puerto del Golfo, la capital federal y la Perla de Occidente, respectivamente. Recurrieron a la sindicalización, estrategia compartida por anarquistas y comunistas. No obstante tener una expresión nacional, la huelga no logró articular una dirección unificada —debido tanto a las diferencias políticas entre anarquistas y comunistas como a la autonomía del

movimiento con respecto a las organizaciones nacionales— restándole proyección. A pesar de esto, la huelga inquilinaria, que mantuvo algunos brotes hasta 1925, forzó al Estado revolucionario a adoptar políticas urbanas en materia de vivienda popular.

Al frente de la CROM, Lombardo fue electo diputado en 1924 a nombre del Partido Laborista Mexicano (PLM). En parte para contener a los comunistas, el ideólogo poblano trabó alianzas con el sindicalismo estadunidense. El asesinato del presidente electo Álvaro Obregón comprometió la participación de Lombardo Toledano en la CROM y el PLM, dado que desde la cúpula del poder se incriminó en el magnicidio a Morones. El debilitamiento de la central obrera por el alejamiento del líder, quien precavido decidió viajar por Europa, llevó al intelectual poblano a reagrupar al movimiento obrero lo que culminaría con la creación de la Confederación General de Obreros y Campesinos de México (CGOCM) en 1933. Ésta daría lugar en 1936 a la Confederación de Trabajadores de México (CTM). A la inteligencia y el pragmatismo del ideólogo teziuteco también se debe la redacción y promulgación de la Ley Federal del Trabajo en 1931.

El PCM buscó también ganar adeptos entre los trabajadores agrícolas. Los comunistas tuvieron agrias disputas con los agraristas por hacerse de la dirección de las ligas campesinas. Del lado de los agraristas de la Liga Nacional Campesina (LNC), encabezados por Úrsulo Galván, resultaba fundamental instrumentar el reparto agrario, lo cual los obligaba a alcanzar algún tipo de pacto con los caudillos sonorenses en el poder. Los comunistas, en cambio, siguiendo la directriz de la Tercera Internacional del frente único proletario que abdicaba de cualquier alianza con las burguesías nacionales, marcaban distancia con el régimen al punto de exigir en 1927 el reparto de los latifundios entre los campesinos pobres sin mediar indemnización alguna. El sectarismo de éstos, aunado a la violencia de los terratenientes instrumentada por las guardias blancas, socavó la alianza con los agraristas llevando al PCM a formar en 1928 la Confederación Sindical Unificada de México (CSUM), la cual reunía a obreros y campesinos. A pesar de las diferencias, en las elecciones presidenciales de 1929, la LNC y el PCM formaron el Bloque Obrero y Campesino Nacional (BOCN), lanzando al general Pedro Rodríguez Triana a la presidencia de la República, quien respondió discretamente en las urnas, con poco más de 20 mil votos. Pero la intervención de la Komintern en los asuntos agrarios y un enrarecido ambiente anticomunista precipitaron la ruptura de las relaciones diplomáticas de México con la Unión Soviética en 1930 y a la

ilegalización del PCM, desatando la persecución de su militancia por el régimen de Pascual Ortiz Rubio.

La lucha política internó al comunismo mexicano en el campo de las artes. La Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR) se constituyó en 1934, yendo al encuentro de las masas populares con un arte que pretendía generar conciencia social. La LEAR no dependía del PCM, antes bien era un punto de reunión, debate, creación y militancia política y sindical de un grupo de artistas bastante solventes. La Liga editó la revista Frente a Frente, llamada así en alusión a la lucha de clases. Parte de la LEAR arrancaría en 1937 un nuevo proyecto en el Taller de Gráfica Popular (TGP), reanimando los objetivos antifascistas y antimperialistas de su antecesora. También en 1937 el PCM fundó Editorial Popular. Además de los comunistas mexicanos y textos de interés general, la editorial daría a conocer obras de Karl Marx, Friedrich Engels, Iosif Stalin, Georgi Dimítrov, Eugen Varga, Dolores Ibarruri, Maurice Thorez y Blas Roca. Lombardo también se daría tiempo para la labor editorial dirigiendo las revistas Futuro (1933-1946) y Avante (1961-1963).

Los frentes populares

La Primera Guerra Mundial separó de manera irreconciliable el movimiento socialista internacional (socialdemocracia y comunismo), puso fin a la Segunda Internacional (1889-1914), trajo la revolución en Rusia (fracasando en Alemania y Hungría), pero también la crisis económica que empedró el camino fascista. En la década de 1920 la economía global se desaceleró y Alemania fue ahogada por las reparaciones de guerra fijadas por el Tratado de Versalles, que superaban con creces el tamaño de su economía, condenándola a la hiperinflación, el desempleo y a enfrentar sus deudas con préstamos externos fundamentalmente estadunidenses. Hacia 1931 el país germano se declaró insolvente. En regiones donde la derrota militar se consumó (Rusia, Austria), la crisis económica fue tremenda, hundiéndose el sistema monetario y, con él, el ahorro y el financiamiento de la actividad productiva. Frente a débiles o inexistentes mecanismos de protección social, las clases medias y trabajadoras quedaron desprotegidas ante la crisis. Retornó el proteccionismo incluso en Inglaterra y el liberalismo económico no encontró respuestas al colapso económico. También se abandonó el patrón oro (1931-1932), aumentando la inestabilidad de la economía mundial.

No obstante las pésimas señales emitidas por Europa, la gran depresión (1929-1932) inició en los Estados Unidos. Las exportaciones estadunidenses habían caído por la debilidad de la economía europea que consumía buena parte de éstas, a la vez que las importaciones decrecieron en el país americano, incrementándose el consumo artificialmente por medio del crédito. Consecuencia de esto último fue la burbuja inmobiliaria y una amplia masa de deudores insolventes. El 24 de octubre de 1929 ocurrió el “Jueves negro” en el que se desplomó en un 9% Wall Street. La bolsa de valores neoyorquina dio tumbos que se prolongaron hasta el mes siguiente. Y la Reserva Federal reaccionó mal al no tomar medidas contracíclicas no previstas por la ortodoxia liberal, lo que contrajo todavía más el crédito, deprimió fuertemente la economía y propició el colapso del sistema bancario (1932-1933). En el Tercer Mundo la depresión afectó sobre todo la exportación de materias primas con el consecuente desequilibrio de la balanza de pagos. En esa atmósfera irrespirable brotaron los populismos en América Latina.

La crisis económica mostró las limitaciones del liberalismo, mientras el ascenso del fascismo desnudó la fragilidad del sistema político europeo. Las instituciones democráticas fueron asaltadas por una extrema derecha hostil a la revolución social —impulsada por los comunistas— y al liberalismo, radicalmente nacionalista. Si la estrategia de la izquierda comunista en la Primera Guerra Mundial había sido promover la revolución, para finales de los veinte la prioridad era enfrentar a la socialdemocracia con la línea política del llamado Tercer Periodo, achacándole que se había pasado al lado del enemigo de clase. La división de la izquierda, más la crisis económica, rematarían la República de Weimar (1918-1933) abriendo la puerta de Brandemburgo al nacionalsocialismo.

Los acontecimientos se sucedieron en cascada: en enero de 1933 el presidente Paul von Hindenburg nombró a Adolf Hitler canciller; tras la muerte del presidente, el referéndum de agosto de 1934 proclama Führer a Hitler; en julio-agosto de 1935 se lleva a cabo en Moscú el VII Congreso de la Internacional. Éste vira la política del Tercer Periodo y convoca a todos los partidos afiliados a crear frentes populares en una alianza de los obreros con las burguesías nacionales para detener al fascismo y defender a la URSS. La Guerra Civil española quedó entrampada en el cambio de señales de la Komintern. Los comunistas formaron las Brigadas Internacionales en las que se alistaron voluntarios de distintas geografías para defender la Segunda República, entre ellos el pintor mexicano David Alfaro Siqueiros. Replegada en su propia defensa, la URSS no apoyó militarmente al gobierno republicano intentando evitar la guerra con Alemania, en tanto que el Tercer Reich y el régimen fascista de Benito Mussolini bombardearon el País Vasco para allanar el camino a las tropas golpistas del general Francisco Franco.

El informe del 2 de agosto de 1935 del búlgaro Georgi Dimítrov, secretario general de la Komintern, había dado cuenta del apremio en que se encontraba no sólo la clase obrera sino el mundo entero con el rearme alemán: “aquello por lo que hay que comenzar es crear el frente único, establecer la unidad de acción de los obreros de cada fábrica, de cada distrito, de cada región, de cada país, del mundo entero… [para posteriormente] pasar triunfalmente a la contraofensiva contra el fascismo, contra el enemigo de clase”.[6] Entre los resolutivos del VII Congreso destacó el llamamiento a “la creación de un extenso frente antifascista popular que incluyera a los “campesinos trabajadores”, a la “pequeña burguesía urbana” y a los trabajadores de las “nacionalidades oprimidas”, encabezadas por el proletariado mundial. En auxilio de Moscú no únicamente acudió el PCM, miembro de la Komintern, también respondió Lombardo. A lo largo de su vida el

intelectual teziuteco mantendría sólidos vínculos con el movimiento comunista internacional. Lombardo fue un seguidor recalcitrante de la línea del frente popular que trató de agrupar a los sindicalistas latinoamericanos en organizaciones que rebasaran las fronteras nacionales.

La administración de Lázaro Cárdenas asiló a españoles de todo el prisma republicano, nacionalizó la industria petrolera, realizó el reparto agrario más grande de la historia nacional, alfabetizó a millones de mexicanos y montó el régimen corporativo con el que las masas populares ingresaron en el sistema político. El PCM abandonó la clandestinidad en 1934, aliándose con el general Cárdenas de acuerdo con la política de “unidad a toda costa” iniciada en 1937. La participación en las grandes movilizaciones sociales del cardenismo, tanto en la ciudad como el campo, fortalecieron al PCM que en un lustro de vida pública multiplicó por 10 su militancia. El general michoacano ofreció también refugio a León Trotsky, líder de la oposición de izquierda en la URSS. El comunista ucranio inició en el puerto de Tampico el 7 de enero de 1937 un exilio que duraría tres años y medio, cortado de tajo por el atentado en Coyoacán el 20 de agosto de 1940 a manos del español Ramón Mercader, agente de Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (GPU) —la policía secreta de Stalin—, precedido por un intento de asesinato dirigido por Siqueiros. Hernán Laborde (1896-1955), secretario general del PCM, y Valentín Campa Salazar (1904-1999) se opusieron al designio estalinista de liquidar al jefe de la oposición de izquierda, por lo que fueron expulsados del partido. De acuerdo con las memorias del líder ferrocarrilero, Laborde expresó al delegado de la Tercera Internacional esta decisión. Éste lo amenazó advirtiéndole “que se atuviera a las consecuencias derivadas de su actitud puesto que la indisciplina a la Tercera Internacional se pagaba muy caro”.[7]

El comunismo mexicano sobrevivió a las convulsiones políticas de las dos primeras décadas del régimen posrevolucionario y a la persecución de que fue objeto en distintos momentos. Aunque escasamente, logró penetrar en algunas industrias, hacerse de influencia dentro del gremio magisterial y atrincherarse en el ámbito de la cultura. Desafortunadamente, tanto una política de alianzas errática como la consolidación del nuevo Estado durante el cardenismo desdibujaron la identidad partidaria. La Guerra Fría alinearía el movimiento comunista internacional con el bloque soviético y la revolución por etapas, teorizada por Stalin, exigiría a los países semicoloniales culminar las tareas de la revolución burguesa antes de emprender la revolución socialista. Todo esto sumado al giro hacia la derecha del régimen mexicano en la década de los

cuarenta, el control corporativo de los sindicatos de obreros y de las organizaciones campesinas, el “milagro mexicano” en materia económica y la institucionalización de la seguridad social quitaron espacio a la propuesta comunista. Sin embargo, no puede regatearse a los comunistas su participación en las luchas sociales más importantes del periodo; esperanzados, incluso en la adversidad, como en la página final de Los muros de agua: “silenciosa, lentamente, se tendieron las manos estrechando en ellas toda una fe y una doctrina”.

4

LA IZQUIERDA EN EL RÉGIMEN AUTORITARIO

La Guerra Fría, basada en un poderío militar asimétrico a la vez que letal de los Estados Unidos y la Unión Soviética, ordenó las relaciones internacionales por medio siglo. En 1949 se fundó la Organización del Tratado del Pacífico Norte (OTAN) y en 1955 el Pacto de Varsovia. De esta manera, el mundo se dividió en zonas de influencia donde cada superpotencia "respetaba" los territorios de la otra. Si acaso, a los antiguos imperios coloniales se les concedió algún papel en África e Indochina. No obstante, el orden tenso pero estable de la Guerra Fría tuvo sus puntos de inflexión en las periferias asiática y africana. La Revolución china desencadenará este proceso que rompió los equilibrios geopolíticos en Asia oriental, además de fracturar de manera irreversible el movimiento comunista internacional. A partir de los cincuenta, Moscú y Beijing inspirarían a distintas tendencias de la izquierda revolucionaria. El otro proceso disruptivo fue la descolonización del Tercer Mundo, que crearía múltiples Estados independientes en Asia y África.

Europa occidental, teatro de las dos guerras mundiales, tuvo en la posguerra la oportunidad de concentrarse en el desarrollo económico gestionado con resultados óptimos por la socialdemocracia. Gran Bretaña, Francia y Alemania fueron las principales beneficiarías del Plan Marshall, financiado por los Estados Unidos con el propósito de reconstruir las economías europeas gravemente afectadas por el conflicto bélico. A pesar del enorme desequilibrio entre el campo y la ciudad, la economía de la URSS creció a ritmo más acelerado que las occidentales hasta entrados los cincuenta. Pero su inflexibilidad e ineficiencia acabaron por lastrarla, sufriendo un estancamiento durante toda la administración de Leonid Brézhnev. América Latina también se benefició de la prosperidad económica, haciendo llegar los gobiernos populistas la seguridad social, la educación y la salud a amplios sectores de la población. Y el "milagro mexicano" afianzó el régimen autoritario al brindarle un margen de negociación con las clases populares, de por sí acotadas por el corporativismo, e hizo crecer a las clases medias que alimentarían la protesta estudiantil de los sesenta.

Nacionalismo y antimperialismo

El joven Marx creía que la revolución socialista ocurriría en los países desarrollados, pues en ellos se habrían desplegado las contradicciones del capitalismo, pero en su madurez intelectual vislumbró la posibilidad de que "revoluciones sociales, aunque de formas atrasadas" en las naciones periféricas detonaran la revolución en los países centrales. Recordemos la respuesta que el comunista alemán ofreció a Vera Zasúlich con respecto de la comuna rural rusa, en la que subrayó que el proceso descrito en El capital se circunscribía a los países de Europa occidental. Además están los textos sueltos acerca de la cuestión irlandesa. Escribió Marx a Engels el 10 de diciembre de 1869 a manera de autocrítica:

Durante mucho tiempo creí que era posible derribar al régimen irlandés mediante el ascenso de la clase obrera inglesa… Un estudio más profundo me ha convencido de lo contario. La clase obrera no conseguirá nada hasta que no se haya liberado de Irlanda. Hay que poner la palanca en Irlanda. Por eso la cuestión irlandesa es tan importante para el movimiento social en general.[1]

La Segunda Internacional debatió el problema colonial. Las posiciones oscilaron entre condenar los abusos de los imperios pero aceptar el colonialismo, como sostenía Bernstein, hasta minimizar el potencial revolucionario de las luchas de liberación nacional, según el planteamiento de Rosa Luxemburg y del comunismo autogestionario del astrónomo neerlandés Anton Pannekoek. En medio, la condena del colonialismo de Kautsky y el reconocimiento del derecho universal de autodeterminación de las naciones oprimidas sostenido por Lenin. Las diferencias políticas colisionaron en la Primera Guerra Mundial, cuando la mayoría socialdemócrata priorizó la "defensa de la patria", en tanto que comunistas autogestionarios y bolcheviques se opusieron a la guerra convocando a la revolución.

También la Tercera Internacional atendió el tema colonial. En esto jugó un papel destacado Manabendra Nath Roy, quien estaba cierto que la rebelión de los

pueblos coloniales era esencial para derrotar el imperialismo y lograr la victoria global del proletariado. Alentado por Lenin, Roy presentó sus tesis acerca de la cuestión nacional en el II Congreso de la Internacional Comunista (Moscú, 1920), mismas que fueron añadidas al documento final. La resolución de la asamblea comunista hizo una analogía entre la igualdad formal liberal, consagrada como ley en el derecho occidental, y el derecho de gentes. Aquélla, bajo la noción de "persona humana en general", encubría las profundas desigualdades materiales, sociales y culturales de los individuos dentro del capitalismo, igualando en una noción abstracta a las clases dominantes con los subalternos. Éste disimulaba las asimetrías de las naciones pobres con las ricas, las independientes con las que no lo eran, los imperios con las colonias. En consecuencia, la política de la Internacional Comunista "en lo que al problema nacional y colonial se refiere" consistiría en preparar a "las masas trabajadoras y proletarias de todas las naciones y países para la lucha revolucionaria común por el derrocamiento de los terratenientes y la burguesía". Sólo así sería posible triunfar sobre el capitalismo, a la vez condición para "suprimir la opresión nacional y la desigualdad de los derechos" e integrar a todas las naciones del mundo dentro de una "federación de repúblicas soviéticas". En este mismo sentido la Komintern exhortaba a todos los partidos comunistas a prestar ayuda directa "al movimiento revolucionario en las naciones dependientes o en las que no gozan de derechos iguales (por ejemplo en Irlanda, entre los negros de Estados Unidos, etcétera)".[2]

Roy había iniciado su carrera política en Yugantar, una organización terrorista india heredera del movimiento swadeshi de cariz nacionalista. La incorporación del nacionalista bengalí a la Komintern —abonada por su protagonismo en la fundación del PCM y la amistad con Borodin— consumó el mestizaje intelectual del anticolonialismo indio con el comunismo occidental. Esto permitirá a Roy tanto entenderse con los comunistas empleando el lenguaje marxista —mucho más universal que el del anticolonialismo indio— como incorporar la periferia extraeuropea al horizonte político y programático de la Internacional Comunista. Las "tesis suplementarias", elaboradas por Roy y añadidas a la resolución del II Congreso de la Internacional Comunista sobre "los problemas nacional y colonial", partían de las premisas de que "las masas de los países sometidos fuera de los límites de Europa están vinculadas de manera absoluta al movimiento proletario de Europa y que ésa es una consecuencia inevitable del capitalismo centralizado". Pero, al mismo tiempo, constatan la interdependencia provocada por la primera globalización: "sin la posesión de grandes mercados y de extensos territorios de explotación en las colonias, las potencias capitalistas

de Europa no podrían mantenerse por mucho tiempo". Mercados, materias primas, y mano de obra abundante y barata constituían el tributo de los países periféricos al imperialismo europeo. De esto el nacionalista bengalí derivó dos conclusiones políticas: 1) que el movimiento revolucionario de las colonias debería beneficiarse de la relación con la Komintern, pues al fin y al cabo los grupos que lo alimentan "son la vanguardia de la clase obrera"; 2) que "las masas de los países atrasados, conducidas por el proletariado consciente de los países capitalistas desarrollados, accederán al comunismo sin pasar por los diferentes estadios del desarrollo capitalista".[3]

En el VII Congreso de la Internacional Comunista (Moscú, 1935), dijimos, dominó la discusión el problema del fascismo. La estrategia adoptada favoreció la alianza de clases con las burguesías nacionales para contener el avance fascista. A escala global se invirtieron las prioridades: en lugar que la Komintern incentivara la revolución en la periferia, ahora los partidos comunistas subordinarían sus políticas nacionales a la defensa de la URSS. Ante el nuevo reparto de mundo que se avecinaba, la resolución respectiva destacó que "la Unión Soviética se ha convertido en el centro de gravitación no sólo para los obreros con conciencia de clase, sino también para todo el pueblo trabajador, de los países capitalistas y coloniales, que desea la paz". Ésta (entendida como defensa de la URSS) y no la revolución fue la consigna principal del movimiento comunista internacional, lo cual no obstaba para, de ser indispensable en algún país colonial acosado por las potencias imperialistas, apoyar por todos los medios "la independencia nacional y elevar la guerra de liberación hasta el fin, sin permitir a 'su propia' burguesía sellar transacciones a costa de los intereses de su país con las potencias que lo atacan".[4]

La guerra con los Estados Unidos detonó el nacionalismo mexicano, expresándose básicamente como un nacionalismo cultural. Será en el siglo XX cuando aquél adquiera connotaciones políticas asociándose con el antimperialismo. La Revolución mexicana, especialmente con las reformas cardenistas, fue el vehículo de ambos y el antimperialismo tuvo a Lombardo por figura capital. Para el ideólogo tezuiteco la Revolución mexicana fue democrático-burguesa, poseyendo de suyo un carácter antimperialista. En consecuencia, el aliado natural del movimiento obrero y de la izquierda socialista era el régimen revolucionario. Incluso su inocultable autoritarismo resultaba, de acuerdo con Lombardo, un mal menor dentro de la tarea central de las corrientes progresistas de frenar el imperialismo estadunidense, el enemigo histórico de la Revolución mexicana e impedimento mayor para la emancipación

del proletariado mundial. Para el marxista poblano, toda ampliación de la propiedad pública y cada derrota del imperialismo en el mundo significaban un avance en esa dirección. Este gradualismo se extendía a la valoración de la situación mundial, por lo cual Lombardo era partidario de la línea del frente popular —que consideraba haberla practicado a su manera sometiéndose al régimen—, así como de la “coexistencia pacífica” de los bloques capitalista y socialista, política oficial de la URSS durante la Guerra Fría.

La izquierda estalinista

El PCM fue cómplice del asesinato de Trotsky que Lombardo también justificó, pues para uno y otro el líder de la oposición de izquierda era un contrarrevolucionario enemigo de la Unión Soviética. A Lombardo no le cabía “ninguna duda de que León Trotsky era un aliado de la Alemania nazi y no un aliado de la corriente antifascista del mundo”.[5] Incluso el pintor Diego Rivera (1886-1957), cercano a Trotsky en su exilio mexicano, realizó una vergonzosa retractación pública cuando pidió ser readmitido en el PCM:

Yo reconozco haberme deslizado sobre ese plano inclinado cayendo por él hasta el encenegamiento contrarrevolucionario trotskista. Al llegar tan abajo que me encontré ser miembro de su pandilla, empecé a ver, desde dentro, más claro sus errores en los que yo mismo había caído y al comenzar trabajosamente a darme cuenta de ello inicié discusiones que dieron por resultado mi expulsión del trotskismo en 1939 (cediendo a las solicitaciones de sus pandilleros había entrado a su organización en 1935). Sin embargo, al ser expulsado de entre ellos no supe afirmar mis posiciones más allá del interior de su pandilla, ni tuve el valor político necesario para exponer públicamente mi posición (La Voz de México, 21 de noviembre de 1952).

Salvo pequeños núcleos trotskistas que surgieron al amparo de la Cuarta Internacional —fundada en París por el comunista ucranio en 1938— ésta era la idea dominante en los círculos comunistas durante los años oscuros del comienzo de la Guerra Fría. Entretanto, el régimen de la Revolución mexicana se asentaba cerrando espacios de intervención a las fuerzas de izquierda debilitadas por el sectarismo. Comunistas y lombardistas, las corrientes más visibles de ésta, intervinieron en ese entorno adverso, cada una con estrategia propia, si bien ambas supeditadas al régimen y a Moscú.

Las administraciones de Manuel Ávila Camacho y Miguel Alemán Valdés revirtieron parcialmente las reformas cardenistas en materia de educación y reparto agrario, además de afianzar un crecimiento económico a tasas históricas,

contribuyendo a apaciguar al movimiento obrero y a ensanchar las clases medias urbanas. El Congreso Extraordinario del PCM (1940) persistió tanto en la línea de "unidad a toda costa" como en reiterar la vigencia de la Revolución mexicana, optando por radicalizarla ante la embestida de la reacción que pretendía revertirla. En consecuencia, el cónclave comunista aprobó aliarse con la CTM, forzar al Partido de la Revolución Mexicana (PRM) a convertirse en un auténtico frente popular que sumara las fuerzas progresistas y depurar sus filas de elementos "trotskistas y corrompidos", léase Hernán Laborde y Valentín Campa Salazar, quienes, apuntamos, desaprobaron la ejecución de Trotsky. Cabe decir que éstos también consideraban al fundador del Ejército Rojo un contrarrevolucionario, pero juzgaban contraproducente liquidarlo.

En otro episodio ocurrido en 1943, la célula José Carlos Mariátegui, formada por José Revueltas (1914-1976), calificó de "sectaria" a la dirección del partido. Ésta acusó al escritor duranguense de "liquidacionista", y de abandonar los principios y la disciplina partidaria expulsándolo, además. Varios de los marginados en estas purgas conformaron en 1950 el Partido Obrero Campesino Mexicano (POCM), dirigido por Carlos Sánchez Cárdenas (1913-1982). A pesar de ser víctima del estalinismo partidario, el POCM se identificó ideológicamente con lo que entonces se llamaba "el marxismo-leninismo-estalinismo". Para entonces el PCM no pasaba de 4,000 miembros, en su mayoría campesinos, obreros y artesanos, maestros, burócratas y estudiantes. Y prácticamente, el partido era inexistente en un tercio del país.

Lombardo tampoco pasaba por su mejor momento. El grupo de los "cinco lobitos" —Fidel Velázquez, Fernando Amilpa, Jesús Yurén, Luis Quintero y Alfonso Sánchez Madariaga— lo desplazó de la secretaría general de la CTM en 1941, haciéndose Velázquez de la dirección de la central que, salvo un breve interregno, mantendría hasta su muerte en 1997. Esta salida de la escena pública hará que Lombardo busque un espacio institucional que le permita ejercer presión sobre el gobierno, por lo que funda el Partido Popular en 1948, rebautizándolo en 1960 como Partido Popular Socialista (PPS), el cual se fusionó con el POCM en 1963. Si bien la nacionalización de la industria eléctrica y la representación proporcional en las cámaras figuraron en la agenda partidaria, el sello de la casa del PPS fue la alianza estratégica con el régimen de la Revolución mexicana. En la elección constitucional de 1952, Lombardo fue el candidato presidencial de esta formación política obteniendo cerca de 2% de la votación nacional. De 1958 a 1970, el PPS optaría por postular como propios a los candidatos del PRI (Adolfo López Mateos, Gustavo Díaz Ordaz y Luis

Echeverría Álvarez). También el político poblano procuró habilitar un frente externo que conservara viva la relación tanto con la URSS como con el sindicalismo internacional. De esta forma, en 1938 Lombardo fundó la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL), incorporada a la Federación Sindical Mundial en 1945. Siempre a cargo del ideólogo teziuteco, la CTAL se disolvió en 1963.

El XI Congreso del PCM (1950), desencantado por el curso proempresarial del gobierno de Alemán Valdés, rectificó la línea política de “unidad nacional” con la “burguesía progresista”, en favor de la constitución de un frente nacional democrático y antimperialista. Esto, aunado a la intervención activa en los sindicatos industriales por medio de los “comités de lucha”, permitió al partido ganar cierta influencia entre los ferrocarrileros, huleros, metalúrgicos y petroleros. Dentro del poderoso Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), el exmiembro de la Juventud Comunista Othón Salazar Ramírez (1924-2008), emprendió en 1956 la lucha por la democratización de la sección IX del SNTE, situada en la Ciudad de México.

Con motivo de esta democratización surgió en 1957 el Movimiento Revolucionario del Magisterio (MRM), encabezado por Salazar Ramírez. Al año siguiente, los maestros de primaria de la capital salieron a la calle demandando aumento salarial y castigo a las autoridades responsables de la represión de abril, cuando la policía los retiró del Zócalo con un saldo de varios muertos y heridos. En septiembre, previo a un mitin por el reconocimiento de una nueva dirigencia sindical y en solidaridad con los ferrocarrileros, la fuerza pública atacó con violencia al magisterio disidente y encarceló, entre otros, a Salazar Ramírez por “disolución social”. Este delito, tan vago e impreciso, lo había incorporado el Estado mexicano al Código Penal para prevenir acciones desestabilizadoras por parte de las potencias del Eje durante la Segunda Guerra Mundial, pero indefectiblemente sirvió para encarcelar a activistas sociales y opositores políticos. Sin embargo, esto no fue suficiente para disuadir al profesor guerrerense quien, en 1960, condujo la huelga de la Escuela Nacional de Maestros.

La CTM sufrió desprendimientos de sindicatos de industria tan importantes como los mineros y ferrocarrileros, escindidos de la central en 1947. Los telefonistas lo harán en 1959. Demandando la mejora de las condiciones laborales y el respeto al contrato colectivo de trabajo, los mineros pararon en 1950 el mineral de Nueva Rosita, Coahuila, explotado por la Mexican Zinc Co.,

filial de la ASARCO. Intransigente, la administración de Alemán Valdés no atendió las demandas obreras y cercó la mina con el ejército para disolver la protesta y forzar el regreso al trabajo. Los ferrocarrileros exigieron un aumento salarial en 1958, lo que confrontó a los trabajadores de base con las dirigencias seccionales y nacional del sindicato. Esto hizo que el movimiento ferrocarrilero agregara a la reivindicación inicial la democratización del gremio. Con paros escalonados, los trabajadores lograron el aumento salarial por parte de la empresa estatal. Pero en lo que la administración de Adolfo López Mateos no estuvo dispuesta a ceder fue en la democratización del Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros de la República Mexicana (STFRM), por lo que desconoció los acuerdos de la VI Convención Nacional Extraordinaria del sindicato, misma que había electo a Demetrio Vallejo secretario general. La protesta obrera ante la decisión presidencial recibió por respuesta la intervención policial y el despliegue del ejército en las instalaciones sindicales. No obstante, los ferrocarrileros resistieron el embate y lograron una nueva elección interna que volvió a favorecer a Vallejo. De todos modos, a la primera oportunidad —esta vez una huelga por la revisión del contrato colectivo— el gobierno federal descabezó al sindicato ferrocarrilero, y encarceló en 1959 a Vallejo y a Valentín Campa, dirigente de la huelga, y a un centenar de trabajadores del gremio. En Lecumberri confinaron al sindicalista regiomontano en la crujía “L”, aislado del resto de sus compañeros ferrocarrileros. Además de la prisión el saldo de la derrota ferrocarrilera fue de 9,000 despedidos.

Las derrotas obreras y el papel del PCM en ellas fueron objeto de la acerba crítica de José Revueltas en el Ensayo sobre un proletariado sin cabeza (1962), manifiesto no oficial de la Liga Leninista Espartaco (LLE), formada por el escritor duranguense tras su segunda expulsión del PCM. Vertical y autoritario, el partido —sostenía Revueltas— practicaba

un estalinismo chichimeca, bárbaro, donde el “culto a la personalidad” se convierte en el culto a Huitzilopoztli y en los sacrificios humanos que se le ofrendan periódicamente con la expulsión y liquidación política de los mejores cuadros y militantes, cada vez que esto se hace necesario cuando los sombríos tlatoanis y tlacatecuhtlis dentro del PCM se sienten en peligro de ser barridos por la crítica justa.[6]

Pero no sólo eso, el PCM fracasó en convertirse en la vanguardia de la clase obrera, su “conciencia organizada” o “cerebro colectivo”, por lo que el autor de El apando lo consideró históricamente inexistente, no en cuanto a su materialidad, sino por la incapacidad manifiesta de cumplir su “misión histórica”, esto es, ser el instrumento de la emancipación proletaria. Optimista, Revueltas pensaba que el socialismo se había impuesto sobre el capitalismo como horizonte de futuro, por lo que nada más faltaba el triunfo como “práctica inmediata”. Esta labor no podía realizarla el PCM debido a su incapacidad de llevar el marxismo-leninismo a la clase obrera y romper a través de él con ideologías ajenas y alienantes, como el nacionalismo revolucionario del régimen priista.

Mientras el PCM (por un tiempo) y el PPS (siempre) trataron de aliarse con el régimen para sacar adelante sus programas políticos y hacer un frente antimperialista contra los Estados Unidos, el partido gobernante sufrió el desgajamiento henriquista que llevó al general Manuel Henríquez Guzmán (1898-1972) a presentarse como candidato a la presidencia en 1952 a nombre de la Federación de Partidos del Pueblo Mexicano (FPPM). El general coahuilense llamó a recuperar los principios de la Revolución mexicana que consideraba abandonados por la administración de Alemán Valdés. Según el recuento oficial, Henríquez Guzmán alcanzó más de medio millón de sufragios (casi el 16% de la votación legal), aunque se insistió que había sido torcida la voluntad popular para favorecer a Adolfo Ruiz Cortines.

De este parecer era Rubén Jaramillo Méndez (1900-1962), quien convocó a realizar una nueva revolución porque la de 1910 se había descompuesto sin remedio. El excapitán zapatista había recibido alguna formación ideológica por parte del PCM en los treinta y mantuvo una alianza con los comunistas en las décadas siguientes. Jaramillo se levantó tres veces en armas (1943, 1946 y 1952) en defensa del ejido, de los trabajadores agrícolas y contra los fraccionadores que acaparaban la propiedad rural para convertirla en residencias campestres, no sin antes formar una cooperativa de trabajadores cañeros e intentar infructuosamente realizar sus expectativas políticas por la vía electoral con el Partido Agrario Obrero Morelense (PAOM) y el FPPM. Indultado por Ruiz Cortines a instancias del candidato presidencial López Mateos, el excapitán zapatista abandonó la clandestinidad en 1958. No obstante, como hizo el presidente mexiquense con los ferrocarrileros, ya instalado en el poder abandonó la política de diálogo y adoptó la mano dura. Así, Jaramillo y su familia, fueron ultimados por “desconocidos” en Xochicalco en mayo de 1962, si bien todo

indica que fue un crimen de Estado.

Los Federacionistas Leales —remanentes del henriquismo— decidieron tomar el Zócalo en las fiestas patrias de 1961 y atacar al gabinete presidencial para, en un movimiento coordinado, ocupar varias presidencias municipales y dinamitar la hidroeléctrica de Necaxa, desatando una reacción en cadena que inhabilitaría al gobierno federal. No obstante, seis días antes de la fecha prevista para el levantamiento, policías y soldados catearon en Mixcoac la casa del general Celestino Gasca quien, al lado de otros presuntos conspiradores (entre ellos el candidato independiente a la gubernatura de San Luis Potosí, Salvador Nava Martínez), fue confinado en el Campo Militar número 1. De acuerdo con el reporte oficial, la fuerza pública localizó en el inmueble propaganda subversiva del FPPM y manuales guerrilleros —obra del mismo Gasca y del Che Guevara. A pesar de abortar el plan, hubo brotes armados en Puebla, Veracruz, Chiapas, Guerrero, Oaxaca, Estado de México y Coahuila exigiendo el reparto agrario. La prensa estadunidense calculó un saldo aproximado de 100 muertos, 200 heridos y 1,000 detenidos. Y a Gasca lo exoneraron por “falta de pruebas”.

¿Moscú o Beijing?

A tres años del fallecimiento de Stalin producto de un paro cardiaco, el XX Congreso del PCUS (Moscú, 1956) intentó enterrar su legado. La muerte política del comunista georgiano —como la nombró Mao Zedong— estuvo a cargo de Nikita Jruschov (1894-1971), con su famoso “informe secreto”. En un implacable discurso de cuatro horas a puerta cerrada, el primer secretario del comité central del PCUS denunció la tortura y asesinato de “comunistas honrados e inocentes” por órdenes del georgiano, el abandono de los principios leninistas en favor del inaceptable “culto a la personalidad”, el exterminio de pueblos enteros con la colectivización forzosa del campo y la hambruna que provocó, los desplantes paranoicos de Stalin en la Segunda Guerra Mundial que lo llevaron a fusilar a sus mejores generales. Con tan fuertes acusaciones Jruschov logró demoler la figura de Stalin, pero sin acabar con el estalinismo, el cual había sentado sus bases en los treinta. De todos modos, el discurso jruschoviano oxigenó el movimiento comunista internacional, renovó el marxismo y refrendó las convicciones de la militancia. Con sincero entusiasmo, Revueltas celebró el abandono del “culto a la personalidad” y la solución de otros problemas “venturosamente superados por el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética”.

Desde 1945 hasta mediados de la década de 1970 la economía mundial creció como nunca en la historia. Países como México se beneficiaron de la guerra creciendo sus exportaciones a los EUA y con los convenios sobre migrantes. En Europa, la socialdemocracia, y en América Latina los populismos, gestionaron la bonanza económica. La socialdemocracia centró su política en la demanda salarial, las mejoras en la seguridad social, el pleno empleo y el aumento consistente de los niveles de vida y consumo. Vencido el fascismo, y con la restauración democrática en Europa, el modelo soviético parecía cada vez menos atractivo a una clase obrera occidental que prosperaba como nunca antes en la historia. Más que una perspectiva de futuro, el socialismo amenazaba los convenientes acuerdos laborales de los sindicatos con las empresas.

La economía soviética había sido diseñada en beneficio de la industria pesada sacrificando al campo donde vivía mayoritariamente la población, por lo que la industrialización acelerada se fondeó con el excedente agrícola y la

sobreexplotación de la clase obrera, lográndose de esta manera la “acumulación originaria” socialista, con base en la cual, se asumía, la URSS alcanzaría el estadio de desarrollo de los países capitalistas avanzados. No obstante sus desequilibrios, la economía soviética creció a ritmo más acelerado que las occidentales hasta entrados los cincuenta. Pero, cuando lentificó el impulso, sobrevino el largo estancamiento de la era de Leonid Brézhnev (1906-1982). El modelo económico y la rígida planificación centralizada que lo conducía fueron incapaces de asimilar los cambios tecnológicos y de gestión administrativa que promovían la autonomía, la innovación y la flexibilización en las empresas privadas en el mundo desarrollado. Esto lastraría a la economía soviética hasta el final de sus días.

A pesar de la tenaz disputa por el legado de la Revolución de Octubre que mantuvo el trotskismo internacional con el estalinismo, el mayor desafío que enfrentó el comunismo soviético dentro del campo revolucionario provino de China. Curiosamente, el socialismo agrario que habían teorizado los populistas rusos, y echó por la borda Lenin, tuvo su concreción en el sureste asiático. En 1921 se formó el Partido Comunista Chino (PCCH) donde pronto se destacó un joven de la sureña provincia de Hunan de nombre Mao Zedong (1893-1976), quien afianzó sus convicciones comunistas en una estancia en la URSS en 1925. A pesar de eso, el joven de Hunan era el enfant terrible de la familia soviética, por lo que se resistió a la alianza con el Guomindang —Partido Nacionalista Chino— que promovía el enviado de la URSS, nuestro conocido Mijaíl Borodin, asistido en aquel tiempo por un traductor indochino quien a mediados de siglo sería el referente del comunismo oriental: Ho Chi Minh (1890-1969).

Junto con Zhou Enlai (1898-1976), Mao formó el Ejército Rojo, brazo armado del PCCH. Este ejército estaba adiestrado en la guerra de guerrillas, vieja táctica militar consistente en debilitar a ejércitos más poderosos con ataques sorpresivos después de alejarlos de sus líneas de abastecimiento. La retaguardia de estas fuerzas irregulares estaba en las comunidades rurales, que informaba y protegía a los rebeldes. Esto llevará al comunista de Hunan a teorizar acerca del potencial revolucionario del campesinado en un país que no contaba con una clase obrera industrial. En 1931 Mao estableció la pequeña República Soviética de Jiangixi, en las montañas surorientales de China, pero la ofensiva del Guomindang obligó a los comunistas a abandonarla tres años después. Es entonces que Mao emprende la Larga Marcha en la que conduce sus huestes a la nororiental provincia de Shaanxi: un recorrido de más de 10,000 kilómetros en un año, con la consecuente pérdida de dos tercios del contingente humano que lo acompañó.

En la ciudad de Yan'an, a la que llegaron, Mao estableció

un sistema estrictamente igualitario: se espera que todos, incluidos los dirigentes, realizaran algún tipo de trabajo manual y vivieran en inhóspitas cuevas fuera de la ciudad. Los recién llegados eran alojados de 8 en 8 en aquellas cuevas y la vida consistía en el trabajo productivo, el entrenamiento militar, espectáculos teatrales y, quizá lo más importante, largas e intensas discusiones políticas en sesiones de estudio.[7]

Esto es el antecedente de lo que en 1966 iniciaría como la Revolución cultural. Un experimento social que trató de "superar" la contradicción entre el trabajo intelectual y el manual, para lo cual el Estado obligó a trabajar en el campo a los habitantes de las ciudades (estudiantes, profesionistas, técnicos, militantes del PCCH), provocando hambrunas y costosas purgas partidarias. Aunque con propósitos claramente distintos, la colectivización forzosa (Stalin) y la Revolución cultural (Mao) tuvieron un saldo social descomunal.

Volvamos a nuestro relato. La invasión japonesa a China en 1937, ofreció a Mao la oportunidad de capitalizar el sentimiento anticolonialista en favor del partido compacto y disciplinado que encabezaba. Más aún, el reparto agrario en los territorios comunistas a partir de 1946 acrecentó la base campesina del PCCH y nutrió de reclutas al Ejército Popular de Liberación —como fue rebautizado el Ejército Rojo. Al comenzar octubre de 1949, el comunista de Hunan ocupó victorioso la Plaza de Tiananmen, en Beijing. A partir de ese momento, el mayor reto será remontar el subdesarrollo, desafío todavía mayor que el enfrentado por la URSS, en la medida en que China era un país considerablemente más atrasado. Con este propósito, en 1958 Mao emprenderá el Gran Salto Adelante, política cuyo objetivo era industrializar el campo y mejorar el abasto a las ciudades. Sin embargo, el resultado fue la peor hambruna del siglo causante de la muerte de entre 15 y 20 millones de personas.

Tanto las discrepancias interpretativas en torno al marxismo-leninismo (la maoísta otorgaba centralidad al campesinado y la soviética al proletariado industrial), como la negativa de Mao de supeditarse a la lógica de la Guerra Fría —que condenaba a los comunistas de todo el orbe a supeditar sus luchas

nacionales a la defensa de la URSS dentro de la llamada “coexistencia pacífica”— condujeron en 1959 al conflicto sino-soviético. Y, con esto, a la fragmentación del movimiento comunista internacional. En México, Lombardo y el PCM se alinearon con la postura soviética. A nombre del PPS, el ideólogo teziuteco desautorizó la política china de tratar de destruir al imperialismo combatiéndolo en todos los frentes, porque antes que tarde esta línea suicida conduciría a una catástrofe planetaria dado que ambos bloques disponían de armas nucleares. En el caso del PCM la decantación hacia la URSS fue más problemática, porque el PCCH trató infructuosamente de ganárselos para su causa. Donde de plano cundió el conflicto fue en la LLE, formada en 1960, en la que simpatizantes maoístas en la organización expulsaron a Revueltas, su fundador. Pero, como veremos más adelante, la influencia más potente del maoísmo en la izquierda mexicana estaba todavía por venir.

La descolonización del Tercer Mundo

Poco antes de fallecer prematuramente a causa de la leucemia, Frantz Fanon (1925-1961), psiquiatra de profesión nacido en Martinica y educado en Francia, escribió Los condenados de la tierra. Volumen póstumo, clásico de la literatura poscolonial, constituye la denuncia más contundente acerca del colonialismo en el Tercer Mundo y, al mismo tiempo, la justificación mayor del derecho a la rebelión en los pueblos sojuzgados. Es, también, el registro puntual de las atrocidades cometidas por Francia en Argelia en nombre de la civilización. Libro de cabecera de líderes populares desde América Latina hasta Argelia, de Sudáfrica a Irán, según Sartre Los condenados de la tierra diagnosticó cómo "Europa se precipita a la perdición".

Para Fanon, el Viejo Continente dio la espalda a los países periféricos. Y la clase trabajadora occidental, envanecida por la prosperidad económica de posguerra, había abdicado de su papel emancipador a escala global, lo que sepultaba la expectativa de Marx y Lenin de la articulación de la rebelión en la periferia y la activación revolucionaria del proletariado europeo. En palabras del psiquiatra caribeño:

Ahora asistimos a un estancamiento de Europa. Huyamos, compañeros, de ese movimiento inmóvil en que la dialéctica se ha transformado poco a poco en lógica del equilibrio. Hay que reformular el problema del hombre. Hay que reformular el problema de la realidad cerebral, de la masa cerebral de toda la humanidad cuyas conexiones hay que multiplicar, cuyas redes hay que diversificar y cuyos mensajes hay que rehumanizar […].

El Tercer Mundo está ahora frente a Europa como una masa colosal cuyo proyecto debe ser tratar de resolver los problemas a los cuales esa Europa no ha sabido aportar soluciones.[8]

Esta tesis tendría eco en la revolución juvenil de los sesenta. El activista alemán Rudi Dutschke (1940-1979), en uno de los coloquios de Herbert Marcuse con los

estudiantes de la Universidad Libre de Berlín en 1967, habló de “aceptar la necesidad de la violencia en las metrópolis”, de manera tal de favorecer la lucha revolucionaria del Tercer Mundo.

Fanon reivindicó la violencia para finiquitar la colonización. Estaba cierto que si la violencia era el recurso sistemático y prácticamente normalizado del dominio imperial, asistía a los países coloniales el derecho a ejercerla para acabar con la opresión. De hecho, como apuntan algunos comentaristas, la contraviolencia de los colonizados es parte del sistema colonial instaurado por las potencias europeas cuya propia violencia, advierte Fanon, “ha ritmado incansablemente la destrucción de las formas sociales autóctonas”. Secularmente, “los capitalistas se han comportado en el mundo subdesarrollado como criminales de guerra”, deportando, masacrando, esclavizando. En consecuencia, para acabar con la violencia como relación social será indispensable destruir al sistema colonial en su conjunto, pues “la violencia del régimen colonial y la contraviolencia del colonizado se equilibran y se responden mutuamente con una homogeneidad recíproca extraordinaria”.

El discurso de Fanon no es antipolítico, pero muestra enorme desconfianza hacia los partidos, “noción importada de la metrópoli”. En la lógica colonial, las formaciones políticas se dirigen a las clases urbanas ilustradas, minoritarias al extremo en el mundo subdesarrollado. Quizás influido por Mao, el médico caribeño considera a la población rural el elemento fundamental del cambio social. No así el proletariado urbano que, beneficiario de la desigualdad material generada por el colonialismo, carece de incentivos para promover la liberación nacional, siendo cómplice de éste: tiene mucho más que perder que sus cadenas. Ni qué decir de la burguesía nativa, que a lo más sueña en parecerse a los colonizadores, adoptar sus modos ante la imposibilidad de apropiarse de su fenotipo. Por eso, es ésta acérrima defensora del racismo en las colonias, donde reproduce la ideología de la dominación y la negritud como estigma. Agente activo en la revuelta es el lumpen proletariado urbano, excluido del reparto de la renta colonial, radicalizado por el castigo cotidiano y liberado de toda propiedad —recordemos la postura de Weitling frente a la de Marx. Y, si bien colonizado, el intelectual de los países periféricos contribuye con sus obras a la formación de la conciencia nacional, indispensable para la emancipación mental de las masas populares. Esta conciencia, distinta del nacionalismo, es la única capaz de dotar de una dimensión internacional a los pueblos del Tercer Mundo. No bastará sin embargo con la liberación nacional, será necesario liquidar la relación colonial en su totalidad.

Tan esperanzada perspectiva, desmentida cuando menos parcialmente por el ulterior desarrollo de las colonias como naciones independientes, tuvo gran repercusión en el mundo subdesarrollado en la década de los sesenta, cuando la descolonización se hizo realidad en el Tercer Mundo, perdiendo los imperios europeos del siglo XIX sus últimas posesiones ultramarinas. Indonesia (1949) y Surinam (1975) se independizaron del Reino de los Países Bajos. Congo (1960), Argelia (1962) y Angola (1974) se desligaron respectivamente de Bélgica, Francia y Portugal. Y Camboya (1953), Laos (1953) y Vietnam (1954) lo hicieron de Francia.

La gesta independentista en Indochina (Vietnam) la condujo Ho Chi Minh. El poeta y estadista oriundo de la provincia de Nghe An desde muy joven emigró a estudiar a Francia. En París Ho Chi Minh entró en contacto con la Komintern y, en 1927, formó el Partido de los Trabajadores de Vietnam. La ocupación alemana de Francia debilitó la posición del imperio galo en el sureste asiático, lo que permitió a Japón invadir Indochina. Ho Chi Minh encabezó la resistencia con el Frente para la Liberación de Vietnam (Viet Minh), mientras la guerra de guerrillas la dirigió por Vo Nguyen Giap (1911-2013), el célebre general del Ejército Popular de Vietnam que derrotará al ejército estadunidense en 1975. La coyuntura del final de la Segunda Guerra Mundial permitió a Ho Chi Minh —sencillamente vestido con un traje caqui y calzado con unos zapatos de lona— proclamar en Hanoi en septiembre de 1945 la independencia a nombre de la República Democrática de Vietnam. Francia reaccionó bombardeando Vietnam del Norte, lo que da pie a una insurrección popular y a la reactivación de la guerra de guerrillas. Finalmente, en la batalla de Dien Bien Phu, de mayo de 1954, el general Giap bate a las fuerzas francesas en la selva vietnamita.

La descolonización del Tercer Mundo, con la que se formaron Estados socialistas en varias de las naciones independientes en el sureste asiático, contribuyó a crear un imaginario revolucionario en América Latina. Masas campesinas dirigidas por partidos comunistas disciplinados, y ejércitos populares diestros en la guerra de guerrillas, emergieron como la combinación óptima para derrotar no ya al viejo colonialismo europeo, sino al moderno imperialismo estadunidense en un subcontinente poblado de botas militares, regímenes autoritarios y frágiles democracias. En 1964 Ernesto Che Guevara prologó la edición cubana de Guerra del pueblo, ejército del pueblo, del general Giap. Con base en la experiencia de Dien Bien Phu, el gran general vietnamita expuso en los cuatro textos reunidos en el volumen la estrategia de guerra popular prolongada. Ésta inicia con la guerrilla (pequeños núcleos armados), continúa

con la guerra de movimientos (cuando se dominan zonas enteras), hasta culminar con la guerra de posiciones (fase en la que el ejército popular lanza la ofensiva final). En opinión del Che Guevara, los problemas planteados en estos escritos militares “tienen importancia para la mayor parte de los pueblos de América Latina sometidos al dominio del imperialismo norteamericano, sin contar que sería del mayor interés para todos los pueblos del África que día a día sostienen luchas cada vez más duras, pero también repetidamente victoriosas, contra colonialistas de diversa índole”. A falta de una clase obrera nativa, ésta acompañaría al campesinado en espíritu: la “guerra de características campesinas, por los lugares fundamentales de acción y por la composición fundamental del ejército” sería dirigida “por la ideología del proletariado, haciendo válida una vez más la alianza obrero-campesina como factor fundamental de la victoria”.[9] Un año después el Che Guevara desembarcó en Kibamba, Congo.

5

La nueva izquierda

A finales de los cincuenta y principios de los sesenta afloró la nueva izquierda. El surgimiento de ésta nutrió el programa socialista al incorporar, según la región o circunstancia particular, las reivindicaciones de los jóvenes y las mujeres, el pacifismo y el movimiento por los derechos civiles. Salvo en algunas formaciones políticas, el viejo obrerismo, que animó las luchas sindicales de los cincuenta, quedó atrás o se enriqueció con las demandas surgidas de los nuevos movimientos sociales. También la izquierda armada se expandió en la geografía mundial propulsada por el éxito de la descolonización del Tercer Mundo y la radicalización juvenil. Mientras tanto, el bloque socialista comenzaba a cuartearse con la Primavera de Praga. Justo en "la confluencia del impulso disidente en los países comunistas, con la tradición socialista de la izquierda de Occidente, y con la generación de posguerra" es donde E. P. Thompson ve germinar a la nueva izquierda.[1]

En la segunda mitad del siglo XX la urbanización, la educación superior y la incorporación de la mujer al mercado laboral ganaron importancia en el Tercer Mundo, favorecido por el crecimiento económico de la segunda posguerra. Jóvenes y mujeres citadinos, junto con los campesinos en los países periféricos, fueron los protagonistas de las luchas más relevantes del periodo. La rebelión juvenil, auspiciada por una generación mucho mejor provista material y culturalmente que las precedentes, no demandaba pan y trabajo para sí, antes bien quería acrecentar las libertades personal y pública, aspirando a un futuro mejor que el presente estancado y conformista administrado por una generación envejecida. De París a México, de Berkeley a Berlín, la iconografía de 1968 hizo familiares los rostros del Che Guevara y de los comunistas asiáticos Mao Zedong y Ho Chi Minh. En ese tiempo, las claves del futuro parecían estar en el Tercer Mundo.

A la sombra de la Revolución cubana

La Guerra Fría reafirmó el "derecho" de los Estados Unidos de intervenir en América Latina. Con Juan Jacobo Árbenz (1913-1971), Salvador Allende Gossens (1908-1973) y otros presidentes electos democráticamente, el vecino del norte ejerció la espuria prerrogativa geopolítica de retirarlos a su conveniencia. Perteneciente al grupo de militares que protagonizó la Revolución de 1944, Árbenz alcanzó la presidencia en 1951 e inició una reforma agraria que afectó a la United Fruit Company, además de tener en su círculo íntimo a algunos miembros del Partido Guatemalteco del Trabajo tildados de "comunistas" por la administración estadunidense. Dwight D. Eisenhower —con Richard Nixon en la vicepresidencia— respaldó los intereses del gigante agroindustrial y decidió cortar lo que concebía como un avance comunista en Centroamérica, instruyendo a la CIA para montar el golpe de Estado que llevó al poder al general Carlos Castillo Armas, asesinado en 1957.

Entretanto la Revolución nacional, encabezada por el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), triunfaba en Bolivia. Entre 1952 y 1953 el gobierno de Víctor Paz Estenssoro (1907-2001) nacionalizó las minas —en manos de los famosos "barones del estaño"—, implemento la reforma agraria, instituyó el sufragio universal (que incluía a mujeres, indígenas y analfabetas) y reformó al ejército, evitando confrontarse directamente con los EUA y esquivando cualquier cosa que oliera a comunismo. La deriva hacia la derecha del MNR, iniciada en el gobierno de Hernán Siles Zuazo (1914-1996), y profundizada en la vuelta de Paz Estenssoro, provocó un levantamiento popular capitalizado por el vicepresidente el general René Barrientos Ortuño, quien quedó al frente la junta militar que gobernó el país andino a partir de 1964. Ernesto Che Guevara (1928-1967) llegaría a México en 1954 —después de pasar nueve meses en la Guatemala de Árbenz— y moriría en la selva oriental de la Bolivia de Barrientos.

El Movimiento 26 de Julio —llamado así en honor al asalto al Cuartel Moncada encabezado por Fidel Castro en 1953— depuso la dictadura del general Fulgencio Batista en Cuba. Fidel Castro Ruz (1926-2016), exiliado en México tras casi dos años de prisión en Pinar del Río a consecuencia del fallido asalto al cuartel militar, organizó en nuestro país un grupo guerrillero al que se integró el Che Guevara, entonces médico internista en el pabellón de alergología del

Hospital General. El plan de Castro Ruz consistía en desembarcar en la isla caribeña y desarrollar una guerra de guerrillas en la provincia de Oriente, apoyado por el movimiento popular que en Santiago de Cuba dirigía el líder estudiantil y pastor evangélico Frank País. De Tuxpan salió el Granma, modesto yate que encalló en la costa de la mayor de las Antillas. El retraso del desembarco impidió la coordinación eficaz de los 82 combatientes con la insurrección urbana a cargo de País. Esto facilitó al ejército de Batista diezmarlos en el primer enfrentamiento armado, internándose en la Sierra Maestra un núcleo guerrillero de tan sólo 20 hombres.

En el monte la guerrilla se fortaleció con el apoyo logístico de los lugareños y la incorporación de campesinos a su contingente. A mediados de 1957 el Ejército Rebelde formó la segunda columna al mando del Che Guevara, al tiempo que el asesinato de Frank País en Santiago desató un levantamiento popular y socavó la precaria legitimidad del general Batista. Simultáneamente, la presencia del Movimiento 26 de Julio se consolidó en toda la isla. A comienzos de 1958 la guerrilla ya contaba con cinco columnas, habiéndose formado un segundo frente en la Sierra de Cristal a cargo de Raúl Castro (1931). Después de batallas decisivas, las fuerzas rebeldes lograron dominar territorios situados en el centro del país para, al final del año, emprender la ofensiva final en la que cayeron una a una las principales ciudades. De esta manera, el 1 de enero de 1959 una columna guerrillera entró victoriosa a La Habana.

Como ocurrió en las revoluciones sociales exitosas, siempre fue más sencillo alcanzar el triunfo que edificar una sociedad nueva: a lo más hubo logros parciales. La coalición política formada para derrotar a la dictadura cubana —comunistas, nacionalistas, demócratas, representantes de los partidos tradicionales— se fragmentó cuando la revolución tomó un sesgo socialista. Los juicios revolucionarios, la reforma agraria y la nacionalización de empresas acrecentaron la hostilidad de los Estados Unidos, que alentó y armó el desembarco en Playa Girón (Bahía de Cochinos) en abril de 1961, tentativa contrarrevolucionaria sofocada en tres días por el Ejército Rebelde. La revolución misma, pero más todavía con la intervención de la administración de John F. Kennedy, generó la simpatía internacional. Quien pudo en el mundo intelectual acudió a Cuba para hacerse un juicio de primera mano. También el gobierno revolucionario buscó atraer las miradas hacia la isla promoviendo eventos masivos. El Primer Congreso Latinoamericano de Juventudes, celebrado en La Habana en 1961, congregó a muchas organizaciones del subcontinente. En la representación mexicana participó el SNTE, tanto la mayoritaria ala oficialista

como la disidencia encabezada por Othón Salazar.

Convocados por Lázaro Cárdenas, en marzo de 1961 concurrieron 16 delegaciones latinoamericanas, observadores norteamericanos, representantes de la URSS, China y países africanos a una conferencia internacional por la soberanía nacional, la emancipación y la paz en la Ciudad de México. La conferencia convino en arropar la Revolución cubana frente a posibles agresiones estadunidenses. Un mes más adelante ocurrió la invasión a Bahía de Cochinos y —se dice— el general Cárdenas trató de alistarse entre los voluntarios que irían a combatir en la isla, aunque lo regresó del aeropuerto el presidente López Mateos. Además, hubo protestas callejeras. Según recuerda un joven comunista de entonces:

Durante unos minutos, el Zócalo se transforma en un auditorio lleno de jóvenes sentados en el piso. La ruidosa multitud que ha recorrido Juárez y Madero cantando a todo volumen “Fidel, Fidel, qué tiene Fidel, que los americanos no pueden con él” es ahora un grupo de gente ordenada, atenta a las palabras de Lázaro Cárdenas que habla subido en un automóvil. Captada por la cámara de Rodrigo Moya en el último arrastre del rollo fotográfico, la imagen del expresidente en la semipenumbra de la tarde coincide con la que guardo como el recuerdo más vivo de la manifestación del 21 de abril de 1961. A los 19 años, en el silencio atento de los asistentes, me resulta un privilegio inesperado ser parte de este acto, oír las palabras del general, unirme a ellas y compartir con todos los que viven ese momento singular el éxito de la marcha en defensa de Cuba.[2]

La solidaridad con Cuba no paró allí; también dio pie para la organización política a fin de retomar el proyecto nacionalista de la Revolución mexicana, apoyado por la izquierda de dentro y fuera del régimen. El 4 de agosto de 1961 el general Cárdenas fundó el Movimiento de Liberación Nacional (MLN) en una asamblea a la que acudieron 180 delegados de una veintena de estados. El comité nacional del MLN lo formaban Alonso Aguilar, Ignacio Aguirre, Clementina Batalla de Bassols, Narciso Bassols Batalla, Martha Bórquez, Enrique Cabrera, Guillermo Calderón, Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, Jorge Carrión, Fernando Carmona, Heberto Castillo, José Chávez Morado, Carlos Fuentes, Ignacio García Téllez, Enrique González Pedrero, Eli de Gortari, Mario

H. Hernández, Jacinto López, Francisco López Cámara, Braulio Maldonado, Manuel Marcué Pardiñas, Manuel Mesa Andraca, Guillermo Montaño, Arturo Oroná, Rafael Ruiz Harrel, Carlos Sánchez Cárdenas, José Siurob, Manuel Terrazas y Adelina Zendejas.

En cuanto al programa, el MLN demandaba la plena vigencia de la constitución; libertad para los presos políticos (Campa y Vallejo); justicia independiente; libertad de expresión; reforma agraria integral; autonomía y democracia sindical y ejidal; dominio de la nación sobre los recursos naturales; industria nacional; reparto justo de la riqueza del país; política exterior independiente y digna; solidaridad con Cuba; comercio con todos los países; democracia, honradez y bienestar para el conjunto de la población; pan, libertad, soberanía y paz. El esfuerzo de integración de la izquierda no pasó de esto, dado que la fracción cardenista rehusó presentar un candidato a nombre del MLN en la elección constitucional de 1964. La organización antimperialista se disgregó cuando el general de Jiquilpan decidió apoyar a Díaz Ordaz a la presidencia de la república.

También la Revolución cubana activó el imaginario revolucionario continental, formándose en algunos países una izquierda armada como respuesta a las dictaduras militares o a la represión de los movimientos sociales. La Primera Conferencia Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), celebrada en La Habana del 31 de julio al 10 de agosto de 1967, determinó que la guerrilla constituiría el embrión de los ejércitos de liberación en cada país, así como que la lucha revolucionaria armada sería la línea fundamental de la revolución latinoamericana, subordinando las restantes formas de acción política a ésta.

Si bien en Centroamérica desde los treinta (Nicaragua, El Salvador) y en los cincuenta (Guatemala) se había optado por la vía armada, esta forma de lucha se disparó en los sesenta formándose organizaciones guerrilleras en buena parte del subcontinente: en 1962 el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), en Perú; en 1962 las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN), en Venezuela; en 1964 las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP); en 1965 el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T), en Uruguay; en 1966 el Ejército de Liberación Nacional, fundado por el Che Guevara en Bolivia; en 1967 el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), en Chile; en 1967 el Comando de Liberación Nacional (COLINA), en Brasil; en 1970 el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), en Argentina.

En el norte de México, el movimiento campesino radical y pequeñas organizaciones políticas independientes realizaron en Durango y Chihuahua las reuniones clandestinas conocidas como los “Encuentros en la Sierra”. En 1963 participaron 200 delegados de cinco estados, aprobándose la toma de tierras como objetivo prioritario. Poco después, el gobierno estatal aprehendió a Arturo Gámiz García (1940-1965) y otros de los concurrentes a estas reuniones. Tras su excarcelación, el profesor normalista se internó en la sierra chihuahuense en 1964 haciéndose llamar “Ernesto”, en obvia alusión al Che Guevara. En 1965 el segundo “encuentro” acordó que la revolución socialista representaba la ruta hacia la emancipación de las clases trabajadoras de una sociedad sustentada en la opresión, la injusticia y la desigualdad. Apuntó además que las burguesías nacionales se habían sometido al imperialismo, fracasando como clases dirigentes de sus respectivos países. No había más que la lucha armada para clausurar esta subordinación y resolver de una vez por todas los problemas sociales: al campesino, una parcela de tierra productiva; al obrero, un empleo digno; a niños y jóvenes, educación gratuita. Tema este último caro para un movimiento en el que participaban profesores normalistas. Convocaba el documento a tomar las armas.

A mediados de septiembre de 1965, una reunión en el barrio del Santo Niño en la ciudad de Chihuahua convino que era momento de iniciar la lucha guerrillera en México. Algunos de los aproximadamente 20 asistentes habían militado en el PPS, del que se desligaron por la colaboración de Lombardo con el régimen a través de la línea del “frente nacional democrático”, dado el obsecuente apoyo del político teziuteco a la candidatura presidencial de Díaz Ordaz y por el asesinato de un cuadro campesino de la Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCEM), frente de masas del PPS. Intentando una presentación pública espectacular, hacerse del arsenal y escarmentar al ejército por el maltrato a los campesinos, Gámiz y siete de sus compañeros perdieron la vida en el asalto al cuartel militar de Madera la madrugada del 23 de septiembre, donde también fallecieron seis de los 125 militares de la guarnición. La impericia y la falta de pertrechos, además que la crecida de los ríos retrasó varios días al segundo contingente guerrillero —con la mayor parte del armamento—, impidieron a los 13 atacantes (de los 31 considerados) capitalizar el desconcierto de los soldados por el sorpresivo asalto, batiéndolos el ejército sin gran dificultad. Sólo cinco jóvenes lograron escapar. Esta acción suicida representaba el primer eslabón de la estrategia para montar un foco guerrillero en la Sierra Madre Occidental, repitiendo paso a paso la secuencia de la Revolución cubana.

También influida por la Revolución cubana —aunque hinca sus raíces en el socialismo cristiano del siglo XIX— la Teología de la Liberación surgió en Latinoamérica en la década de los sesenta apuntando como prioridad de la acción católica la “opción por los pobres”. El Episcopado mexicano había constituido en 1920 el Secretariado Social Mexicano que reanimó la labor social de la Iglesia católica después de la Revolución. Con este afán, en 1951 el Secretariado creó cajas de ahorro en la Ciudad de México para financiar a los pequeños productores con créditos baratos. Y, para 1964, la Confederación Mexicana de Cajas Populares trató de reunir a las muchas cajas que ya funcionaban en el país. En el terreno de la información, la organización social, la educación y la protección de derechos humanos, los cristianos organizados formaron en 1950 la Escuela de Periodismo Carlos Septién García; el Frente Auténtico del Trabajo (FAT) en 1960; la Escuela de Trabajo Social Vasco de Quiroga en 1962; y el Centro Nacional de Comunicación Social (CENCOS) en 1964. La participación en las organizaciones sociales dañó la relación entre el Secretariado Social Mexicano y la jerarquía católica, la cual escaló considerablemente cuando éste suscribió las tesis de la Segunda Conferencia del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), celebrada en Medellín, Colombia, en 1968, presentación pública de la Teología de la Liberación. Otros católicos, entre ellos Javier Sicilia Zardain (1956) y Guy Georges Voet de Keyser, siguiendo la doctrina del teólogo italiano Giuseppe Lanza del Vasto (1901-1981), fundarán en 1989 la Comunidad el Arca, en Oacalco, Morelos.

Los médicos residentes del Hospital 20 de Noviembre (ISSSTE) reclamaron en 1964 el pago de los aguinaldos atrasados y fueron despedidos en masa, mientras los paros se extendían a otros hospitales de la Ciudad de México. En lugar de regresarse a sus casas, los galenos formaron la Asociación Mexicana de Médicos Residentes e Internos y perseveraron en la suspensión de labores, llevando a Díaz Ordaz a considerar sus demandas, que ya añadían un aumento salarial y la participación de los residentes en la elaboración de los planes de estudio de la carrera de Medicina de la UNAM. Después de una estira y afloja durante 1965, con paros y negociaciones, el talante represivo del presidente poblano se impuso. A finales de agosto la fuerza pública tomó los hospitales 20 de Noviembre, Rubén Leñero y Colonia; apresó a los líderes, despidió a médicos afines al movimiento sustituyéndolos con médicos militares, y castigó a las enfermeras que manifestaron su apoyo.

Algunos de los líderes del movimiento se radicalizaron —destacadamente el doctor Rolf Meiners Huebner (1939-2015)— incorporándose al Movimiento

Popular Revolucionario (MPR), guerrilla urbana encabezada por Víctor Rico Galán (1928-1974). El periodista gallego poseía una densa biografía política que inició como “niño de Morelia”, pasó por su amistad con Fidel Castro y su participación en el MLN, los “encuentros de la sierra” y la oración fúnebre a los jóvenes de Madera, hasta llegar al MPR y cinco años en Lecumberri. Consecuencia del asalto de Madera, Díaz Ordaz había formado el Grupo de Investigaciones Especiales C-047 de la Dirección Federal de Seguridad (DFS). En uno de sus primeros golpes, la policía política del régimen logró infiltrar al MPR que se habilitaba para la guerrilla en dos escuelas de adiestramiento (Hidalgo y Morelos) montadas en la Ciudad de México. En 1966, el cuerpo de granaderos cerró las calles contiguas al plantel clandestino y los agentes federales irrumpieron en las casas y aprehendieron a 46 personas, entre ellas Rico Galán y médicos disidentes.

“La imaginación al poder”

Por su alcance y repercusión, la rebelión juvenil es considerada un movimiento global que articuló la insatisfacción de la década de los cincuenta —con expresiones como el existencialismo, la literatura beat y el neorrealismo italiano — con la contracultura emergente. Y a una y otra, con las guerras de liberación en el Tercer Mundo y la Revolución cubana, señales que Occidente no era ya el locus de la historia universal. Frente al conformismo de las generaciones precedentes, que de la economía de guerra pasaron a la abundancia, los baby boomers iniciaron su batida contra las jerarquías heredadas (burocráticas, de clase, familiares, escolares, corporativas), reinventaron el lenguaje cotidiano, emplearon estilos de acción innovadores (coreográficos, irreverentes, festivos), abandonaron el minimalismo socialdemócrata como horizonte de lo posible y revivieron el espontaneísmo, la democracia directa, la organización horizontal y la fraternidad en el sentido más comprehensivo (social, étnica, grupal, de género). Su hábitat natural fueron las universidades masificadas gracias al desarrollo económico de la posguerra.

La Federación Socialista Alemana de Estudiantes (SDS) pugnó por la reforma universitaria y contra la guerra en Vietnam. El movimiento estudiantil escaló en junio de 1967, en los disturbios provocados por la visita oficial del autócrata iraní Mohammad Reza Pahleví a Berlín Oeste, en los que la policía solapó la despiadada agresión a la multitud por parte de los cuerpos de seguridad que protegían al sah y de los estudiantes iraníes que lo seguían. La refriega costó la vida a un joven y la indignación creció aún más con la absolución del policía autor del disparo. La víctima, Benno Ohnesorg, se convirtió en símbolo del movimiento y el referente nacional-socialista del Estado alemán reapareció ominosamente. La estrategia de “revuelta continua” del movimiento estudiantil se enderezó contra la gran coalición de la democracia cristiana con la socialdemocracia —que aprobó la restricción de los derechos civiles con la Ley de Estado de Emergencia—, contra la presencia de antiguos nazis en altos cargos gubernamentales y en favor de revolucionar la sociedad alemana en su conjunto. En marzo de ese año, un joven trabajador de ultraderecha atentó contra el líder estudiantil Rudi Dutschke, disparándole tres tiros en la sien que le causaron lesiones cerebrales de por vida.

A mediados de los cincuenta surgió el movimiento por los derechos civiles en los Estados Unidos, el cual logró en 1964 la Ley de Derechos Civiles que buscaba la integración racial. No obstante, las corrientes más radicales del movimiento pugnaban no por la integración, sino en favor de la autonomía de la minoría afroamericana. La constitución de una nación negra fue el objetivo del Black Panthers Party. Formada en 1966, esta organización armada se opuso a la segregación racial y al servicio militar, reivindicando el socialismo revolucionario. En 1960 se había creado la agrupación Estudiantes por una Sociedad Democrática (SDS) que aspiraba a una coalición social de las clases subalternas en la que tuvieran cabida tanto trabajadores como minorías raciales. El SDS no se proponía socializar la propiedad y combatió la guerra en Vietnam. En abril de 1968, Mark Rudd (1947) —quien hacía poco había visitado Cuba como parte de una delegación del SDS— escribió una carta abierta al presidente de la Universidad de Columbia:

sabemos que las gentes de otros países podrían liberarse de nuestra dominación, sabemos que las universidades podrían producir e impartir conocimientos para el progreso… sabemos que los hombres pueden ser libres y guardar lo que producen y disfrutar plácidamente de la vida para crear. Éstos son valores positivos, pero como significan la destrucción del orden por el que ustedes imperan, usted los llama “nihilismo”. En el movimiento, estamos empezando a llamar a esta visión social “socialismo”.[3]

El Mayo francés arrancó con la protesta en la Universidad de París X (Nanterre) por la detención de varios estudiantes del Comité Vietnam Nacional acusados de sabotear instalaciones de empresas estadunidenses. Confrontados los estudiantes rebeldes con la derechista Federación de Estudiantes de Francia, las autoridades universitarias decidieron cerrar el plantel. Esto agudizó la protesta que, concentrada en la Sorbona, fue atacada por la policía. En respuesta, alumnos y maestros se declararon en huelga hasta que la fuerza pública abandonara el campus universitario y liberaran a los estudiantes detenidos. La movilización fue en aumento y, en el Barrio Latino, se montaron barricadas para impedir las acometidas policiales, cosa que resultó imposible. Avanzado mayo, la policía destruyó las defensas estudiantiles, hirió a decenas de jóvenes y desplegó vehículos blindados en puntos estratégicos de París. En solidaridad con los

jóvenes, pero con reivindicaciones propias, los principales sindicatos industriales declararon una huelga general que culminó con una negociación favorable a los trabajadores en materia salarial y la convocatoria a elecciones presidenciales adelantadas. Contra el pronóstico de la izquierda, de los comicios salió fortalecida la Unión de Demócratas por la República (UDR), del general Charles de Gaulle.

Mientras esto acontecía en las grandes ciudades occidentales, en Praga un movimiento al interior del Partido Comunista Checoslovaco llevaba al poder al dirigente eslovaco Alexander Dubcek (1921-1992) en enero de 1968. La tentativa de un “socialismo con rostro humano” —democracia partidaria, libertades políticas y apertura al mercado sin renunciar a la planificación económica— fue cruentamente aplastada por los tanques del Pacto de Varsovia que ocuparon la capital de la república en agosto de aquel año. En 1969 Dubcek fue expulsado del partido y condenado al ostracismo político como empleado forestal. La Primavera de Praga quizá fue la mayor oportunidad de reformar desde dentro el “socialismo realmente existente”, justo cuando la economía del bloque soviético entraba en un estancamiento prolongado y una nueva generación de líderes comunistas relevaba a la vieja guardia que fundó la República Checoslovaca en 1945. Cuando la Unión Soviética aceptó la urgencia de la reforma, con la perestroika (restructuración) y la glasnost (transparencia), la oportunidad ya se había escapado.

El movimiento estudiantil mexicano despertó en 1960. El 21 de octubre de ese año, inició en Chilpancingo una huelga de los jóvenes en demanda de la autonomía universitaria, la destitución del rector, reformas a la ley orgánica de la institución y aumento de subsidio. Pronto el movimiento trascendió la esfera estudiantil e incorporó a una pluralidad de actores descontentos con el gobierno represor y autoritario del general Raúl Caballero Aburto. El último día de ese mes, se realizó una multitudinaria manifestación en la capital estatal que culminó con la conformación de la Coalición de Organizaciones Populares. El 20 de noviembre aproximadamente 10,000 mujeres y estudiantes guerrerenses, alumnos del Instituto Politécnico Nacional (IPN) y de la UNAM tomaron de nueva cuenta las calles chilpancingueñas.

Ni una semana había pasado cuando policías y militares desalojaron violentamente a los estudiantes y a otros ciudadanos que hacían un plantón en la alameda Francisco Granados Maldonado, de Chilpancingo. Iglesias y fábricas tañeron campanas y tocaron silbatos para reunir a la población que, provista de

palos y piedras, abarrotó la alameda. Esa vez las fuerzas del orden se contuvieron, no pasando de aprehender al doctor Pablo Sandoval Cruz (1926), líder del Comité de Padres de Familia y militante del PCM, y al profesor Genaro Vázquez Rojas (1931-1972), dirigente del Comité Cívico Guerrerense (CCG) —fundado en 1959—, y más adelante, miembro del MLN. El 30 de diciembre de 1960, los órganos de seguridad arremetieron contra los ocupantes de la plaza provocando la muerte de 13 personas (18 según otras fuentes) y 37 heridos graves. En la acción fallecieron dos soldados.

La Asociación Cívica Guerrerense (ACG) —proveniente del CCG— participó en las elecciones estatales que dieron una muy cuestionada victoria al priista Raymundo Abarca Alarcón en 1962. La ACG reviró con manifestaciones en toda la entidad, a las que el gobierno reaccionó con una fuerza desmedida, cobrando la vida de ocho personas en Iguala. Con esto, los "cívicos" confirmaron que no había manera de luchar por los canales electorales. La ACG alzó la bandera de un gobierno de coalición con trabajadores urbanos, campesinos, estudiantes y elementos "progresistas" de la sociedad. Pero esto no bastaba: tan pronto la organización lograra la preparación adecuada y la inserción suficiente en el movimiento popular emprendería la lucha armada. De acuerdo con su programa político, la nueva administración planificaría la economía, repartiría los latifundios, rescataría la minería y permitiría la libertad sindical —hay que tomar en cuenta las experiencias de ferrocarrileros y maestros en la década anterior. La policía detuvo a Vázquez Rojas, cabeza de los "cívicos", en 1966. Dos años después, un comando armado lo liberó de la cárcel de Iguala y el profesor normalista se sumó al grupo guerrillero en la sierra guerrerense. Y la ACG se transformó en la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR). Mediante los Comandos Armados de Liberación (Vicente Guerrero, Juan Álvarez y Emiliano Zapata) la ACNR obtenía dinero secuestrando a los acaudalados locales. Entretanto, la fuerza pública practicó la desaparición forzada de militantes y bases guerrilleras, esto es, la guerra sucia. En circunstancias oscuras, Vázquez Rojas murió el 2 de febrero de 1972 en la carretera federal México-Morelia.

La agitación estudiantil continuó en las universidades en Michoacán (1966), UNAM (1966) y Sonora (1967). En Morelia, contra el alza del transporte público. En la Ciudad de México, versus la reforma académica del doctor Ignacio Chávez. En Hermosillo, contra el candidato del PRI a la gubernatura sonorense. En Michoacán y Sonora reprimió las protestas y ocupó los recintos universitarios la tropa al mando del tristemente célebre general Jesús Hernández

Toledo. Y en la UNAM el rector renunció a causa de la violencia de un grupo de porros que bloqueó su proyecto de reforma académica de la institución.

El 68 empieza con “una bronca” en la Ciudadela: dos pandillas locales se lían a golpes con alumnos de las vocacionales 2 y 5 del IPN. Intervienen los granaderos atacando con macanas y gases lacrimógenos a los preparatorianos e irrumpen en los recintos politécnicos. El 26 de julio diversas organizaciones estudiantiles realizan un acto en la Alameda Central en conmemoración del asalto al Cuartel Moncada, mientras los alumnos del IPN aprovechan para protestar por la agresión de cuatro días atrás. La conmemoración y la protesta son saboteadas por un grupo de golpeadores que agreden violentamente a los jóvenes. Los politécnicos se refugian en San Ildefonso. La policía detiene a militantes comunistas y allana las oficinas del PCM. El 30, el general Hernández Toledo comanda el ataque a las preparatorias 1 y 3, de la UNAM, y el ejército derriba con un bazucazo el portón del edificio histórico. Vulnerada la autonomía universitaria, en señal de duelo el rector Javier Barros Sierra iza la bandera nacional a media asta el 1 de agosto, exige la liberación de los presos políticos y encabeza una manifestación en Insurgentes. Tres días después, los estudiantes dan a conocer un pliego petitorio con seis demandas perentorias a la administración de Díaz Ordaz: 1) libertad de los presos políticos; 2) derogación de los artículos del Código Penal Federal que tipifican el delito de “disolución social”; 3) supresión del cuerpo de granaderos; 4) destitución de los jefes de la Policía Preventiva del Distrito Federal (Luis Cueto y Raúl Mendiolea); 5) indemnización a las víctimas de la represión estatal; 6) castigo a las autoridades responsables.

Durante mes y medio se suceden reiteradas manifestaciones de protesta. También escala la represión. El 28 de agosto, tanquetas levantan el campamento que los estudiantes habían instalado en el Zócalo. Apoyados por blindados, carros de bomberos y patrullas, paracaidistas, soldados y policías arremeten contra los jóvenes. Otros disparan desde los últimos pisos de edificios del centro. El 18 de septiembre el ejército ocupa Ciudad Universitaria. Cinco días más adelante, el rector Barros Sierra presenta su renuncia al consejo universitario. Los politécnicos resisten ferozmente, hasta que el Casco de Santo Tomás cae el día 24. Continúan las acciones de protesta, solidaridad e información, hasta que el 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas el ejército dispara hacia la explanada abarrotada de universitarios:

Los participantes del mitin están desarmados, salvo cinco o seis aventureros que en Tlatelolco nada significan. Jamás se sabrá el número de muertos. Tal vez 250, quizá 350, las hipótesis carecen de sentido, pero las fotos de cadáveres acumulados en una sola delegación multiplican las conjeturas… Mueren niños, jóvenes, mujeres y ancianos, todo en medio de demandas de auxilio y del grito coral: “¡Batallón Olimpia; no disparen!”. Los policías y los soldados destruyen puertas y muebles de los departamentos, y a los detenidos en el tercer piso se les desnuda, ata y golpea; se traslada a 2,000 personas de la Plaza de las Tres Culturas a las cárceles.[4]

El 12 de octubre de 1968, con la presencia de 5,516 atletas representando a 112 países, el presidente Díaz Ordaz inaugura los Juegos de la XIX Olimpiada.

Poco antes de morir, Lombardo dejó constancia de que su lealtad estaba con el régimen autoritario por lo que no había movimiento estudiantil que valiera. Además de la consabida conjura imperialista y la tesis del contagio, el secretario general vitalicio del PPS convocó a luchar a los jóvenes, cuando por meses no hacían sino eso. En un mensaje ambiguo, el ideólogo teziuteco señaló que “la juventud mira al porvenir; pero no puede escapar a la realidad social a la que pertenece, en la que tiene que luchar y a la que debe transformar para cambiar su sistema de vida por otro más avanzado” (El Día, 21 de noviembre de 1968).

La izquierda armada

Del movimiento estudiantil surgieron grupos radicales, algunos armados, de extracción urbana. La Gauche Prolétarienne, organización maoísta formada en Francia en 1968, defensora del espontaneísmo de las masas y la intervención en el movimiento obrero. Los Weatherman, constituidos en 1969 en los Estados Unidos. Esta ala ultraizquierdista del SDS se opuso a la guerra de Vietnam, luchó en favor de los derechos civiles y sembró bombas en edificios populosos (avisando a la policía de su colocación) para presionar a las autoridades. Caracterizada como “antimperialista”, la Rote Armee Fraktion, formada en Alemania en 1970, llevó a cabo acciones que incluyeron ataques a edificios militares estadunidenses, de los muchos que había después de la ocupación de Alemania por los aliados. A finales de los sesenta y principios de la década siguiente, se conformaron en las principales ciudades mexicanas múltiples organizaciones armadas: el Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR), en Morelia, aunque sus cuadros se formaron en la moscovita Universidad Patrice Lumumba (hoy Universidad Rusa de la Amistad de los Pueblos); el Frente Urbano Zapatista (FUZ), en la Ciudad de México; los Comandos Armados de Chihuahua; las Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo (FRAP), en Guadalajara; la Liga de Comunistas Armados (LCA), la Liga Comunista 23 de Septiembre y las Fuerzas de Liberación Nacional, en Monterrey.

No obstante la emergencia de la guerrilla urbana, la que poseía raíces más profundas en México era la de origen rural. Volvamos nuevamente al sur. La policía motorizada (judicial estatal) atacó en Atoyac a maestros y padres de familia que protestaban frente a la escuela Juan N. Álvarez en mayo de 1967. Éstos reaccionaban ante los abusos, malos manejos de los recursos económicos y la prepotencia de la directora del plantel de educación básica. Dejándole manos libres a la policía estatal, los municipales se acuartelaron por orden del procurador guerrerense, quien ordenó a la motorizada ocuparse de la “seguridad” en el poblado. Once víctimas civiles fue el saldo inmediato y mensurable en vidas humanas. Entre el pánico, los disparos y los cadáveres, logró escabullirse Lucio Cabañas Barrientos (1936-1974). A partir de estos hechos, el líder de los maestros inició una vida política clandestina, concentrándose en preparar una guerrilla campesina en la sierra de Atoyac. El profesor, egresado de la Escuela Normal Rural Isidro Burgos (Ayotzinapa), formó en 1970 el Partido de los

Pobres (PDLP), con su brazo militar, la Brigada Campesina de Ajusticiamiento. El PDLP planteó el derrocamiento de la “clase rica” por parte de la “clase pobre” de la sociedad; la expropiación de las grandes propiedades industriales y agrícolas en poder del capital privado; salarios dignos y derechos efectivos para los trabajadores industriales y jornaleros agrícolas; acceso universal a la educación, la salud, la cultura y el descanso; trato igualitario para todos los nacionales dejando de lado origen o raza; finiquitar el colonialismo estadunidense en México.

El PDLP se dio a conocer públicamente en junio de 1972 emboscando un convoy militar. La Secretaría de la Defensa Nacional reaccionó desmesuradamente, haciendo crecer exponencialmente la presencia militar en Guerrero. En 1974 estaban desplegados 50,000 soldados en la entidad, en tanto que la guerrilla cabañista oscilaba entre 200 y 350 hombres. Además, el gobierno federal autorizó plena discrecionalidad a las tropas aplicando la estrategia de tierra arrasada que diezmó a pueblos enteros. Sin embargo, la guerrilla era más un problema político que militar. Rubén Figueroa Figueroa, precandidato del PRI a la gubernatura estatal, intentó un golpe de mano negociando la rendición de Cabañas Barrientos a cambio de incorporar al PDLP a la contienda democrática. El cacique de Huitzuco optó por visitarlo personalmente en la sierra. Y el guerrillero aprovechó el gazapo del ingeniero para capturarlo exigiendo un cuantioso rescate para devolverlo con vida. Tras cuatro meses de peinar la sierra el ejército, varias delaciones de los lugareños permitieron localizar a la columna guerrillera y liberar a Figueroa Figueroa en medio del fuego cruzado. Cabañas, herido todavía pudo romper el cerco militar. En la siguiente oportunidad no corrió con la misma fortuna. El 2 de diciembre de 1974, en El Otatal, pequeño poblado de la Costa Grande guerrerense Cabañas y varios de sus hombres murieron en un enfrentamiento armado, de acuerdo con el parte oficial. Relata la escena la novela testimonial Guerra en el Paraíso:

Lucio sintió entonces una punzada, muy aguda, en la espalda. Trató de acercarse a la peña, pero creyó hacerlo con mucha rapidez, porque se golpeó contra la punta de la roca lisa, grande, ovalada. Apretó las quijadas, con fuerza… Luego estalló en su cuerpo una segunda punzada. Sintió que su gruesa chamarra se iba empapando… Caía con su cabeza caliente sobre la peña limpia que parecía ascender hacia él como una mano dura, de tierra…[5]

La Liga Comunista 23 de Septiembre —denominada así en recuerdo de Madera — fue la guerrilla urbana que significó el reto mayor para el Estado mexicano. Formada en 1973, la Liga contó con aproximadamente 400 miembros, presencia en nueve entidades federativas y mejor capacidad operativa que los demás grupos armados. La organización guerrillera fue responsable del fallido plagio del empresario regiomontano Eugenio Garza Sada quien, en la confusión desatada por la balacera en una calle de la capital neolonesa, recibió un disparo mortal por parte de uno los guerrilleros. El propósito del secuestro era forzar al gobierno federal para que liberara a varios presos políticos y cobrar un rescate, dado que la administración de Luis Echeverría Álvarez había determinado no negociar con las guerrillas ante la ola de secuestros desatada en 1973. La muerte de Lucio Cabañas y la desaparición en el Campo Militar número 1 de Ignacio Arturo Salas Obregón (1948-1974), conocido como Oseas, cabeza de la Liga Comunista 23 de Septiembre, representaron el crepúsculo de los movimientos armados en México, mas no su fin. Con la pérdida de los principales cuadros dirigentes, la infiltración policiaca y la fragmentación en varias corrientes, en 1975 la Liga estaba prácticamente liquidada, aunque su ala más radicalmente militarista, si tiene sentido el matiz, actuó todavía hasta 1980, ya sin un deslinde verosímil entre los objetivos políticos y la delincuencia común.

La Brigada Especial Antiguerrillas (BEA), mejor conocida como Brigada Blanca, policía política bajo el mando de Miguel Nazar Haro, fue la encargada de combatir a la Liga Comunista 23 de Septiembre. La Brigada Blanca reunió a elementos del Grupo de Investigaciones Especiales c-047, militares comisionados en labores policiales (Francisco Quiroz Hermosillo y Mario Arturo Acosta Chaparro Escápite) y agentes de la Procuraduría de Justicia del Distrito Federal (Francisco Sahagún Baca y Salomón Tanús). Sobre todos ellos habrá después sospechas fundadas sobre sus vínculos con el crimen organizado. Ya gobernador, Figueroa Figueroa recompensó a uno de sus liberadores —el entonces mayor Acosta Chaparro— con el puesto de jefe de la policía de Acapulco y, posteriormente, encargándole la seguridad de toda la entidad. Diversos testimonios incriminan a Acosta Chaparro como responsable de construir una cárcel clandestina en un sótano de la Dirección de Tránsito de Acapulco, de torturar y asesinar a detenidos en el fraccionamiento Copacabana (Punta Diamante) y de inaugurar en Latinoamérica —junto con el general Quiroz Hermosillo— los “vuelos de la muerte” desde la Base Aérea Militar número 7, de Pie de la Cuesta. Procesado por la justicia militar por nexos con el

narcotráfico y violación de los derechos humanos en 2000, Acosta Chaparro fue excarcelado en 2007. Al año siguiente, su amigo, el secretario de la Defensa Nacional general Guillermo Galván Galván, le restituyó sus condecoraciones y en una ceremonia oficial dio trato de héroe a una de las cabezas más visibles de la guerra sucia. Acosta Chaparro sufrió un atentado en 2010 y, dos años más adelante, lo asesinó un sicario en un taller mecánico de la Ciudad de México.

La izquierda partidaria

Podemos decir que la LLE de Revueltas, formada en 1960 como corriente organizada dentro del PCM, fecha el comienzo de la nueva izquierda en nuestro país. La existencia de una corriente que disentía de la dirección del partido era inaceptable para un partido vertical que no aceptaba la pluralidad de tendencias. En consecuencia, la VII Convención del PCM en el Distrito Federal, realizada aquel año, decide expulsar a Revueltas, Enrique González Rojo Arthur (1928), Eduardo Lizalde García de la Cadena (1929), Juan Brom Offenbacher (1926-2011), Carlos Félix y Lugo (1930-2007) y Andrea Revueltas Peralta (1938-2010) bajo la acusación de dividir al partido, empleando el lenguaje de las viejas purgas que, se suponía, había enterrado el XX Congreso del PCUS. “Golpistas”, “faccionalistas”, “entristas”, los llamaron entonces. Del árbol espartaquista brotaron algunas ramas del maoísmo y del comunismo autogestionario como la Liga Comunista Espartaco (LCE), fundada en 1966, que optó por la vía armada para conseguir la revolución socialista, y el Partido Mexicano del Proletariado (PRP), de ese mismo año.

La otra vertiente maoísta proviene del maoísmo parisino por intermediación de Adolfo Orive Berlinguer (1940), quien estudió economía en Francia en los sesenta con el conocido teórico de la transición socialista Charles Bettelheim (1913-2006). Cuenta Orive Berlinguer:

a los pocos días del 2 de octubre, los integrantes —profesores y estudiantes— de la Coalición de Brigadas Emiliano Zapata (de la UNAM y del Politécnico) que no habían sido encarcelados o muertos nos reunimos para analizar la decisión a tomar. Como resultado de la discusión, escribieron un documento —“Hacia una Política Popular”— Adolfo Orive, Alberto Anaya, Hugo Andrés Araujo y varios otros compañeros; documento que se volvería la línea política e ideológica de miles de luchadores sociales y, a partir de 1990, de la declaración de principios del Partido del Trabajo.[6]

Política Popular (PP) buscó las comunidades rurales y urbanas en el desarrollo

de proyectos productivos, colocando en un plano secundario el obrerismo de los partidos comunistas. Quiso también trascender el elitismo que colocaba por encima del "pueblo" a la vanguardia proletaria (los cuadros partidarios). Esta organización dirigió su planteamiento político hacia colonos, ejidatarios e indígenas, a la par de mineros y trabajadores universitarios. El discurso público de PP tuvo por referente la autoorganización de las masas con el objeto de demandar tierras, servicios y títulos de propiedad. La función de gestores aproximó a los militantes maoístas con las instancias gubernamentales respectivas, haciendo que por las propias redes de PP dentro del movimiento popular circulara la política social del Estado. A diferencia de otras agrupaciones de izquierda, PP dio mucha importancia a dirigir sus acciones hacia el interior de país, extendiendo sus prácticas autogestivas desde las minas de Monclova, la Unión Ejidal Bahía de Banderas y los ejidos del Valle del Yaqui hasta las comunidades mayas de la Lacandona. En 1978 PP se fracturó en Línea Proletaria (LP) y Línea de Masas (LM). Esta última, más otros pequeños grupos maoístas, sindicalistas de la UNAM, y organizaciones estudiantiles y sociales del norte del país formaron en 1982 la Organización de Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas (OIR-LM).

El trotskismo tiene una trayectoria larga en México, la cual se remonta a los treinta, cuando Manuel Rodríguez y varios expulsados del PCM integran la Oposición Comunista de Izquierda, que dará lugar a la Liga Comunista Internacionalista y ésta, a su vez, al Partido Obrero Internacionalista. Invariablemente víctima de escisiones debido a su doctrinarismo, la corriente trotskista se reorganizó en el Partido Obrero Revolucionario (POR) en 1959. A éste siguió la Liga Obrera Marxista (LOM) en 1960. En septiembre de 1968 se formó el Grupo Comunista Internacionalista (GCI) encabezado por el militante de la LOM Manuel Aguilar Mora, miembro del Comité de Lucha de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Sin partido en 1968, pues sus camaradas de la LLE lo expulsaron en 1963, Revueltas participó en la fundación del GCI. Desde Lecumberri, el escritor duranguense celebró en 1969 la reunificación de la Cuarta Internacional, fundada en París por Trotsky en 1938. Entusiasta, Revueltas consideró a ésta la eventual "dirección de una conciencia organizada a escala mundial" que, en su titánica batalla contra la amenaza nuclear, habría de integrar "junto a los viejos cuadros de luchadores trotskistas, las nuevas corrientes marxistas-leninistas independientes".[7]

En los setenta del GCI se escinde la Juventud Marxista Revolucionaria que en 1973 dio lugar a la Liga Socialista (LS). Ésta se fragmenta en 1975 en la

Tendencia Militante y la Fracción Bolchevique Leninista, mientras del GCI se desprende el grupo Rojo —llamado así por el periódico que editan. En 1976 comienza el ciclo inverso que conduce a la unidad: primero se funden el GCI y Rojo e integran la Liga Comunista Internacionalista (LCI); después, la LCI con la LS. De estás saldrá Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). Robustecido el trotskismo, logrará ampliar su base más allá del medio estudiantil con la participación en la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE), la Coordinadora Nacional Plan de Ayala (CNPA) y la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular (CONAMUP). Con la candidatura neocardenista de 1988, se desgajará el Movimiento de Acción Socialista (MAS) del PRT. Y en los noventa, otro segmento abandonará las filas perretistas diluyéndose en el neozapatismo.

Para la elección constitucional de 1982, el PRT lanzará a Rosario Ibarra de Piedra (1927) a la presidencia de la República. Los trotskistas repetirán la fórmula en las elecciones intermedias de 1985, logrando conformar una fracción parlamentaria en la cámara de diputados en la que participará la defensora de los derechos humanos. La plataforma electoral del PRT incluía la escala móvil de salarios —en un contexto de inflación descontrolada—, la defensa de los contratos colectivos de trabajo, una reforma fiscal centrada en el pago de impuestos por parte del capital, la anulación del pago de la deuda externa, la reafirmación de la estatización de la banca y la formación de una banca popular. El capítulo social de la plataforma perretista consideraba una reforma agraria radical, una ley inquilinaria, la estatización del transporte público, la protección del medio ambiente, sistemas de salud y educativo universales, la disminución del gasto militar, el derecho de huelga sin cortapisas, la garantía de las libertades políticas, la presentación con vida de los desaparecidos, la libertad incondicional de los presos políticos, los plenos derechos de género, la libertad sexual para las minorías y el reconocimiento del derecho de los indígenas al uso de su lengua, su cultura y sus formas de gobierno ancestrales.

La izquierda nacionalista también buscó expresiones políticas propias después del movimiento del 68 en el que Heberto Castillo Martínez (1928-1997), veterano del MLN, desempeñó un papel central. Profesor destacado de la Facultad de Ingeniería, Castillo Martínez habló en el mitin del 27 de agosto de 1968 a nombre de la Coalición de Profesores de Enseñanza Media y Superior Pro Libertades Democráticas:

Estamos aquí para devolver, por segunda vez en unos cuantos días, la dignidad que había perdido la Plaza de la Constitución en las concentraciones multitudinarias de los últimos 25 años.

Cuántas veces contemplamos con dolor cómo los peores enemigos del pueblo trabajador, sus líderes venales y traidores a su clase, le obligan —a ese pueblo— a participar en festivales de indignidad, en concursos de abyección, año tras año.

La Plaza de la Constitución recibe ahora el calor, el amor, de más de 200 mil voces que proclaman la necesidad de que la dignidad, el decoro, la valentía y la razón conduzcan las manifestaciones populares de México.

Esta plaza recibe ahora a esta asamblea que exige que México reoriente sus caminos, que exige que la voz del pueblo se escuche. Y lo que es más definitivo aún: que exige que la voz del pueblo se acate.[8]

El ingeniero veracruzano fue recluido en Lecumberri durante dos años por su participación en el movimiento estudiantil. Tras la matanza del Jueves de Corpus (10 de junio de 1971), en la que el grupo paramilitar de los Halcones atacó una manifestación estudiantil que circulaba del Casco de Santo Tomás hacia el Zócalo en apoyo a los estudiantes de la Universidad Autónoma de Nuevo León, Carlos Fuentes redactó a nombre de intelectuales y figuras públicas —Octavio Paz, Luis Villoro, Demetrio Vallejo y Heberto Castillo, entre otros— un llamamiento a la sociedad civil para enmendar la ruta nacional, que tomó el rumbo de una integración subordinada al imperialismo estadunidense y concentró los beneficios del desarrollo en una minoría privilegiada, soslayando la justicia social, la libertad política y la democracia. Por tanto, los suscriptores de la carta pública se preguntaban acerca de la pertinencia de formar un partido político que vertebrara estos ideales. De esta convocatoria surgió en noviembre de ese año el Comité Nacional de Auscultación y Coordinación, en el que participaron —al lado de Paz, Vallejo y Castillo— el dirigente campesino César del Ángel Fuentes, el exdirigente estudiantil Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca, Rafael Aguilar Talamantes —uno de los líderes del movimiento de la Universidad Michoacana en 1966— y otros más.

Más temprano que tarde comenzaron las deserciones por motivos diversos: ya fuera porque se buscaba una organización más amplia o con una identidad

ideológica definida, por optar por una federación de organizaciones o mantener la afiliación individual. Carlos Fuentes se entrampó en la falsa disyuntiva "Echevarría o el fascismo", llamando a la sociedad a ofrecer un apoyo crítico a uno de los responsables directos de la masacre de Tlatelolco con el objetivo de "impedir un golpe de la extrema derecha", que sólo existía en la cabeza del escritor. Aguilar Talamantes (1939-2016) y sus seguidores —entre ellos el enlace con las organizaciones juveniles Graco Ramírez Garrido Abreu (1949)— se separaron en 1973 del Comité Nacional de Auscultación y Organización, como se llamaba ya, para crear un partido propio, comprometido con los "mexicanos revolucionarios", esto es, el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), constituido en 1975. Entretanto, con Heberto Castillo al frente, continuaron los trabajos del grupo original, surgiendo de éstos el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT) en 1974. Castillo quedó como presidente; Vallejo, secretario de organización; y Cabeza de Vaca, secretario de relaciones campesinas. El PMT pretendía "nacionalizar la revolución", hacer una alianza entre los trabajadores, el campesinado, la pequeña burguesía y el empresariado nacionalista. Heredero ideológico del cardenismo histórico, el PMT otorgó gran importancia a la defensa de la soberanía nacional, la independencia económica con respecto del imperialismo, la protección del ejido, la suspensión del pago de la deuda externa, la defensa de los recursos naturales (particularmente el petróleo) y la democratización sindical.

Dentro de las corrientes nacionalistas independientes también destacó el Movimiento de Acción Popular (MAP), constituido en 1981. El MAP germinó en el sindicalismo universitario, animado por el núcleo de intelectuales cercanos a Rafael Galván (1919-1980), líder de la Tendencia Democrática del Sindicato Único de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana (SUTERM). Inscrito en el horizonte ideológico de la Revolución mexicana, el MAP concibió un proyecto "nacional-popular" conformado por obreros, campesinos, indígenas, pequeños y medianos empresarios, y un segmento del Estado, dirigido a menguar la desigualdad social, además de la marginalidad rural y urbana. La organización también procuraba afinar los mecanismos para alcanzar la autosuficiencia alimentaria, desarrollar una industria nativa de bienes de capital que insertara al país en la globalización bajo un modelo de desarrollo regido por un Estado con una base social de masas agrupadas democráticamente. El MAP se distanciaba del ideario de la Revolución mexicana en cuanto a su compromiso explícito con la democracia, convergiendo en esto, además de sus nexos con el sindicalismo, con la tradición socialdemócrata.

Arnoldo Martínez Verdugo (1925-2013) ocupó la secretaría general del PCM en 1962 e intentó dejar atrás el estalinismo de Dionisio Encina Rodríguez (1907-1982), además de hacer ajustes en la línea política partidaria. Mientras en el XIII Congreso (1960), acicateado por la Revolución cubana, el PCM pretendía la "revolución democrática de liberación nacional", para el XV Congreso (1967) aspiraba a una "revolución democrática, popular y antimperialista", y en el XVI Congreso (1973) buscaba la "revolución democrática y socialista", directriz ratificada en el XVIII Congreso (1977), respondiendo así a la reforma política ofrecida por la administración de José López Portillo. Cabe recordar que el gobierno federal armó una estrategia para menguar a la izquierda armada que incluyó las desapariciones forzadas, la cooptación de cuadros guerrilleros ofreciéndoles cargos públicos, una ley de amnistía y la incorporación de las izquierdas al sistema de partidos.

El XVII Congreso del PCM (1975) había decidido presentar a Valentín Campa a la elección presidencial de 1976, si bien el partido carecía de registro legal. Se estima que la votación en favor del viejo líder ferrocarrilero rondó el millón de sufragios. En mayo de 1978, el PCM logró el registro condicionado, de acuerdo con la nueva ley electoral encaminada a incorporar a las minorías políticas dentro de un sistema de representación proporcional en el congreso, y el definitivo en las elecciones intermedias de 1979 (con un 5.8% de la votación nacional y un 13.5% en el Distrito Federal).

Pero este acercamiento de la izquierda socialista a las urnas no tenía exclusivamente raíces internas. La victoria de la Unidad Popular chilena en 1970, que llevó a la presidencia al socialista Salvador Allende Gossens, caló hondo en la discusión de las izquierdas que se debatían entre la participación electoral y la lucha armada. El siniestro final de este gobierno democráticamente electo —derrocado por un golpe militar auspiciado por los Estados Unidos— dejó una herencia ambigua a la izquierda latinoamericana, castigada inmediatamente después con dictaduras militares en prácticamente todo el subcontinente. Al mismo tiempo, en Europa occidental surgía la corriente eurocomunista que, también, planteaba acceder al poder mediante el juego democrático e independizarse del rectorado de la Unión Soviética con respecto de las estrategias políticas nacionales. A pesar de este guiño a la democracia, la lógica de la Guerra Fría canceló la posibilidad de que los partidos comunistas occidentales llegaran al poder gracias a las elecciones, no obstante que crecía su influencia en el electorado. Por dar sólo un ejemplo, el Partido Comunista Italiano (PCI) —el primero en dar el giro eurocomunista con el "compromiso

histórico” adoptado en 1973— había alcanzado el 34.4% de la votación nacional en 1976. Al respecto, el diagnóstico de Hobsbawm es concluyente:

Desde que comenzó la confrontación de los países del Este y el Oeste en 1947 quedó claro que los Estados Unidos no permitirían bajo ninguna circunstancia que los comunistas subieran al poder en Italia, ni siquiera que fueran elegidos para desempeñar cargos en el gobierno. Éste siguió siendo el principio básico de Washington, cabría decir su “postura irrenunciable”, mientras hubiera una URSS y un PCI, y durante unos cuantos años después de que ambos desaparecieran.[9]

El PCM se acercó al eurocomunismo por vía de la declaración conjunta de 1977 con el Partido Comunista Francés (PCF), en la que destacaba la lucha electoral como instrumento idóneo para alcanzar sus objetivos políticos, dejando de lado tanto el dogma de la “dictadura del proletariado” como el “internacionalismo proletario”. Además, ambos partidos subrayaron la independencia en relación con el movimiento comunista internacional, colocaron a la democracia en el centro de su orientación política, planteándose ganar puestos de representación en las contiendas electorales e impulsando una nueva política de alianzas abierta a las clases medias, los sectores emergentes, los jóvenes y las mujeres. La disyuntiva entre vanguardia del proletariado o partido de masas, el PCM la resolvió en favor de éste. Este giro político tuvo consecuencias en la discusión interna de los años siguientes. Se formaron dos corrientes, ambas con representantes en el comité central: la de los “dinosaurios”, que cerraron filas con la dirección partidaria encabezada todavía por Martínez Verdugo, y la corriente de los “renovadores” —conocidos con ese nombre a partir de la carta abierta que publicaron en Excélsior en noviembre de 1980 titulada “Por la renovación del Partido Comunista Mexicano”. Ésta concluyó que el PCM había abjurado de la tradición marxista-leninista y que la burocracia del partido practicaba el verticalismo interno. Por ligero margen, el XIX Congreso del PCM (1981) remplazó la “dictadura del proletariado” como objetivo estratégico de la revolución socialista, en favor del “poder democrático obrero”. Fragmentada como siempre, pero con todo la más robusta de la posguerra, la familia de la izquierda desembarcó en la década siguiente.

6

LA IZQUIERDA POSCOMUNISTA

El futuro parecía sonreírle a la izquierda en el último cuarto del siglo XX. El PCI tenía un tercio del electorado, la revolución sandinista derribó la dictadura de Anastasio Somoza en Nicaragua, Solidarnosc acorraló a la dictadura polaca. Consecuentemente, el teatro de la lucha de clases se desarrollaba en tres pistas: la guerra de posiciones en las democracias occidentales, la guerra de liberación nacional en la periferia colonial y la revolución antiburocrática en el bloque socialista. Por si faltara algo, dos crisis económicas globales en menos de una década. Mientras en México la izquierda adquiría presencia nacional gracias a su legalización, el sindicalismo independiente auguraba desgarramientos mayores del corporativismo oficial y la izquierda socialista daba pasos hacia la unidad abandonando las siglas comunistas. Del lado menos amable de la historia, iniciaba la era neoliberal con Margaret Thatcher y Ronald Reagan, la bonanza petrolera concluía en una crisis financiera brutal, las políticas de austeridad del presidente Miguel de la Madrid Hurtado hacían saber que los fundamentos del milagro mexicano eran ya pecados capitales, y el terremoto de 1985 desnudaba el divorcio del Estado con la ciudadanía. Entrados los ochenta, surgirá un movimiento ciudadano y el término “sociedad civil” se introduce en el discurso público en un intento de conceptualizar el sujeto social emergente. Y en los noventa el altermundismo ocupará, o intentará hacerlo, el lugar del comunismo como alternativa al capitalismo global.

La

unidad de la izquierda

Tras décadas de escisiones y fugas individuales, la izquierda recuperó la convicción de que sin la unidad sería imposible consolidarse como fuerza política nacional. De hecho, el PCM se había coaligado con otras organizaciones de izquierda en las elecciones federales de 1976 y 1979, pero sin pasar de objetivos puntuales. No obstante, el interés de las organizaciones que buscaban el reconocimiento como partidos políticos nacionales (PMT, PST y PRT) de acuerdo con la ley electoral, además de diferencias estratégicas de consideración, restaron magnitud a la unificación de las izquierdas. En 1981 el PMT participó en la discusión del proyecto unitario, desligándose de éste por divergencias acerca del papel partido, es decir, si el nuevo instituto político debería privilegiar el movimiento social o colocar en el plano central la lucha electoral, inclinándose al parecer por la primera. Cuando su fundación, el PMT había adelantado que la libertad política permitiría, además de la democracia, la emancipación de los trabajadores.

Todavía fresco el debate del XIX Congreso del PCM, en noviembre de 1981 el partido mexicano con mayor antigüedad se transformó en el Partido Socialista Unificado de México (PSUM). Salvo el MAP, que aportó a intelectuales y sindicalistas, las otras organizaciones no eran mucho más que membretes de un estalinismo fosilizado si acaso con alguna presencia regional: el Partido del Pueblo Mexicano (PPM), el Movimiento de Acción y Unidad Socialista (MAUS) y el Partido Socialista Revolucionario (PSR). Habiendo roto el PCM con el leninismo en el XIX Congreso, el PSUM quiso convertirse en un partido de “masas” y no repetir el esquema de cuadros profesionales de su antecesor. Huelga decir que fracasó en el intento, o más bien, no fue congruente con él. En la designación del candidato presidencial para la elección federal de 1982, el PSUM seleccionó al diestro negociador Arnoldo Martínez Verdugo, pero de nulo carisma, emblema de los viejos cuadros comunistas fraguados en el aparato partidario. El artista gráfico de formación obtuvo el 3.48% de la votación, apenas el doble que su rival del PRT —la luchadora social Rosario Ibarra de Piedra—, colocándose en un lejano tercer lugar en las preferencias del electorado. En 1985 las huestes provenientes del PPM, acaudilladas por el exlombardista Alejandro Gascón Mercado (1932-2005), quien aspiraba a dirigir la nueva formación política, abandonaron el PSUM. Tampoco los resultados

electorales del partido mejoraron, incuso fueron a la baja. En la elección de ese mismo año el PSUM obtuvo el 3.27%, seguido dentro de las izquierdas por el PST (2.47%), el PPS (1.97%), el PMT (1.55%) y el PRT (1.27%).

La solución al estancamiento electoral se buscó otra vez en la unidad, intentando la postergada fusión con la izquierda nacionalista independiente representada por Heberto Castillo, además de sumar pequeños núcleos de las múltiples siglas socialistas disponibles. En una suerte de quid pro quo el ingeniero veracruzano la aceptó y el nuevo agrupamiento lo postuló a la presidencia de la República. De esta forma nació en 1987 el Partido Mexicano Socialista (PMS) que, además del PSUM y el PMT, incorporó al Partido Popular Revolucionario (PPR) —en el que participaban algunos exmilitantes de la Liga Comunista 23 de Septiembre beneficiados por la amnistía lopezportillista—, la Unión de Izquierda Comunista (UIC) —resultado de una vieja escisión del PCM—, el Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP) —mezcla de excomunistas, cristianos, nacionalistas y maoístas— y un desprendimiento del Partido Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (PFCRN) —antes PST— en el que figuraban los Chuchos —la corriente actual del Partido de la Revolución Democrática (PRD) llamada Nueva Izquierda.

A pesar de lograr la fusión de las izquierdas, la oportunidad mayor llegó con la escisión del PRI, expectativa acariciada por la izquierda desde la década anterior, si no es que siempre. Cuauhtémoc Cárdenas (1934), Porfirio Muñoz Ledo (1933), Ifigenia Martínez de Navarrete (1929), César Buenrostro Hernández (1933-2016) y otros más formaron la Corriente Democrática del PRI con el propósito explícito de transparentar la designación del abanderado priista. Pero la discrepancia fundamental que mantenía la Corriente Democrática con la tecnocracia gobernante era con respecto del abandono por parte de la administración delamadridista del proyecto nacionalista de la Revolución mexicana en beneficio de una apertura económica que los únicos monopolios que combatía eran los estatales, y que tampoco tenía prevista la democratización del sistema político en tanto no se consumara el “cambio estructural”. Tan pronto el partido “destapó” a Carlos Salinas de Gortari, Cárdenas tocó las puertas del vetusto Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM), quien lo hizo en automático su candidato presidencial.

Cárdenas reunía más y más partidarios en las plazas públicas (La Laguna, Chilpancingo, Ciudad Universitaria), en tanto que la campaña del PMS concitaba una pobre respuesta no obstante el prestigio de su candidato ganado en

30 años de lucha política. La campaña pemesista mostró también que el nuevo agrupamiento todavía no soldaba bien, dejando ver, en los jaloneos, cómo las distintas corrientes degeneraban en tribus. Una encuesta levantada en mayo de 1988 otorgaba a Castillo Martínez un 2% de la intención del voto ciudadano. No había mucho que discutir con esos números de manera tal que, un mes después, el ingeniero Castillo hizo a un lado sus aspiraciones presidenciales sumándose a la candidatura del también ingeniero Cárdenas, gesto aplaudido por la opinión pública y la militancia de su partido. Con esto, el PMS se integró al Frente Democrático Nacional (FDN), coalición de partidos y organizaciones sociales que contendieron por la izquierda en 1988, al lado de la candidatura testimonial de Rosario Ibarra de Piedra que representó por segunda vez al PRT. El agrupamiento trotskista se había partido con la secesión del mas, que decidió apoyar a Cárdenas a fin de continuar el proceso inconcluso de la Revolución mexicana.

Al parecer, las encuestas previas a la elección encargadas por la Presidencia de la República arrojaban una ventaja de entre tres y seis puntos para el candidato priista Carlos Salinas de Gortari, indicando al mismo tiempo que la intención de voto cardenista iba a la alza, por lo que, en breve, el FDN rebasaría al PRI. A cuatro días de la contienda electoral, el accidente fatal de los operadores del mapeo y cómputo del FDN, Francisco Javier Ovando y Román Gil generó la fundada sospecha de que el gobierno federal iba con todo. Todavía en la mañana del 6 de julio la operación electoral parecía bajo control, pero, entrada la tarde, las cuentas ya no cuadraban en Bucareli. Y, en la noche, era claro que el PRI había perdido el Distrito Federal. En vista de esto, y acaso la información sobre el revés en algunos estados, Los Pinos no informaron del cómputo electoral a la opinión pública a las 11 de la noche, como prometió el presidente de la Comisión Federal Electoral, secretario de Gobernación y militante del PRI desde su juventud, Manuel Bartlett Díaz: ¡se había caído el sistema! Para hacer frente a la desconfianza generalizada con respecto de la limpieza de los comicios, a la una y media de la madrugada del 7 de julio, Jorge de la Vega Domínguez, presidente nacional del tricolor, sentenció que el triunfo del candidato priista era “rotundo, contundente, legal e inobjetable”. Un mes después del desaguisado, la alquimia gubernamental arrojó un resultado final de 50.36% para el PRI, 31.12% para el FDN, 17.07% para el pan, 1.04% para el PDM (Partido Demócrata Mexicano) y 0.42% para el PRT.

Ahogado por la marea cardenista, pero seguro de que los cuadros socialistas tenían las destrezas necesarias para doblegar a mediano plazo a los pragmáticos

expriistas, el PMS decidió fundirse con el bloque recién desprendido del PRI, malbaratando la vieja, sólida y respetable tradición socialista. Comenzando mayo de 1989 se verificó la asamblea constitutiva del PRD. La agenda social del nuevo instituto político partía de la premisa de acuerdo con la cual la acción concertada de sociedad y gobierno haría posible conformar un sistema económico que permitiera el mejoramiento continuo del nivel y calidad de vida del pueblo. Más por un acuerdo que por la lucha social, este nuevo pacto social erradicaría la pobreza y las desigualdades, abriría a todos por igual el acceso a la cultura y a los beneficios del progreso, eliminaría la concentración de la riqueza redistribuyéndola en toda la sociedad.

Cárdenas Solórzano trazó las directrices programáticas de la nueva organización, que iban más en el sentido de recuperar el horizonte extraviado del nacionalismo revolucionario que de construir una sociedad distinta. De acuerdo con el ingeniero, el proyecto de la Revolución mexicana había sido abandonado por los tecnócratas, quienes sometieron el aparato corporativo estatal a sus fines espurios, contrarios al interés nacional:

Recuperaremos los ideales históricos de la Revolución mexicana, la vigencia plena de la constitución y la legitimidad de nuestro gobierno y nuestros gobernantes.

Restauraremos la república al fundar sus instituciones nuevas en una cultura política de libertad, racionalidad y tolerancia.

Sobre estos cimientos sólidos y profundos, contra el régimen caduco del privilegio y la injusticia, del partido de Estado y el corporativismo, de la dependencia y la corrupción, levantaremos una nación de hombres y mujeres libres e iguales ante la ley y ante la vida, una patria democrática y solidaria, un México para los mexicanos todos.[1]

La enorme expectativa creada por el PRD menguó rápidamente. Como suele suceder, la movilización ciudadana bajó de intensidad conforme transcurrieron los meses. Otros elementos que conspiraron contra el PRD fueron el caudillismo del ingeniero Cárdenas y la sangría permanente de militantes “arrepentidos” que regresaron a las filas priistas para vivir dentro del presupuesto, la única

experiencia laboral que conocían. Tampoco el Sol Azteca logró la cohesión suficiente, a causa de la fusión acelerada de grupos dentro del PRD con tradiciones políticas a veces encontradas. Por lo común las “bases” respondían únicamente a sus antiguos jefes, cobijándose la suma de estos pequeños cacicazgos en el “líder moral” y en un discurso político tan incluyente, que nadie quedaba fuera. Además, la administración salinista no dio cuartel a la izquierda que representaba una verdadera amenaza al proyecto neoliberal. Un buen ejemplo de esto es el estado de Guerrero. Se estima que en la jornada electoral del 6 de julio de 1988 Cárdenas logró ganar. No obstante el escandaloso fraude, en las elecciones municipales de diciembre de 1989 la población votó copiosamente por el PRD, escamoteándosele victorias inapelables. La protesta pública derivó en la toma de alcaldías en amplias porciones de la entidad suriana, la formación de cabildos populares en algunas de ellas y en un movimiento de resistencia a lo largo de la costa guerrerense que se extendió por tres meses sin que se limpiara la elección. Al fraude siguió la represión. De los aproximadamente 300 perredistas asesinados durante la presidencia de Salinas de Gortari, muchos fueron guerrerenses. Entre julio de 1988 y enero de 1990, ultimaron a 56 miembros del Sol Azteca en la entidad sureña gobernada entonces por José Francisco Ruiz Massieu, excuñado de Salinas.

En la elección intermedia de 1991 el declive de la votación del PRD fue de consideración (7.91% en la votación para diputados), aunque en la elección para gobernador en el feudo cardenista de Michoacán de 1992 obtuvo un respaldo importante del electorado (36.6%), en medio de un proceso electoral plagado de anomalías. Sin embargo, el golpe electoral más doloroso para el perredismo se lo propinó la rebelión en la Lacandona, que canalizó el voto “del miedo” hacia el PRI y la derecha panista. El magro 16.59% de sufragios obtenidos por Cárdenas en la elección presidencial de 1994, poco más de la mitad que le reconocieron en 1988 es la evidencia de esto. De haber sido el FDN la segunda fuerza electoral en ese año, el PRD descendió al tercer sitio en 1994. Mientras el pan, fortalecido con el trato preferencial de la administración salinista —con las llamadas “concertacesiones”— recuperó el segundo puesto con el 25.92% de Diego Fernández de Cevallos. El perredismo perdería una parte minoritaria de su militancia que tomaría la alternativa neozapatista en 1994, si bien el contingente numéricamente más importante de la vieja izquierda socialista y de la nacionalista revolucionaria permaneció en el Sol Azteca.

El fin de la revolución

La Revolución sandinista y la perestroika soviética dieron aliento al proyecto socialista; sus estrepitosos fracasos marcaron el final de una época. Aquélla logró acabar con la dictadura más antigua del continente, representada en tercera generación por Anastasio Somoza Debayle (1925-1980), heredero de la dinastía que se enseñoreó en Nicaragua desde 1934 con la intervención militar estadunidense y el asesinato de Augusto César Sandino (1895-1934). La ofensiva final, reforzada por una huelga general, llevó a las calles de Managua al Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en julio de 1979, corroborando a la izquierda internacional que, dos décadas después, la estrategia de la Revolución cubana seguía vigente. Un nuevo reto a los Estados Unidos en el subcontinente, enfrentado por la recién desempacada administración de Ronald Reagan financiando a las fuerzas contrarrevolucionarias (la Contra) con recursos de la venta ilegal de armas a Irán, en aquel momento en guerra con Iraq.

Los sandinistas establecieron un gobierno plural con todas las fuerzas opositoras a la dictadura —la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional—, además de reconocer el aporte de los cristianos a la revolución, por lo cual ser creyente y revolucionario no era ya una contradicción, sino un círculo virtuoso. Este gobierno plural pronto se rompió, tanto por el control que pretendía el FSLN sobre la Junta, como por que las políticas radicales (reforma agraria, alfabetización, relación privilegiada con Cuba y la Unión Soviética) fueron desaprobadas por los empresarios que participaron en ella. En la elección de 1984, el sandinismo midió fuerzas con la oposición obteniendo una holgada victoria que llevó a José Daniel Ortega Saavedra (1945) a la presidencia con el 66.97% de la votación. La guerra a la Contra, la restricción de las libertades civiles por el Estado de excepción y la corrupción de la cúpula dirigente del sandinismo cancelaron la oportunidad de refrendar en las urnas la victoria militar que tuvieron sobre la Contra. Fuertemente apoyada por los Estados Unidos, en 1990 la candidata de Unión Nacional Opositora (UNO), Violeta Barrios de Chamorro, consiguió el 54.74% del voto ciudadano, mientras Ortega Saavedra alcanzó un distante 40.82%.

Afganistán se convirtió en un pantano para la URSS —el Vietnam soviético— y las huelgas en los astilleros de Gdansk, que condujeron a la formación del

sindicato y después partido Solidarnosc en 1980, exhibieron tanto la nula vocación democrática del Partido Obrero Unificado Polaco como la escasa independencia de la República Popular de Polonia con respecto del régimen soviético. El Estado de excepción forzado por la URSS en el país báltico no hizo sino cohesionar más a la oposición polaca y aumentar el protagonismo de la Iglesia católica —respaldada por el papa Karol Wojtyla (1920-2005)— como lugar de resistencia a la dictadura del general Wojciech Jaruzelski (1923-2014). Entretanto, la gerontocracia soviética moría de decrepitud al perder en tres años a otros tantos jefes de Estado: Leonid Brézhnev (1906-1982), Yuri Andrópov (1914-1984) y Konstantín Chernenko (1911-1985).

Si bien la economía soviética había tenido un crecimiento espectacular y sostenido durante 20 años, a mediados de los sesenta se desaceleró, sobreviniendo el estancamiento y desarrollándose el mercado negro, además de los problemas estructurales de una economía rígida e ineficiente, poco capaz de promover la innovación tecnológica y la modernización en la gestión administrativa. Esto sin menoscabo del acceso a la educación, la alimentación, la vivienda, la salud y el pleno empleo para toda la población de la URSS. Y también la existencia del Gulag —Dirección General de Campos de Trabajo—, la negación de las libertades fundamentales, las purgas y la proscripción de la disidencia política. Por añadidura, la Segunda Guerra Fría, impulsada por Reagan, consumió cada vez más recursos del PIB soviético en seguridad y defensa. A esta sangría se añadieron las cada vez mayores subvenciones de la Unión Soviética a otros países del bloque quienes, a su vez, habían contratado empréstitos con la banca internacional en los setenta y no pudieron enfrentar el incremento exponencial de su deuda externa cuando subieron las tasas de interés en los albores de la siguiente década.

Aparte del desprestigio internacional por la intervención militar de la URSS en los estados satélites y del consecuente costo financiero, los 18 años de la administración de Brézhnev fueron de estancamiento económico. En el último tramo de la gestión del sucesor de Jruschov, la economía soviética creció a un promedio anual del 2% frente al 5.7% de la década de 1950. Ésta pudo salir a flote gracias a los elevados precios internacionales del petróleo y a los créditos occidentales. Pero, como ocurrió al México lopezportillista de esos años, la crisis de la deuda y el pronunciado declive de los precios del petróleo dejó a las finanzas públicas en vilo. A pesar de estos síntomas de debilidad, cuando Mijaíl Gorbachov (1931) tomó las riendas en 1985, la URSS representaba el 14% de la economía mundial, es decir, más del doble que el de la Rusia zarista en el

preludio de la Primera Guerra Mundial.

Gorbachov intentó reformar el modelo soviético para sacar al gigante euroasiático del estancamiento económico y a las finanzas públicas de la virtual bancarrota, distender el ambiente con una apertura política moderada y mejorar la imagen interna e internacional del régimen mediante el liderazgo mediático que el Premio Nobel de la Paz de 1990 fue capaz de ejercer. Ello, sin embargo, fue a expensas del PCUS, que había sido el soporte del Estado soviético desde la muerte de Stalin. Esa estructura monolítica era la que cohesionaba a un país de tales dimensiones geográficas, plurinacional y multiétnico, con grandes desigualdades regionales y entre el campo y la ciudad. El XXVII Congreso del PCUS aprobó en 1986 la línea reformista (perestroika), que confrontó a los liberales con la nomeneklatura conduciendo al bloqueo de la política reformista. El impasse abrió la escena pública a los poderes y líderes regionales que buscaban mayor autonomía. Tal fue el caso de Boris Yeltsin (1931-2007), dirigente del PCUS en Moscú. Entretanto, fuera de las fronteras soviéticas, crecía la presión para disgregar el bloque socialista impuesto por la URSS al derrotar a Alemania en la Segunda Guerra Mundial. Justo en Berlín Este cayó en 1989 el ominoso muro construido en 1961. En 1990 se independizaron las repúblicas bálticas (Letonia, Estonia y Lituania), seguidas por las asiáticas. Y, en 1991, se disolvió la URSS.

Al tiempo que esto ocurría en Centroamérica y Europa del Este, la reconversión industrial llevada a cabo en el mundo occidental reducía considerablemente a la clase obrera, debilitaba a los sindicatos, menguaba a la socialdemocracia y acotaba el Estado de bienestar de la posguerra. De esta manera, por donde se le viera, no había opciones al capitalismo globalizado, que se imponía tanto en el terreno económico como en el imaginario colectivo. El consumo masivo se convirtió en la única utopía asequible. Si bien la democratización había avanzado a escala mundial después de 1945, a finales del siglo XX ya había democracias representativas estables en muchísimos países, entre ellos las naciones latinoamericanas. También con la globalización se acrecentó la concentración de capital y la desigualdad social creció incluso en los países desarrollados. Aunque en el capitalismo el desempleo es estructural, la precariedad y el paro se impusieron en el mundo de trabajo como condiciones de vida. Carentes de la ciudadanía, los inmigrantes ilegales compartirían la minusvalía de los trabajadores decimonónicos. La pobreza que históricamente se concentró en el campo, para 1990 pululaba por doquier en los nuevos cordones de miseria de las ciudades. Un segmento cada vez mayor de la población fue

quedando como una “humanidad excedente” que ya no serviría siquiera para ser explotada. Con la maldición de Adán, estos trabajadores que en el pasado ganaron obedientemente el pan con el sudor de su frente carecerían de las condiciones mínimas para satisfacer la voluntad divina.

La izquierda altermundista

Frente a la obsolescencia de los viejos paradigmas de la izquierda y en respuesta a la globalización neoliberal —que incentiva la circulación internacional de mercancías, pero combate la migración de la mano de obra fuera de las fronteras nacionales—, entrados los noventa surgió el altermundismo: un movimiento global opuesto al neoliberalismo, que recupera los intereses locales y comunitarios, pero que no es explícitamente anticapitalista como lo fue la izquierda socialista mayoritaria. Con el altermundismo, la forma partido, esquema organizativo fundamental de la izquierda del siglo XX, perdió relevancia siendo sustituida por la horizontalidad del movimiento social. Y la ideología, remplazada por un activismo más directo y pragmático centrado en objetivos puntuales. En la era de internet, la comunicación resultó más fluida, y la oportunidad de reunir rápidamente contingentes numerosos en la protesta pública, bastante más dinámica. Su superioridad tecnológica con respecto de los movimientos sociales del pasado, sin embargo, no obsta para inscribir el altermundismo en la tradición internacionalista de la izquierda (socialista, anarquista y comunista).

El neozapatismo es hijo de las rebeliones agrarias del siglo XIX y, a la vez, forma parte del ciclo de acción colectiva global conocido como altermundismo. Gracias al influjo neozapatista recuperaron actualidad las comunidades autogestivas previstas por el socialismo romántico —con el nombre de caracoles —, y avanzó la democratización del país. Si la reforma electoral de 1977 pretendió responder a la izquierda armada, podemos asumir que los cambios legales en materia electoral realizados entre 1994-1996, los cuales ciudadanizaron e independizaron a los órganos electorales, obedecieron también a ese propósito. Habrá que comenzar cuando el papa Juan XXIII designó a Samuel Ruiz García (1924-2011) obispo de Chiapas en 1960. Si bien Ruiz García procedía del Bajío profundo de raíces sinarquistas, la interacción con la feligresía de una de las entidades más pobres y atrasadas del país lo sensibilizó con respecto de los problemas sociales. Confrontado con la realidad deplorable de Chiapas, la participación en el Concilio Vaticano II le hizo ver al obispo nacido en Irapuato que muchos sacerdotes pensaban como él. El cónclave llevó a cabo la revisión crítica del catolicismo mundial, permitiendo al obispo mexicano profundizar en la línea evangélica que había escogido, esto es, “la iglesia de los

pobres”. En la selva, el ejército de Dios del obispo de Chiapas se topó con grupos revolucionarios quienes habían elegido su particular “opción por los pobres”. Estos militantes provenían de Línea Proletaria y de las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN).

Las FLN se constituyeron en Monterrey en 1969. Algunos de sus militantes, así como jóvenes estudiantes que se integrarían a otros grupos guerrilleros de la capital neolonesa, habían entrado en contacto con el régimen cubano a través del Instituto Mexicano Cubano de Relaciones Culturales formado en 1965 en Monterrey por el doctor Mateo A. Sáenz (1905-1967). Según Daniel Alarcón, Benigno, responsable de las Escuelas Especiales donde se preparaba a los guerrilleros latinoamericanos, en el periodo 1971-1972, 35 miembros de las FLN se entrenaron militarmente en la isla caribeña. Estamos hablando de un momento un poco anterior a la primera tentativa de las FLN de implantar un foco guerrillero en la Lacandona, es decir, cuando conformó el Núcleo Guerrillero Emiliano Zapata, disuelto rápidamente por la policía. También se especula que los cubanos entrenaron a otro contingente de las FLN en el campo de Punto Cero en el año de 1982. Pero, más allá del vínculo cubano, la guerrilla neozapatista pronto mostró considerables diferencias con respecto de los otros grupos insurgentes mexicanos inspirados en el Movimiento 26 de Julio. En tanto que estas guerrillas reivindicaban a obreros, campesinos o a las clases populares, el levantamiento neozapatista en la selva chiapaneca se concentraba en las demandas indígenas.

El Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) se constituyó en noviembre de 1983, si bien tardó una década en salir a la luz pública. Las fuerzas neozapatistas desconcertaron a la opinión pública nacional y extranjera cuando indígenas encapuchados ocuparon San Cristóbal de Las Casas, Altamirano, Las Margaritas y Ocosingo el 1 de enero de 1994, atacando también el campo militar de Rancho Nuevo. La Primera Declaración de la Selva Lacandona conminó a los poderes Legislativo y Judicial a deponer al “dictador” (Carlos Salinas de Gortari) y ordenó a las “tropas” del EZLN

1.°

Avanzar hacia la capital del país venciendo al ejército federal mexicano, protegiendo en su avance liberador a la población civil y permitiendo a los

pueblos liberados elegir, libre y democráticamente, a sus propias autoridades administrativas.

2.°

Respetar la vida de los prisioneros y entregar a los heridos a la Cruz Roja Internacional para su atención médica.

3.°

Iniciar juicios sumarios contra los soldados del ejército federal mexicano y la policía política que hayan recibido cursos y que hayan sido asesorados, entrenados, o pagados por extranjeros, sea dentro de nuestra nación o fuera de ella, acusados de traición a la patria, y contra todos aquellos que repriman y maltraten a la población civil y roben o atenten contra los bienes del pueblo.

4.°

Formar nuevas filas con todos aquellos mexicanos que manifiesten sumarse a nuestra justa lucha, incluidos aquellos que, siendo soldados enemigos, se entreguen sin combatir a nuestras fuerzas y juren responder a las órdenes de esta Comandancia General del EZLN.

5.°

Pedir la rendición incondicional de los cuarteles enemigos antes de entablar los combates.

6.°

Suspender el saqueo de nuestras riquezas naturales en los lugares controlados por el EZLN.[2]

A los 12 días del comienzo de la confrontación armada, Salinas de Gortari declaró un cese al fuego unilateral, ofreció un diálogo a los rebeldes e instruyó a su hombre de confianza Manuel Camacho Solís para el efecto. Dos meses después la administración salinista respondió las demandas de los zapatistas, misma que rechazaron las comunidades indígenas. El 10 de junio de 1994 el

neozapatismo planteó su postura en la Segunda Declaración de la Selva Lacandona, señalando que:

Nacerá una relación política nueva. Una nueva política cuya base no sea una confrontación entre organizaciones políticas entre sí, sino la confrontación de sus propuestas políticas con las distintas clases sociales, pues del apoyo real de éstas dependerá la titularidad del poder político, no su ejercicio. Dentro de esta nueva relación política, las distintas propuestas de sistema y rumbo (socialismo, capitalismo, socialdemocracia, liberalismo, democracia cristiana, etcétera) deberán convencer a la mayoría de la nación de que su propuesta es la mejor para el país. Pero no sólo eso, también se verán "vigilados" por ese país al que conducen de modo que estén obligados a rendir cuentas regulares y al dictamen de la nación respecto a su permanencia en la titularidad del poder o su remoción.[3]

Abandonando el belicismo de la Primera Declaración de la Selva Lacandona, el nuevo texto convocaba a la "sociedad civil" a participar en la Convención Nacional Democrática a celebrarse en agosto de 1994. Con aproximadamente 5 mil estudiantes, intelectuales, obreros, académicos, artistas, religiosos y periodistas, la asamblea neozapatista deliberó sobre la democracia en el país, la resistencia civil, y la instauración de un congreso constituyente y un gobierno de transición. Para enero de 1995 el EZLN publicó la Tercera Declaración de la Selva Lacandona, que exhortó a la sociedad civil a redactar una nueva constitución, nombrar un gobierno de transición, acabar con el régimen de partido de Estado y conformar un movimiento de liberación nacional bajo la dirección de Cuauhtémoc Cárdenas, en clara alusión al fundado por el general Cárdenas en 1961. Cabe recordar que la insurrección neozapatista había costado en 1994 al hijo del general un apreciable caudal de votos. Pero una cosa era el movimiento y otra cosa los partidos políticos, de tal manera que la Cuarta Declaración de la Selva Lacandona, de 1996, sentenció que, "mientras la verdadera oposición se afana en encontrar el centro en una nación moribunda, amplias capas de la población refuerzan su escepticismo frente a los partidos políticos y buscan, sin encontrarla todavía, una opción de quehacer político nuevo, una organización política de nuevo tipo".[4]

Regresemos a la Tercera Declaración de la Selva Lacandona. Más que un giro estratégico en el que se pasaba de la guerra a la lucha democrática en tan sólo un año, el EZLN pretendía salvar el confinamiento militar y político inducido por la administración de Ernesto Zedillo Ponce de León. Acaso lo más relevante del manifiesto neozapatista fue la enunciación de la autonomía territorial de los pueblos originarios y el derecho a autogobernarse dentro del Estado nacional o, quizá más precisamente, en un Estado plurinacional:

La cuestión indígena no tendrá solución si no hay una transformación radical del pacto nacional. La única forma de incorporar, con justicia y dignidad, a los indígenas a la nación, es reconociendo las características propias en su organización social, cultural y política. Las autonomías no son separación, son integración de las minorías más humilladas y olvidadas en el México contemporáneo.[5]

El diálogo del EZLN con el gobierno federal sirvió para poco y nada; más que acercara a las partes las distanció, atrincherándose cada una en su postura. En junio de 1995 el EZLN convocó a una Consulta Nacional por la Paz y la Democracia, a la cual respondió la sociedad civil recomendándole se constituyera en una organización política. Defraudando a la “sociedad civil”, el EZLN no se hizo cargo del resultado de la votación. Zedillo Ponce de León pasó a la ofensiva con la captura en octubre al comandante Germán, Fernando Yáñez Muñoz, uno de los fundadores de las FLN, liberándolo a los pocos días por la presión ciudadana. Paralelamente, la administración zedillista giró órdenes de aprehensión en contra de otros dirigentes neozapatistas, entre ellos el subcomandante Marcos, identificado a partir de febrero de 1995 como Rafael Sebastián Guillén Vicente (1957). El gobierno federal aumentó la presencia militar en los municipios rebeldes formando dos nuevas zonas militares en Chiapas, con sede en Tenosique y Ocosingo. Además, comenzaron a formarse grupos paramilitares indígenas. Uno de ellos fue el responsable de la matanza de Acteal, en los Altos de Chiapas, el 22 de diciembre de 1997, con un saldo de 45 muertos, entre ellos mujeres y niños. Aprovechando “el conflicto intercomunitario”, el ejército ocupó los municipios autónomos que había comenzado a instaurar el neozapatismo desde finales de 1994.

La Quinta Declaración de la Selva Lacandona, de julio de 1998, expuso la aspiración del EZLN con respecto de la reforma constitucional sobre la cuestión indígena:

Ninguna legislación que pretenda encoger a los pueblos indios al limitar sus derechos a las comunidades, promoviendo así la fragmentación y la dispersión que hagan posible su aniquilamiento, podrá asegurar la paz y la inclusión en la nación de los más primeros de los mexicanos. Cualquier reforma que pretenda romper los lazos de solidaridad históricos y culturales que hay entre los indígenas, está condenada al fracaso y es, simplemente, una injusticia y una negación histórica.[6]

El 11 de marzo de 2001, a escasos tres meses de que Vicente Fox Quezada inaugurara la alternancia democrática, llegó a Ciudad de México la "Marcha de la Dignidad Indígena", coloquialmente llamada Zapatour. Procedente de San Cristóbal de las Casas, la caravana realizó concentraciones masivas en las capitales de Oaxaca y Puebla, Ixmiquilpan, Nurio —en el poblado michoacano pernoctó varios días para incorporarse a los trabajos del Tercer Congreso Nacional Indígena—, Iguala, Milpa Alta y Ciudad de México. El trayecto de Cuautla a la capital federal recreó la ruta de Emiliano Zapata (1914), por lo que la entrada fue por Xochimilco. Al tiempo que trazaba una continuidad histórica imaginaria con el Ejército Libertador del Sur, el contingente neozapatista se hizo acompañar de activistas extranjeros, rubricando el carácter transnacional del movimiento y su inscripción en el altermundismo popularizado en la protesta pública de Seattle (1999). Los Monos blancos concentraron la atención por su atuendo, las expresiones de decisión ("los Monos blancos tienen muchos huevos") y el eficiente círculo de seguridad sobre la dirigencia del EZLN, al punto que algunos periodistas se quejaron de su rudeza y apelaron a las leyes de extranjería para deshacerse de los atrevidos italianos.

El Zócalo y las calles aledañas congregaron alrededor de 200 mil personas en el acto que culminaba una lucha de siete años. Parecía cercana la aprobación de la iniciativa legal redactada por la Comisión de Concordia y Pacificación (COCOPA) y asumida por los indígenas en la asamblea de Nurio, según indicó el representante del Congreso Nacional Indígena (CNI). La caravana y el

discurso neozapatista buscaron convencer a la sociedad de la justicia de sus demandas, provocar simpatía hacia ellas y mover a la opinión pública en su favor, para lo cual empleó con gran destreza los recursos mediáticos disponibles. “La guerrilla de papel” se le llegó a llamar. En el corazón político de la república, el subcomandante Marcos señaló que el EZLN no pretendía hacerse del poder, sino democratizar “en todos los pisos” a la sociedad, construir una contrahegemonía de abajo hacia arriba. Y, en la metáfora de la máscara a la que tanto recurrió, dijo que el Estado había invisibilizado a los indígenas, en tanto que la dirigencia neozapatista de alguna manera los había suplantado: “Nosotros no deberíamos estar aquí”, “quienes deberían estar aquí —continúa— son las comunidades indígenas zapatistas” (La Jornada, 12 de marzo de 2001).

Dos semanas más adelante la comandanta Esther habló en el Congreso de la Unión, donde previamente hubo un intenso debate acerca de si darle la palabra en la representación nacional era lo adecuado, pues “el pueblo” lo representaban los legisladores (según el pan) o eran los indígenas movilizados por el EZLN (de acuerdo con el PRD). Esto es, el pueblo abstracto del liberalismo versus el pueblo concreto del socialismo romántico, aunque no sabemos si los legisladores siquiera se enteraron. Finalmente, la reforma constitucional sobre derecho y cultura indígenas de agosto de 2001 no incorporó la autonomía, demanda cardinal del movimiento neozapatista. El revés llevó al EZLN a concentrarse en sus comunidades y poner en marcha en agosto de 2003 las “juntas de buen gobierno” o caracoles:

empezamos entonces a echarle ganas a los municipios autónomos rebeldes zapatistas, que es como se organizaron los pueblos para gobernar y gobernarse, para hacerlos más fuertes. Este modo de gobierno autónomo no es inventado así nomás por el EZLN, sino que viene de varios siglos de resistencia indígena y de la propia experiencia zapatista, y es como el autogobierno de las comunidades. O sea que no es que viene alguien de afuera a gobernar, sino que los mismos pueblos deciden, de entre ellos, quién y cómo gobierna, y si no obedece pues lo quitan.[7]

Después de su virtual aniquilación en 1974, la guerrilla rural necesitó una generación para recomponerse. En el Ejército Popular Revolucionario (EPR),

formado en 1994, convergieron los remanentes del PDLP cabañista y de la Unión del Pueblo, formada en Oaxaca en 1971 por el exguerrillero guatemalteco José María Ignacio Ortiz Vides (1941-1983). El agrupamiento guerrillero hizo acto de presencia en el primer aniversario de la masacre de Aguas Blancas acaecida el 28 de junio de 1995, cuando alrededor de 400 policías judiciales de Guerrero interceptaron en el vado del río Las Hamacas a un contingente de aproximadamente 60 personas pertenecientes a la Organización Campesina de la Sierra del Sur (OCSS). Ellas marchaban a un mitin en Atoyac para reclamar la presentación de uno de sus compañeros, y materiales de construcción y fertilizantes prometidos por el gobernador Rubén Figueroa Alcocer, hijo de Rubén Figueroa Figueroa. Alegando que había sido agredida, la policía disparó a quemarropa a los miembros de la OCSS, asesinado a 17 e hiriendo a otros 21.

En la presentación pública eperrista "unos 100 hombres y mujeres, con fusiles AK-47 y AR-15, uniformados de verde olivo, con botas y encapuchados, y las siglas del EPR en distintivos rojos colocados en el brazo bajaron de las montañas…". Alguien leyó el Manifiesto de Aguas Blancas, varias veces interrumpido por el grito de "¡Justicia, justicia, justicia!". Posteriormente, una escolta armada depositó una ofrenda floral, rindió honores a la bandera y lanzó 17 salvas en memoria de las víctimas. El EPR planteó cinco directrices programáticas aquel día: 1) el derrocamiento del gobierno antipopular y antidemocrático; 2) restitución de la soberanía popular y de los derechos del hombre; 3) solución de las demandas y necesidades inmediatas del pueblo; 4) establecimiento de relaciones justas con la comunidad internacional; 5) castigo a los responsables de la opresión política. Advertía también a autoridades, caciques y fuerzas armadas que no esperarían "indefensos a que la represión y la muerte arrebaten impunemente nuestras vidas" (La Jornada, 29 de junio de 1996).

También en Guerrero surgió en 1995 la policía comunitaria en los pueblos Na'Savi (mixtecos) y Me'Phaa (tlapanecos). El surgimiento de ésta tiene que ver con el despliegue militar ordenado por el presidente Zedillo. La presencia de las fuerzas armadas multiplicó los abusos contra la población civil, la violación de los derechos humanos y la delincuencia. Todo esto sumado a la pobreza, la carencia de servicios básicos y las precarias comunicaciones en las dos regiones más pobres de uno de los estados mayormente atrasado del país. Pronto esta forma de organización de la seguridad y gestión de la justicia local, basada en los usos y costumbres comunitarios amparados en el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), se expandió a otros lugares de la

geografía guerrerense dando lugar en 1998 a la constitución de la Coordinadora Regional de Autoridades Comunitarias-Policía Comunitaria (CRAC-PC).

La guerrilla eperrista constituyó también núcleos en Oaxaca, Puebla, Veracruz, Chiapas, Hidalgo, San Luis Potosí, Chihuahua, Morelos, el Estado de México y el Distrito Federal. Sin embargo, el EPR mostró una menor cohesión interna que su antecesor, el PDLP, dada la complejidad de sintetizar a numerosos grupos —14 participaron en su creación—, cada cual con sus liderazgos, reglas y expectativas políticas propias. En enero de 1998 se escindió la facción que daría lugar al Ejército Revolucionario del Pueblo Insurgente (ERPI), argumentando el “verticalismo” y el “dogmatismo” del EPR, además de la “pérdida de objetividad”, de “espíritu autocrítico”, de “relación con el pueblo” y “de espíritu revolucionario” por parte de la cúpula dirigente. En razón de esto, el segmento inconforme, “prácticamente toda la estructura de Guerrero” donde estaban situadas “el 60% de las columnas existentes en todo el país”, “tomó la decisión de separarse del resto de la estructura debido a las diferencias políticas que durante más de un año no encontraron punto de solución” (Proceso, 29 de junio de 1998). Finiquitada la secesión, el ejército mexicano ejecutó extrajudicialmente a 10 indígenas mixtecos y un estudiante de la UNAM, e hirió a otros más más en la comunidad de El Charco, municipio de Ayutla de los Libres (Costa Chica), el 7 de junio de 1998, asumiendo que formaban parte ERPI.

Después de la escisión del ERPI, se separaron del EPR las de las Fuerzas Armadas Revolucionarias del Pueblo (FARP), en 1998; el Ejército Villista Revolucionario del Pueblo (EVRP), en 1999; y la Tendencia Democrática Revolucionaria (TDR), también en 1999. Dos años más adelante, las FARP, el EVRP y el Comité Clandestino Revolucionario de los Pobres-Comando Justiciero 28 de Junio (CJ-28) —un grupo que se desprendió del ERPI— formaron la Coordinadora Guerrillera Nacional José María Morelos. El ERPI preparaba una insurrección nacional para el año 2000, dado que “hoy es posible incorporar al combate a miles de mexicanos y en corto tiempo será posible incorporar a millones, pero eso no puede hacerse sin el establecimiento de una estrategia y una táctica militares, fundamentadas en la profundización de nuestra reflexión y de nuestros estudios militares” (Proceso, 29 de junio de 1998). Pero en el 2000 no llegaría la revolución, sino la alternancia política a la derecha con Fox Quesada en la presidencia. Y, no obstante el declive neocardenista y la recomposición de la izquierda armada, la izquierda civil tendría una nueva oportunidad.

7

LA IZQUIERDA DEL SIGLO XXI

Tras el fin de las dictaduras militares la transición democrática en Latinoamérica se decantó hacia la derecha. Fue en la primera década del siglo XXI cuando el ánimo ciudadano viró a la izquierda: Venezuela (1999), Brasil (2003), Argentina (2003), Uruguay (2005), Bolivia (2006), Chile (2006), Ecuador (2007), Nicaragua (2007), Paraguay (2008) y El Salvador (2009). Rasgo común a varios de ellos es el vínculo con los movimientos sociales emergentes: los Piqueteros, en Argentina; los Sin Tierra, en Brasil; los Cocaleros, en Bolivia. Aunque estuvo muy cerca en 2006, México no se inscribió en el llamado ciclo progresista que parece concluido en el subcontinente con el regreso de la derecha o la involución autoritaria de algunos de estos regímenes. Venezuela y Nicaragua representan los casos extremos. De un lado, el cerco a la oposición en la rebautizada República Bolivariana. Y, en una ironía de la historia, el clan formado por Daniel Ortega Saavedra en el país centroamericano para perpetuarse en el poder sin contrapeso alguno.

Los vientos en dirección de la izquierda llegaron a Europa en la segunda década del siglo XXI, si bien ésta no ha logrado el poder (España) o naufragó en el intento de destruir el consenso neoliberal (Grecia). De todos modos, hubo un renacimiento de la izquierda: en Alemania ésta se reagrupó en Die Linke (2007) y en Francia con el Parti de Gauche (2008), el laborismo británico volvió a sus raíces socialdemócratas, Podemos (2014) rompió el bipartidismo español y la precandidatura de Bernie Sanders (2016) significó el despunte socialdemócrata en el desolado paisaje político estadunidense. A pesar de su fracaso, Syriza (2013) gobierna todavía en Grecia, una coalición de izquierda (socialistas, comunistas y el bloque de izquierda) conduce las riendas de Portugal desde 2015, y La France Insoumise, de Jean-Luc Mélenchon, obtuvo 7 millones de votos en las primarias presidenciales de 2017. No obstante, quien ha cosechado mayormente el desencanto con la globalización neoliberal ha sido la ultraderecha, particularmente en Francia, Austria y Holanda. Lo mismo en la antigua órbita soviética, con el ultranacionalismo en la Hungría de Viktor Orban y la regresión autoritaria en Polonia practicada por el Partido Ley y Justicia

(PIS), de Jaroslaw Kaczyński.

La izquierda en la transición

Desde que inició en 1979 su participación electoral, la izquierda ha tenido una votación importante en la Ciudad de México procurando integrar las políticas sociales con la agenda de los derechos individuales. A pesar del fraude, la elección de 1988 no dejó duda que la mayoría de los capitalinos habían dado la espalda al PRI. El sufragio en favor de Cárdenas rondó el 50%, duplicando prácticamente al registrado por Salinas de Gortari. Sin embargo, su mediocre desempeño como jefe de gobierno, apenas alcanzó al hijo del general para un discreto tercer lugar en la elección constitucional de 2000 (16.64% de la votación), menguado también por el "voto útil" que llevó a la derecha al poder. La jornada electoral fue desastrosa para la izquierda salvo que obtuvo el 37.7% en la capital federal.

Después de un comienzo errático, la estrategia política que consolidó la figura de Andrés Manuel López Obrador (1953) fue sumamente eficaz: la organización de comités de simpatizantes a escala nacional, el contacto directo con la gente a través de giras a todos los municipios del país, el empleo de los programas sociales para ganar clientelas políticas, la movilización constante de sus bases en grandes concentraciones públicas, marcar la pauta de la agenda pública por medio de las conferencias matutinas, un lenguaje directo y sencillo (con una fuerte carga moral) en el que claramente están identificados adversarios y aliados a través de oposiciones binarias, y la elusión de temas controvertidos que pudieran dividir a sus simpatizantes (aborto, drogas, matrimonio igualitario, etcétera). Sin embargo, durante su administración se presentaron señales alarmantes acerca de la seguridad. El 28 de junio de 2004 una impresionante columna humana de más de un kilómetro de largo circuló por el Paseo de la Reforma:

Hombres, mujeres y niños vestidos de blanco y negro caminaron en silencio hacia la plaza del Zócalo, en el corazón de la capital mexicana. Algunos llevaban pancartas que decían "Basta de secuestros" y "Rescatemos a México", y muchos relataban experiencias de secuestros vividos por ellos mismos sus familiares y conocidos. Algunos, también, exigían la pena de muerte para los secuestradores

(La Nación, 28 de junio de 2004).

Convocada por México Unido contra la Delincuencia, asociación civil fundada en 1998, el Consejo Ciudadano de Seguridad Pública —membrete de la organización semiclandestina El Yunque—, corporaciones empresariales y las grandes cadenas de radio y televisión, la derecha que habitualmente abjuraba de la protesta callejera irrumpía reclamando a la administración capitalina la ineficacia en el combate al secuestro que había crecido exponencialmente en esos años. Desbordando a los convocantes, se incorporaron a la vanguardia del contingente las madres de las jóvenes asesinadas en Ciudad Juárez, dando un sesgo más plural a la marcha. Sin hacerse cargo del significado del reclamo, el jefe de gobierno lo redujo al avieso interés de grupos empresariales y políticos en desprestigiar su gestión, más aún utilizó la desafortunada expresión de "ruido" para definir la protesta, de manera tal que abrió un flanco en la disputa política que entonces arreciaba.

Con todo, la intención de voto en 2005 registró la consistente ventaja de Andrés Manuel López Obrador en la contienda presidencial por venir. El prospecto "populista" era el enemigo a vencer, y así lo entendió Vicente Fox Quesada, alguien que, a juzgar por su visión hipersimplificada de la realidad y la propensión a la demagogia, tampoco quedaría a resguardo de la caracterización corriente de populismo. El empresario guanajuatense alentó el desafuero del jefe de gobierno cuando éste tenía una ventaja superior al 10% en las encuestas de opinión con respecto de los precandidatos de los otros partidos. Más con la intención de retirarlo de la contienda que con la de cumplir la ley, el voto mayoritario del PRI y del pan en la cámara de diputados retiró el fuero a López Obrador el 7 abril de 2005 para que enfrentara el proceso judicial abierto por la expropiación de un terreno para construir una calle. Horas antes del juicio de procedencia instruido por el congreso, la Plaza de la Constitución congregó a miles de personas que abarrotaron las estaciones cercanas del metro en apoyo del todavía jefe de gobierno. No era una multitud uniforme, excedía las corporativizadas bases perredistas de la capital, había "jóvenes y viejos, profesionistas y campesinos, más clases populares que medias". Permanecieron toda la mañana siguiendo la transmisión en vivo del juicio: "¡Fuera! ¡Mentiroso! ¡Culero!", fueron los gritos que se repitieron durante la intervención del fiscal de la Procuraduría General de Justicia (PGR), el chilpancingueño Carlos Javier Vega Memije. En el turno de López Obrador la multitud se tornó festiva,

“truenan las palmas, se suceden los ‘¡duro!’ y las risotadas” (La Jornada, 8 de abril de 2005).

Dado el inmenso costo político que representaba, subestimado al tomar la decisión, la administración foxista desistió en abril de 2006 de la acción penal y se restituyeron los derechos políticos del tabasqueño, no así su cargo al frente del Ejecutivo capitalino. No obstante, los dueños del dinero emplearon los recursos disponibles, legales e ilegales, para evitar la victoria del perredista tabasqueño. Y López Obrador, convencido de la inminencia de su triunfo, renunció a robustecer la alianza social que le permitiera superar al candidato panista, beneficiado en la recta final de la campaña por el “voto útil” de los priistas y el determinante apoyo logístico de la profesora Elba Esther Gordillo Morales. El subcomandante Marcos abandonó la Lacandona para recorrer el país en “la otra campaña” e intervenir de manera oblicua en la coyuntura electoral. Cárdenas coqueteó con la posibilidad de postularse, pero un rápido sondeo lo persuadió de que sus mejores días habían pasado. A pesar de todo, la Coalición por el Bien de Todos obtuvo 14,756,350 sufragios (35.31%), la votación más elevada de la izquierda en toda su historia, además de triunfar en 16 entidades federativas.

Alegando que fue torcida la voluntad popular, la izquierda no aceptó el resultado oficial de la elección presidencial de julio de 2006, mismo que le daba al candidato panista Felipe de Jesús Calderón Hinojosa una apretada victoria por escasos 250 mil sufragios (0.56% de la votación). Cuatro puntos porcentuales abajo, el PRI obtenía el peor resultado en 60 años. Cuando los comités distritales realizaban el escrutinio final, López Obrador citó a una “asamblea informativa” el 8 de abril. Ésta cerraba la marcha iniciada en el Museo de Antropología, que continuaba por Reforma, doblaba en Juárez y seguía hasta el Zócalo:

“¡No al fraude, no al fraude!”, coreó por varios minutos la multitud que rebasó la Plaza de la Constitución y se extendió, como una gran mancha amarilla, por las calles que confluyen al Zócalo, desde 20 de Noviembre hasta Izazaga, y desde 5 de Mayo, avenida Juárez y Tacuba, hasta el Eje Central…

Un grito de júbilo estalló cuando el candidato sostuvo que si se cuenta voto por voto se puede revertir el resultado del IFE…

Frente al templete… se colocó una monumental paloma blanca de cartón (de

cuatro y medio metros de alto por cinco de ancho) que tenía escrito en el pecho: “todos por la paz y el respeto al voto”. En el otro extremo, un gallo, también enorme, de colorido papel celofán (La Jornada, 9 de julio de 2006).

La implicación obvia era que se seguiría la ruta legal. Cuidadoso en el trato con el ejército, López Obrador le solicitó no permitir “ninguna intromisión en las sedes distritales donde se encuentran los paquetes electorales”. Quedaron previstas dos marchas en los días próximos. Y, en la tercera asamblea informativa, el 30 de julio, el candidato perredista “hizo un llamado a sus seguidores para mantener la asamblea permanente, desde el Zócalo hasta el Paseo de la Reforma, por tiempo indefinido” (El Universal, 31 de julio de 2006): 48 días para ser exactos. Aunque el candidato perredista arguyó que el plantón obedeció a la urgencia de dar una salida a la rabia de sus seguidores mediante la acción ordenada y pacífica, lo cierto es que mantuvo la atención de los medios, objetivo implícito de toda manifestación callejera. La ocupación de la plaza pública recuerda Tiananmen (Beijing, 1989), Tahrir (El Cairo, 2011), Parque Gezi (Estambul, 2013) y Maidan (Kiev, 2014). Pero ni se fracturó el régimen, ni tampoco hubo una represión masiva que activara la insurrección popular. En cambio, un segmento de la clase media y los empresarios que hicieron negocios al amparo de la administración obradorista se distanciaron del tabasqueño, cobrando la factura en la contienda de 2012.

El año electoral se desarrolló en medio de una fuerte agitación social. En mayo de 2006, Fox Quesada escarmentó a los habitantes de San Salvador Atenco quienes bloquearon la construcción de un aeropuerto alterno al de Benito Juárez en tierras ejidales de Texcoco. Con un repertorio diferente del de las protestas comunes, la movilización atenquense, que no había cedido durante el gobierno del empresario guanajuatense, trajo del campo a la ciudad la intimidante imagen de los ejércitos populares entrando a la Ciudad de México en 1914. El chirriar de los machetes friccionados contra el piso, los sombreros de ala ancha y los caballos circulando por las calles provocaron el desconcierto de los habitantes y del gobierno federal que consideraban excesiva la tolerancia de la administración perredista de la capital. A diferencia de los neozapatistas, la protesta del Frente Popular en Defensa de la Tierra (FPDF) no pretendía convencer, sino amedrentar. No buscaba el reconocimiento de sus derechos, sino que se respetaran. El semblante fiero y resuelto de los marchistas sintetizaba el mensaje.

En un operativo de casi siete horas en el que participaron fuerzas estatales y federales, la Policía Federal Preventiva tomó San Salvador Atenco haciendo más de 200 prisioneros y con el saldo de dos muertos. La táctica policial combinó el performance (una impresionante movilización policial cerrando todos los accesos del poblado), la sorpresa (el ataque en la madrugada), la fuerza desmesurada de la acción punitiva (allanamiento de los domicilios, amenazas, golpes, aprehensiones multitudinarias, tortura) y el botín de guerra (saqueos, violaciones). Finiquitado el asalto con la liberación de los 12 policías que la población atenquense mantenía retenidos, el gobernador del Estado de México Enrique Peña Nieto "advirtió que no entablará ningún tipo de 'negociación política' con el grupo que encabeza Ignacio del Valle, pues aseguró que su gobierno no puede sentarse a dialogar con quienes transgreden el orden y faltan a la ley" (El Universal, en línea, 5 de mayo de 2006). Al dirigente de los ejidatarios se le recluyó en el penal del Altiplano dictándosele una condena de 112 años de prisión, y 31 a 12 de sus compañeros capturados en la acción policial. Poco más de cuatro años permanecerían recluidos.

La "comuna de Oaxaca" duraría seis meses teniendo por epílogo la intervención de 4,500 elementos de policía federal el 29 de octubre de 2006. La Sección 22 de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE) formuló a las autoridades un pliego petitorio de 17 demandas concentradas en el salario y el mejoramiento de la infraestructura educativa. El gobernador Ulises Ruiz Ortiz ignoró el planteamiento y la huelga estalló el día 22 de mayo. En respuesta, los mentores realizaron un plantón en el centro histórico de la capital (50 cuadras aproximadamente), siendo secundados por múltiples agrupaciones sociales. El 1 de junio el congreso local aprobó un punto de acuerdo donde exigió a los maestros regresar a clases, amagando con utilizar la fuerza pública. Éstos contestaron impidiendo el acceso al aeropuerto internacional de Oaxaca y con una enorme movilización que congregó entre 80 y 100 mil personas.

En tanto que la iniciativa privada cerró filas con el gobernador y apoyó el desalojo de los profesores, los educadores respondieron con una nueva marcha (la tercera para ese momento), la formación de la Asamblea Popular de Pueblos de Oaxaca (APPO) y otra concentración masiva. Además, los insurgentes tomaron 14 presidencias municipales. Ardía la entidad y López Obrador había arrollado en Oaxaca con más del 46% de la votación. El 30 de septiembre helicópteros de la marina realizaron vuelos de reconocimiento en la antigua Antequera, mientras tropas federales desembarcaron en Salina Cruz y Huatulco. Por su parte, "provocadores" (en realidad, escuadrones de la muerte formados

por policías y sicarios) atacaron con armas de fuego los plantones instalados en varias plazas, además de las barricadas improvisadas en las colonias y otros puntos estratégicos de la capital. En el asalto, los federales emplearon tanquetas y armas de fuego, lanzaron gases lacrimógenos y agua a presión. Sin embargo, demoraron 10 horas en desmontar las barricadas y recuperar el centro histórico oaxaqueño. Despejado el terreno, en los días siguientes permitieron a las bandas criminales del gobernador Ulises Ruiz ir tras los inconformes, pereciendo 26 personas.

El plantón de Reforma y la "comuna de Oaxaca" eran para el presidente electo Calderón Hinojosa expresión del caos, de una lucha fratricida sembrada por "un pasado de violencia". El líder de "los pacíficos", como entonces se hacía llamar en involuntaria ironía, comenzó a dar forma a un discurso del orden —caro a la derecha— arrumbando el tema del empleo que había enfatizado en la campaña. Tanto el afán de legitimarse después de una elección apretada y cuestionada por un tercio de la población, como la determinación de emplear la mano dura hacia los movimientos sociales que se salían de control pesaron en la decisión calderonista de militarizar al país. De hecho, la protesta callejera declinó considerablemente durante los dos primeros años de la segunda administración panista, reactivándose cuando tomó las acciones iniciales de lo que después llamarían reformas estructurales, tocando en principio a los gremios de maestros y electricistas.

Con el paro de 2008 la disidencia magisterial articuló una poderosa resistencia frente a la Alianza por la Calidad Educativa, intento calderonista por regular la carrera docente, para lo cual signó un acuerdo con la profesora Gordillo Morales, aliada estratégica del panismo en la elección de 2006. En Morelos cobró vigor la movilización de los mentores, quienes realizaron una manifestación multitudinaria en Cuernavaca el 23 de agosto. Iniciada días atrás, la suspensión de labores se prolongó un par de meses. En octubre, varias secciones de la CNTE realizaron un plantón en el centro de Ciudad de México para obtener la derogación de aquel convenio. Utilizando el repertorio de la sección 22 de Oaxaca, los educadores inconformes bloquearon la circulación en las calles República de Brasil, Luis González Obregón y República de Venezuela, además de instalar carpas para pernoctar. El magisterio disidente no consiguió acabar con la Alianza por la Calidad Educativa, pero logró neutralizarla en las entidades donde tenía fuerza.

La medianoche del 10 de octubre de 2009 militares y policías federales ocuparon

las instalaciones de la Compañía de Luz y Fuerza del Centro una hora antes de que el Diario Oficial de la Federación publicara el decreto de extinción de la empresa estatal bajo la consideración de que era financieramente insostenible. Curtido en la lucha desde su fundación en 1914, el Sindicato Mexicano de Electricistas (SME) detentaba la titularidad del contrato colectivo, lo que hacía prever un conflicto largo, y así fue. No había pasado ni una semana y el sindicato organizó una nutrida manifestación que partió de la glorieta de la Diana Cazadora, en Reforma, y culminó en el Zócalo. López Obrador estuvo entre los presentes, y el jefe de gobierno Marcelo Ebrard Casaubón (1959) ofreció coadyuvar a la resolución del conflicto facilitando la comunicación entre las partes. A partir de entonces y en los siguientes seis años, el SME realizó innumerables acciones de protesta: mítines en las calles del centro de la capital, plantones y bloqueo de vialidades, y quizás, aunque nunca probado, sabotajes en la vetusta red eléctrica.

El "estamos hasta la madre" —título de la carta abierta de Javier Sicilia "a los políticos y los criminales"— resonó en todo el país en 2011, año en el que la violencia criminal multiplicada por la estrategia para combatirla alcanzó el pico más alto. Con esa sonora expresión de hartazgo, el Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad (MPJD) señaló los monstruosos costos humanos que la guerra contra el narcotráfico endosaba a la sociedad en nombre de la cual Calderón Hinojosa tomó la determinación de realizarla. Justo eso le recriminaron en el mitin del 8 de mayo en el Zócalo. En un discurso claro y contundente, el poeta desmenuzó las complicidades de los mundos del dinero y la política detrás el negocio de las drogas, la omisión del congreso en no llamar a cuentas al presidente Calderón Hinojosa que emprendió una guerra sin su autorización, la sordera de los políticos que no escuchan los reclamos de una sociedad agraviada y dolida, y la hipocresía estadunidense, que forzaba la guerra en México pero beneficiaba a su economía con el lavado de dinero y el tráfico de armas. Sicilia señaló también que todos los partidos habían sido penetrados por el crimen organizado, además de que el consumo de narcóticos debería enfrentarse como un asunto de salud pública y no con la militarización del país que, en lugar de acabar con el problema, hacía a los ciudadanos víctimas por partida doble. Era la voz de un hombre de fe que cuestionaba la "guerra santa" de un católico obcecado. La lectura de testimonios atroces de los daños de la guerra a la población y las palabras de otras víctimas de los despropósitos gubernamentales (el incendio de la guardería ABC en Hermosillo) se acompañó en algún momento de globos blancos que soltaron en recuerdo de las víctimas y del tañer de las campanas de la catedral metropolitana. El acto, y la caravana misma,

convocaron a expresar el dolor, pero sobre todo a la reflexión.

Pese a la gran expectativa que generó el encuentro de junio de 2011 en el alcázar del Castillo de Chapultepec, descrito en el twitter del presidente michoacano como “experiencia intensa y aleccionadora”, en realidad no dejó lección alguna al gobierno federal. La estrategia para enfrentar el crimen organizado permaneció prácticamente intacta, ni la administración panista fue capaz siquiera de dar una cifra confiable con respecto del número de víctimas (muertos, desaparecidos, desplazados, etcétera). Dice ahora Sicilia:

Todavía recuerdo con un profundo desagrado a Calderón diciendo frente a las víctimas que le exigíamos pedir perdón a la nación y cambiar la estrategia: “Yo asumo la responsabilidad moral de esta lucha”. Una retórica de bravucón, la prueba de que en el fondo no asumía nada. Si realmente hubiera tenido conciencia de la gravedad de sus palabras, del peso específico de lo que significa cargar la muerte de 40 mil personas y 10 mil desaparecidos de ese momento, viviría… profundamente desgarrado. No se puede llevar una responsabilidad así sin una carga inmensa de sufrimiento.[1]

De la unidad a la fragmentación

La matanza de la Plaza de las Tres Culturas marcó por generaciones la imagen que los jóvenes universitarios tendrían del régimen (autoritario, represor, corrupto e ineficaz) y permitió identificar el objetivo visible de la acción colectiva. Cercana la alternancia democrática, el gobierno priista tuvo que hacerse cargo de la huelga estudiantil que paralizó la UNAM cerca de un año. Por su parte, las administraciones panistas no enfrentaron acciones estudiantiles de consideración, aunque sí importantes movilizaciones sociales, la oposición de izquierda más poderosa de que se tenga memoria y la protesta pacífica de los familiares de las víctimas de la desquiciada guerra contra el narcotráfico que Calderón Hinojosa emprendió sin ningún cálculo sensato de las consecuencias.

En un acto de campaña que parecía rutinario, frente a un público habitualmente dócil, el candidato puntero en la elección constitucional de 2012 Enrique Peña Nieto salió furtivamente del campus de la Universidad Iberoamericana, después de esconderse en un baño, tras ser increpado por los estudiantes a propósito de la represión en San Salvador Atenco quienes le gritaban “cobarde, la Ibero no te quiere”. Las televisoras editaron los momentos escabrosos del encuentro en Santa Fe, por lo que la indignación cundió entre los estudiantes al contrastar la experiencia matutina con lo que aquéllas transmitieron por la noche. Y, ante la acusación de la jefatura priista de que eran “porros” y “acarreados”, 131 estudiantes mostraron en un video sus credenciales además de decir su número de matrícula y nombre. Para la noche, el hashtag #131alumnos de la Ibero, se había convertido en trending topic mundial. Nació así el movimiento #YoSoy132.

El movimiento fue efímero, en parte por su horizontalidad, escasa estructuración y autonomía irrestricta de cada una de las asambleas locales, lo que provocó que cada una hablara por sí misma pero que se interpretara como si lo hiciera a nombre del conjunto (al fin y al cabo todas eran #YoSoy132), confundiendo a la opinión pública y perdiendo eficacia sus mensajes; también, debido a que redujo su horizonte a la elección constitucional de 2012, quedándose sin propuesta para el día después. No obstante, animó una contienda deslucida en la que se anticipaba la victoria del PRI e hizo marchar unido al alumnado de las universidades públicas y privadas. De acuerdo con una crónica periodística, en la

manifestación del 24 de mayo la avenida Reforma se llenó de pancartas en las que los alumnos del Tecnológico de Monterrey, la Universidad Autónoma Metropolitana, el Instituto Politécnico Nacional e inclusive de otros estados se pronunciaban en contra del monopolio mediático.

La deficiente coordinación del movimiento, el escaso control sobre sus bases y la falta de un núcleo de activistas medianamente profesionalizados (con una representatividad incuestionable) permitió ganar posiciones a los grupos radicales, mejor organizados que el alumnado que por primera vez se manifestaba en el espacio público. Con la entrada en escena de los radicales, autodefinidos como “anarquistas”, la protesta social dirigida en principio contra la asunción de Peña Nieto abrió una vertiente antiestatal además de confrontada con el poder económico. No obstante, el nuevo énfasis se confundió en la maraña de eventos ocurridos el 2 de diciembre y en las múltiples interpretaciones que ofrecieron actores y medios. Abundaron acusaciones, deslindes y evidencias (objetivas o fabricadas), pero de lo que no hay duda es de la impericia y brutalidad policial además de la presencia “de varios grupos de personas embozadas, con máscaras antigás y paliacates, que intentaban derribar las barricadas instaladas desde hace una semana sobre la avenida Eduardo Molina”. Horas más tarde, “los choques entre policías y anarquistas llegaron a la esquina de Reforma y Bucareli, donde un grupo compacto de personas con el rostro cubierto destrozó cajeros automáticos y los vidrios de un edificio de Bancomer y oficinas alternas de El Universal” (El Universal, 2 de diciembre de 2012). Aparte de decenas de heridos y consignaciones arbitrarias, un activista sufrió una herida fatal por un proyectil detonado por las fuerzas del orden.

El ánimo militarista de Felipe Calderón Hinojosa, su nula interlocución con las clases populares, los balbuceos de las reformas estructurales (Alianza por la Calidad Educativa, liquidación de la Compañía de Luz y Fuerza del Centro), la desaceleración económica al final del sexenio y la inminencia del regreso del PRI a la presidencia revivieron las posibilidades electorales del PRD, después de las desafortunadas iniciativas obradoristas de ocupar el Zócalo y el Paseo de la Reforma, además de ungirse “presidente legítimo”. El personalismo e intolerancia del tabasqueño, aunado a que había construido una estructura organizativa a su disposición de la cual él personalmente se ocupaba, había debilitado su posición dentro del PRD perdiendo los hilos a manos de la corriente Nueva Izquierda mejor conocida como los Chuchos. Esta corriente, formada por exmilitantes del PST y exguerrilleros de la Liga Comunista 23 de Septiembre, se hizo del aparato partidario en 2008 tras la desastrosa conducción

de Leonel Cota Montaño (1958).

Confrontado López Obrador con los Chuchos, las filas perredistas solamente las cohesionó la expectativa de obtener muchas curules en la elección constitucional de 2012, fracturándose tras la derrota la izquierda nacionalista. Contra todo pronóstico, menos aún el de las casas encuestadoras que mostraron un sesgo poco profesional en favor del candidato priista, en la elección constitucional de 2012 el político tabasqueño consiguió 15,896,999 votos (31.59%). Esto sumaba alrededor de un millón más que en 2006 y 2 millones 400 mil por encima del total de sufragios captados por los candidatos a diputados del Movimiento Progresista, la coalición que lo postuló. Fue en el centro y el sur del país, si bien no entre la población más pobre y marginada, donde el candidato presidencial de la izquierda obtuvo sus mejores números.

Dos meses después de la elección, López Obrador anunció en un acto público su separación del Frente Progresista —integrado por el PRD, Movimiento Ciudadano y el Partido del Trabajo— con el objeto de transformar al Movimiento Regeneración Nacional (Morena) en un partido político, constituyéndose como tal en noviembre de 2012. Asociación civil desde septiembre de 2011, Morena logró el registro como partido político nacional en julio de 2014. Y, prácticamente en paralelo a la constitución de Morena, la dirigencia del PRD inició las negociaciones con el PRI, el pan y el gobierno entrante que culminaron con la firma del Pacto por México en diciembre de 2012, oxígeno puro para las tambaleantes dirigencias opositoras.

El Pacto por México dañó irreparablemente la imagen del PRD ante los ojos de la militancia y de sus simpatizantes, y dio la oportunidad perfecta a López Obrador no sólo para justificar la ruptura sino para tomar una posición ventajosa en la nueva geometría política. La imagen de líderes y gobernadores perredistas y panistas acompañando al presidente priista como si formaran parte de su gabinete a sólo un día de haber tomado posesión, permitió al tabasqueño ilustrar el statu quo que sumaba ahora a la izquierda domesticada. Él y su movimiento no aparecían en la foto, quedaban a resguardo de los arreglos palaciegos. Por exclusión ellos eran el outsider, el receptáculo natural de toda oposición a las reformas estructurales y de los desaciertos de la administración de Peña Nieto. En el horizonte de la política institucional no había nadie quien disputara a Morena esa posición que le permitiría procesar el hartazgo de una sociedad exasperada.

Desde la óptica obradorista, con el pacto, el PRD formaba ya parte de la “mafia del poder”: un socio menor, claro está. Más que firmarlo —después de todo el papel de los políticos es justamente pactar—, se objetó a la dirección perredista que las reformas aprobadas en una primera etapa no estaban en el programa de la izquierda e incluso, la energética y la educativa, lo contradecían. Las modificaciones legales que sí coincidían con reivindicaciones históricas de la izquierda —el seguro al desempleo, por ejemplo— fueron postergadas para 2016, sin indicios sólidos en el sentido de que fueran a concretarse. Aunque el pacto apuntaló a Nueva Izquierda ante la sangría que provocó al partido la constitución de Morena, y la alianza del PRD con el pan en las elecciones de 2016 tuvo un objetivo similar, no lograron contener el desplome electoral que finalmente ocurrió. A cuatro años de la escisión, el PRD había perdido la mitad de su electorado.

Los movimientos sociales

Como una forma de política popular los movimientos sociales interpelan al poder, en particular al Estado, presentando un conjunto de demandas estructuradas que consideran deben ser atendidas. Cuando este diálogo es fluido, y las reivindicaciones legítimas, esto es, que no generen privilegios para un segmento de la sociedad, sino que extiendan los derechos de todos, fortalecen la vida democrática de las sociedades. Sin duda, la protesta pública creció en la transición democrática, no porque se incrementaran las garantías para quienes se movilizaban, pues mal que bien también se respetaban antes del año 2000, sino a causa de que la sociedad política es poco receptiva a las demandas surgidas en la sociedad civil. Con ésta se desarrolló la competencia política, pero continuó manteniéndose una interlocución muy pobre con la sociedad. El defectuoso vínculo entre gobernantes y gobernados permanece todavía inalterado.

La Gran Recesión (2008-2011) relanzó los movimientos sociales en los Estados Unidos y Europa. Con ella, las víctimas de una globalización excluyente —gestionada por el consenso político neoliberal que sólo concibe la alternancia centro derecha/centro izquierda— ocuparon las plazas para defender el trabajo, la vivienda o los derechos adquiridos tras décadas de lucha. Zuccotti Park (2011), en el corazón financiero estadunidense; los Indignados (2011), en la Puerta del Sol madrileña; la Generación de los 700 euros (2011), en la Plaza Sintagma ateniense; y Nuit Debout (2016), en la Plaza de la Constitución parisina. Algunos de estos movimientos evolucionaron hacia formas políticas, como fue el caso de Podemos y Syriza; o alimentaron la oposición de izquierda en el Partido Demócrata de los Estados Unidos con la campaña de Bernie Sanders.

La reforma educativa de 2012 midió fuerzas entre la nueva administración priista y la CNTE. Del paquete de reformas estructurales realizadas por el gobierno federal la que provocó mayor resistencia fue justamente ésta, debido quizás a que el adversario en turno estaba fogueado en la lucha y contaba con una fuerte cohesión gremial, mezcla de prácticas autoritarias, prebendas y genuina adhesión de sus bases. Dirigida a recuperar el control de la gestión educativa por parte de la SEP mediante la introducción de mecanismos de evaluación de los profesores, la reforma logró imponerse con la aquiescencia del

Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), doblegado por la consignación penal de su presidenta vitalicia, y con una fuerte oposición de la CNTE, especialmente en los estados de Oaxaca, Guerrero, Chiapas y Michoacán. Sumando la participación marginal de otras, las secciones magisteriales de estos estados tuvieron en vilo a la población de Ciudad de México durante cuatro meses y, por tiempo indefinido, a las de sus respectivas entidades.

Al comenzar el ciclo escolar 2013-2014 alrededor de dos millones de alumnos de educación básica y media se quedaron sin clases por el paro magisterial en las cuatro entidades ya mencionadas. Tan sólo en Oaxaca, la cifra alcanzó un millón 300 mil. Además de la abrogación de la reforma educativa, la sección 22 de la CNTE reclamaba en el estado sureño hacer lo propio con la reforma laboral y procesar penalmente a Ulises Ruiz por los asesinatos de 2006. A los pocos días, los maestros inconformes bloquearon los accesos al Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México y amagaron con permanecer en la plancha del Zócalo durante las fiestas patrias, sitio que ocupaban desde el 9 de mayo. Focos rojos se encendieron tanto en el gobierno federal como en el capitalino que, mediante un operativo policial, “limpiaron” la Plaza de la Constitución. Concluida la recuperación de este espacio público —perdido a partir de entonces por los movimientos sociales a consecuencia de la intransigencia de la CNTE—, “grupos de embozados, simpatizantes del magisterio y los autodenominados ‘anarquistas’ se confrontaron con elementos de la policía federal” (El Universal, 14 de septiembre de 2013).

El asesinato de seis personas y la desaparición de 43 estudiantes la noche del 26 de septiembre de 2014 en Iguala mostraron que la frontera entre el crimen y el Estado podía borrarse. Si el MPJD visibilizó las víctimas civiles de la guerra, Iguala constató que además estaban inermes. No fue un hecho aislado, sino extremo, por eso dio sentido a las experiencias fragmentarias de muchos. La acción colectiva, la empatía que generó en otros países y el ciclo de movilizaciones que arrancaron desde el segundo tramo de la administración calderonista y se intensificaron con el regreso del PRI a Los Pinos, potenciaron el alcance del acontecimiento. Las masacres silenciadas eran ya cosa del pasado, pero las autoridades no lo comprendieron, reaccionando tarde y mal, al grado que ya será prácticamente imposible que ofrezcan una versión convincente de la noche de Iguala. La protesta se extinguió, llevándose con ella una porción de la de por sí escasa credibilidad gubernamental. La simultaneidad de la era de la globalización hizo que los 43 de Ayotzinapa recorrieran el mundo. Entretanto, el

29 iniciaron las movilizaciones en Chilpancingo y el 8 de octubre en la Ciudad de México. En Guerrero la disidencia magisterial dominó la protesta rápidamente, mientras en la capital federal hubo muchas y muy variadas acciones colectivas. El 20 de noviembre desde tres puntos distintos de la ciudad —el Ángel de la Independencia, Tlatelolco y el Monumento a la Revolución— un nutrido contingente marchó hacia el Zócalo:

La frase inicial era la misma, contar hasta 43 y exigir justicia. Gritos de "Vivos se los llevaron y vivos los queremos", haciendo eco de las últimas manifestaciones.

Pero conforme fue avanzando la marcha, el grito cambió: los miles de manifestantes decían, en conjunto, "¡Fuera Peña!", y al pasar por Insurgentes y Reforma el coro de "¡Senado maneja el narcoestado". Algo cambió de las veces anteriores, pues el grito de "¡Fue el Estado", fue sustituido por una frase más larga pero más articulada: "¡Ahora, ahora, es indispensable… que se presenten vivos y castigue a los culpables!".

Y un "¡Gaviota, ratota, devuelve la casota!", retumbaba en el Hemiciclo a Juárez.[2]

Con los padres de los jóvenes desaparecidos al frente del contingente que partió del Ángel, la concurrencia reunió la diversidad cultural y política de una sociedad compleja: desde los duros de la Coordinadora Estatal de Trabajadores de la Educación de Guerrero (CETEG) —agrupados de acuerdo con la cuadrícula administrativa de la SEP—, membretes guerrilleros, los ecologistas de Greenpeace, los artistas del Faro de Oriente, los activistas pro-legalización de la marihuana, colectivos feministas, ciclistas organizados, una asociación de masones, un grupo de invidentes, familias enteras, ciudadanos sin adscripción colectiva. De Tlatelolco llegaron los universitarios: los decanos (UNAM, UAM, Politécnico) y los noveles (ITAM, CIDE, Libre de Derecho, Tecnológico de Monterrey). Del Monumento a la Revolución partieron los sindicatos y las organizaciones sociales. No había duda, la geografía de la marcha indicaba también una historia ahora unida en un flujo humano continuo hacia el Zócalo. Cada cual con un locus propio que remitía a símbolos y luchas pasadas, las

organizaciones civiles, los estudiantes y los sindicalistas adoptaban la causa común de los derechos humanos, el referente universalista que daba sentido a la manifestación pública, evitando que se redujera a una reivindicación sectorial o identitaria.

También se han movilizado las clases medias, hecho no muy común, más si consideramos que la manifestación callejera surgió hace 200 años como el instrumento para expresar las demandas de las clases populares carentes de derechos políticos. Y en México todavía menos, pues el régimen autoritario, que organizó e integró en “sectores” del PRI a los distintos grupos sociales, reservó la calle para autocelebrarse en los desfiles oficiales, permitiendo únicamente a regañadientes (no exentos de macanazos o ataques directos a los manifestantes como ya vimos) la protesta de los trabajadores, que pretendían emanciparse del corporativismo (maestros, ferrocarrileros, mineros); y de la oposición de izquierda, particularmente los comunistas. La estigmatización de la protesta de los subalternos, cuando no su criminalización, sobrevivió a la alternancia democrática. Tampoco es habitual que los medios masivos de comunicación den una amplia cobertura al emplazamiento y desarrollo de la protesta pública. La constante ha sido más bien la contraria: la movilización callejera se presenta en los medios obliterando sus antecedentes y propósitos, esto es, descontextualizada, y los resultados se exhiben con lujo de detalles sólo cuando la protesta adopta formas violentas. En esta política de la imagen, lo que los medios consideran aceptable destaca por la coherencia de su narrativa; y lo que desaprueban, lo presentan como irracional.

En la marcha blanca del 12 de febrero de 2017, citada por #VibraMéxico, participaron organizaciones civiles, profesionales de la opinión, funcionarios universitarios, fundaciones y empresas privadas, agrupaciones defensoras de los derechos humanos, la Central Campesina Cardenista, la Institución Nacional del Día del Abogado y múltiples membretes aún más enigmáticos. La Asociación Alto al Secuestro, por discrepancias con respecto del destinatario del reclamo (Donald Trump, Peña Nieto o ambos), decidió hacer su propio acto de “unidad nacional”. Y, sin hacer distingos entre la convocatoria de #VibraMéxico y #MexicanosUnidos, Enrique Peña Nieto “celebró el llamado a participar en la marcha por la unidad nacional de este domingo, pues expresará la gran fortaleza de México” (aristeguinoticias.com., 10 de febrero de 2017). “México is and shall be respected. Hope you can hear the voice of millions of Mexicans today chanting”, tuiteó Vicente Fox fustigando a Trump, quien ni lo ve ni lo oye.

#VibraMéxico convocó a una emoción común, al sentimiento patriótico compartido por todos (aunque no haya nación indígena o pueblo originario entre los suscriptores), por lo que el clímax colectivo consistió en la entonación del himno nacional en el Ángel de la Independencia (el origen de la nación, si confundimos la nación con el Estado nacional) replicado en 20 plazas del país. En tanto que las reivindicaciones específicas de la movilización iban dirigidas al Ejecutivo federal: 1) defender a México y a los mexicanos ante las amenazas del gobierno de Trump; 2) anteponer los intereses de los mexicanos en toda negociación con el gobierno norteamericano; 3) requerir que el gobierno informe de manera permanente sobre las negociaciones con Estados Unidos; 4) exigir al gobierno de México evitar la simulación y asumir acciones concretas e inmediatas para combatir la pobreza, la desigualdad, la corrupción y la impunidad; 5) demandar el respeto y la protección de los derechos de toda persona, independientemente de su nacionalidad, condición migratoria, raza o religión; 6) establecer el respeto, cooperación y solidaridad como bases del entendimiento y amistad entre las naciones. En palabras de su más activa promotora: "El llamado a esta marcha, queremos ser muy claros, es de y para los ciudadanos, sin importar ideología, filiación política, preferencia sexual o religión. Es una expresión apartidista, pacífica y respetuosa para defender los derechos de todos, exigir un buen gobierno, fortalecer nuestras instituciones y celebrar el orgullo de ser mexicanos" (El Universal, en línea, 12 de febrero de 2017).

Puntuales, a las 12 del día partieron los primeros contingentes del Auditorio Nacional en dirección del Ángel cantando "Cielito lindo" y echándole porras a "México". Vestidos de blanco algunos, otros más enfundados en la playera de la "Verde". Carteles donde se leía "Stop", "Puros partidos políticos corruptos" o "Fuera Trump". Policías bloquearon a un grupo de manifestantes que gritaban consignas contra Peña Nieto, saliéndose del guion de lo permitido por la "unidad nacional". Un conocido intelectual tuiteó que "no marchar proyecta pasividad, indiferencia y hasta cobardía". "Ya basta!!! Gringo racista, Trump de mierda, Hijo de Satanás, eres un peligro para el mundo", firmó Juanito desdoblado en sociedad civil. Abundaron las banderitas de 10 pesos cada una. Las autoridades capitalinas estimaron en 18,500 a los marchistas. Mientras del otro lado de Reforma, procedente del Hemiciclo a Juárez, la columna de #Mexicanos Unidos coreaba un "México no se raja" en algo parecido a un desfile escolar de aproximadamente 1,500 personas. A eso de la una de la tarde #VibraMéxico y #MexicanosUnidos convergieron en el Ángel. Ya mezclados, algunos interpretaron el himno nacional antes de derribar un muro "construido con cajas

de leche” (Milenio, en línea, 12 de febrero de 2017). Casi al concluir, la promotora de #MexicanosUnidos, Isabel Miranda de Wallace, intentó tomar por asalto las escalinatas del Ángel, pero fue repelida por el bando contrario.

Evidentemente, los reclamos de #VibraMéxico y #MexicanosUnidos expresan demandas compartidas por muchos, reivindicaciones difícilmente recusables por los ciudadanos. No obstante, sorprende el momento en que toma la calle esta voz colectiva que habla en nombre del interés general, más representativa de las élites criollas que del México plebeyo. Ésta fue sumamente tolerante con los responsables del desastre nacional, en su virtual monopolio de la esfera pública celebró “Mover a México” y no tomó la calle cuando la violencia del poder (estatal, criminal, del dinero) se ensañó con los débiles, transmutados ahora en “su causa”, en motivo de la marcha blanca. Con la administración de Peña Nieto, acorralada por su ineptitud y corrupción, y carente de interlocución con las mayorías —basta ver las encuestas sobre la aprobación presidencial, la más baja desde que hay registro— emergió esta contraparte civil donde podría reverberar el discurso público de un régimen que ya dio de sí.

Los movimientos sociales no han generado formas políticas que les permitieran ganar espacios en la esfera pública, y su rechazo explícito a la política (identificándola con los partidos) los debilita cuando la movilización se repliega. De esta manera, pese a la intensa acción colectiva en los 15 años que van de alternancia democrática, los cambios han sido mínimos y el desgaste del régimen, en aumento. No obstante, la protesta pública ha servido para generar consensos amplios en torno a los derechos humanos, visibilizar los reclamos de los pueblos originarios y a las víctimas de la guerra contra el crimen organizado, además de demandar transparencia y pluralidad a los medios masivos de comunicación.

En cuanto a las reivindicaciones gremiales, los electricistas recuperaron parte de lo perdido con la extinción legal de la Compañía de Luz y Fuerza del Centro. Y los maestros, con su política de todo o nada, retrocedieron. Salvo el del magisterio, donde es discutible si el interés sectorial se antepone al interés general, todos los demás movimientos sociales de los que hablamos atañen no sólo a la construcción de la democracia mexicana sino reclaman el cumplimiento de las obligaciones elementales del Estado como son las de proteger a los ciudadanos o respetar (y hacer que se respeten) los derechos humanos en todo el territorio. El #YoSoy132 puso en la mesa de discusión la relación entre los medios de comunicación (en particular la televisión) y la política, así como la

necesidad de abrirlos al debate público permitiendo que se exprese la pluralidad de opiniones, condición indispensable para la solución racional de los conflictos o su conducción por vías pacíficas. Ni qué decir de las respuestas sociales hacia la inseguridad o en defensa de los derechos elementales de la población, reclamo no sólo genuino sino condición de posibilidad para que la sociedad funcione normalmente. Llama la atención, sin embargo, que el combate a la corrupción (política y económica) no entrara todavía de manera consistente en la agenda de los movimientos sociales que, con un talante resignado, permanecen ajenos a esta demanda cardinal de las luchas contemporáneas.

8

LA IZQUIERDA HOY

Dijimos que la izquierda surgió para resolver la cuestión social, que ésta constituye su seña de identidad fundamental. El origen ilustrado de la izquierda la compromete con la razón y con la ética secular que la acota, por lo que busca construir una opción civilizatoria para recuperar el dominio de los hombres sobre las cosas, que ponga límites a las posibilidades fáusticas, y a la vez destructivas, de la razón instrumental. La izquierda aspira a un orden económico justo y equitativo dentro del cual el bien común esté por encima del interés individual, a terminar con la desigualdad social, potenciar las capacidades y multiplicar los disfrutes comunes, acabar con la explotación y las distintas formas de sujeción, acrecentar los derechos individuales y reconocer los derechos sociales, bregar por la autodeterminación de los pueblos y la convivencia pacífica entre las naciones.

Los modelos esbozados por la izquierda para concretar estos objetivos están basados en la asociación, sea bajo formas cooperativas, pactos solidarios u organizaciones de resistencia. Todos éstos suponen mecanismos redistributivos para asegurar a los miembros del cuerpo social el acceso a un mínimo de bienestar que les permita ejercer su libertad al margen de la coacción, sin el apremio de la necesidad y con insumos adecuados para la deliberación pública. La izquierda ha significado la democracia como radical, extensiva, social e incluyente. Considera también el control de los representantes por parte de los electores y la rendición de cuentas, por lo que plantea en la revocación de mandato, el empleo de mecanismos de participación ciudadana basados en la democracia directa y el empoderamiento de las clases populares.

La izquierda debe adecuar su ideario histórico con las condiciones actuales, no para minimizar sus objetivos, sino para alcanzarlos. Para abonar su comprensión, este capítulo final expondrá las líneas maestras desarrolladas por la izquierda internacional en los años recientes para después presentar las propuestas de las distintas corrientes de la izquierda mexicana, con el fin de entablar un diálogo entre ambas e informar al lector sobre lo que debate la izquierda de hoy. Y, ante la inminencia de la elección constitucional de 2018, cerraremos el volumen

presentando un panorama de los retos, opciones y posibilidades de las izquierdas (por separado y agregadas) en la contienda política por venir.

Las izquierdas emergentes

Las nuevas izquierdas occidentales surgieron en respuesta a la gestión de la Gran Recesión realizada por el binomio centro derecha-centro izquierda que alterna el poder en la globalización, aunque comparte los postulados económicos neoliberales. Este manejo de la crisis implicó inequívocamente la austeridad, el decremento del gasto social y la pérdida de conquistas laborales en materia de jubilación, estabilidad en el empleo y salario. Con el trasfondo de los movimientos sociales detonados en 2011, las izquierdas emergentes han desplazado a las antiguas formaciones socialistas que surgieron en los siglos XIX y XX al amparo de la socialdemocracia, pero que en la ruta de la globalización adquirieron un perfil socioliberal —más lo segundo que lo primero —, ofreciendo la denominada “tercera vía” en el cambio de milenio. Los líderes de las nuevas izquierdas son carismáticos, partidarios de ampliar la inversión pública, tienen reservas en cuanto a la moneda única (euro) y son moderadamente europeístas. Sus adversarios de centro derecha y centro izquierda tildan a las izquierdas emergentes de populistas, la expresión más fácil para adjetivar a cualquier oposición incómoda al statu quo. Una caracterización más ponderada las denomina “nueva socialdemocracia”, en la medida en que pretenden mejorar la condición de las clases populares dentro del capitalismo.[1]

Las izquierdas emergentes latinoamericanas surgieron también de los movimientos sociales en regímenes dominados por los partidos tradicionales y gobiernos altamente corruptos. Las protestas sociales conocidas como el Caracazo (1989), el gobierno venal de Carlos Andrés Pérez (1922-2010) —destituido por el congreso en 1993— y la crisis financiera de 1994 abrieron la puerta del Palacio de Miraflores a Hugo Chávez Frías (1954-2013) como candidato del Movimiento Quinta República. En 1992 Chávez había fracasado en tomar el poder mediante un golpe de Estado, costándole dos años en prisión, pero, al mismo tiempo, incrementando considerablemente su popularidad. De todos modos, el acto de fuerza debilitó al gobierno de Pérez, más todavía con el referéndum popular de Caracas convocado por La Causa R de Venezuela que arrojó un 90% del medio millón de votos en contra de que el presidente permaneciera en el cargo.

Cuando alcanzó la presidencia venezolana en 1998, Chávez era un izquierdista

moderado, partidario de la “tercera vía”, que buscaba diversificar la economía, reducir la dependencia de los hidrocarburos e instaurar un sistema básico de protección social. La radicalización del chavismo ocurrió a consecuencia del intento de golpe de Estado de 2002 alentado por la televisión privada, el paro empresarial de finales de ese año y comienzos del siguiente, y el referendo revocatorio de agosto de 2004. Estos acontecimientos volvieron imperativo para la “Revolución bolivariana” el apoyo popular para enfrentar a la oligarquía nacional. En consecuencia, el militar barinés desarrolla un activismo regional sustentado en los altos precios del petróleo, define su proyecto político como el “socialismo del siglo XXI”, canaliza su política social a través de las Misiones bolivarianas (destinadas principalmente a la alfabetización, la cobertura médica y la alimentación) y cooperativas comunales —había 762 en 1998 y 84,000 en 2005—, funda el Partido Socialista Unido de Venezuela (2008), a la vez que cierra espacios y restringe los derechos políticos de la oposición.

El Partido dos Trabalhadores (PT) se formó en 1980 como resultado de las huelgas metalúrgicas en Sáo Paulo que dieron la puntilla a la dictadura brasileña. Entre los objetivos de la organización encabezada por Luiz Inácio Lula da Silva (1945), líder de la huelga en el complejo metalúrgico de Volta Redonda, fue alcanzar el socialismo democrático, con lo que marcaba distancia del viejo Partido Comunista Brasileiro (PCB). Lula contendió en las elecciones de 1989 y 1994, alcanzando finalmente la presidencia en 2003 y refrendándola en 2007. En ambos casos relegó al segundo sitio a los aspirantes del socioliberal Partido da Social Democracia Brasileira (PSDB) del sociólogo Fernando Henrique Cardoso (1931), quien lo había derrotado en 1994. En alianza con los movimientos sociales y partidos menores de la izquierda, la presidencia del obrero metalúrgico enfrentó el caos económico en que había dejado al gigante sudamericano la segunda administración de Cardoso. Durante su primera gestión, Lula aplicó políticas redistributivas del ingreso por medio de programas sociales robustos (Beca Familia, Hambre Cero, Universidad para Todos) y un incremento sustancial del salario mínimo, las que permitieron aminorar la desigualdad y sacar de la pobreza a 60 millones de personas en la séptima economía mundial pero el quinto país más inequitativo del orbe. Lula fortaleció la presencia internacional brasileña con la integración al grupo de las economías emergentes o BRIC en 2006 (Brasil, Rusia, India, China y posteriormente Sudáfrica) que sumaban el 15% del PIB y el 40% de la población mundial. Sin embargo, la segunda presidencia del obrero metalúrgico fue empañada por escándalos de corrupción y un alejamiento de los movimientos sociales que contribuyeron a llevarlo al poder.

Juan Evo Morales Ayma (1959) inició su actividad pública en la Confederación Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia haciéndose cargo de una de las federaciones que agrupaba a un segmento de los campesinos productores de hoja de coca. Lo eligen diputado por Cochabamba en 1997, postulado por una alianza del Instrumento Político de la Soberanía de los Pueblos con el Movimiento al Socialismo (MAS). En 2002, Morales Ayma compite por la presidencia de la República, pero es derrotado por Gonzalo Sánchez de Lozada (1930) del MNR fundado por Paz Estenssoro. Una severa crisis de las finanzas públicas, que Sánchez de Lozada trata de resolver decretando un impuesto al salario, desata una protesta social que pone en vilo su presidencia. En 2003 el empresario cochabambino instrumenta la exportación de gas boliviano por puertos chilenos —desentendiéndose del reclamo histórico boliviano por una salida marítima— lo que desencadena amplias movilizaciones de la población de El Alto en la llamada "Guerra del Gas", a lo que Sánchez de Lozada responde con una fuerte represión. Esto, aunado a la resistencia popular, acaba forzando la renuncia del empresario. Después de un interludio en el que gobiernan el vicepresidente Carlos Mesa Gisbert y el presidente de la Corte Suprema de Justicia, Morales Ayma ocupa la presidencia en 2006 habiendo alcanzado en la elección un 53.74% de la votación catapultado por el sufragio en su favor de los habitantes de El Alto. Índice que superará en su segundo mandato (2010) con un 64.22%. Morales Ayma nacionaliza los hidrocarburos, realiza una nueva reforma agraria, estatiza algunos servicios públicos privatizados por Sánchez de Lozada, nacionaliza la empresa de telecomunicaciones, recupera la propiedad estatal sobre la emblemática mina de estaño de Huanuni, reduce sustancialmente el salario a los funcionarios públicos, lanza una vigorosa campaña alfabetizadora en castellano con el apoyo de los gobiernos de Cuba y Venezuela, pone en marcha un programa de alfabetización en lenguas vernáculas y proclama una nueva constitución que define al país andino como un Estado plurinacional que reconoce el derecho a la autonomía y el autogobierno indígena con sus entidades territoriales e instituciones, así como tres tipos de democracia: la representativa, la participativa y la comunitaria.

Podemos ilustra bien la perspectiva ideológica y política de estas izquierdas emergentes. De acuerdo con Pablo Iglesias (1978), su secretario general, la transición democrática signada con los Pactos de la Moncloa (1977) generó un sistema político en que la izquierda comunista quedó subrepresentada y los intereses de los trabajadores subordinados al capital. El Partido Popular y el Partido Socialista, beneficiarios del acuerdo, gestionaron la inserción española en la globalización, lo que se tradujo en un incremento de la desigualdad, el

repliegue de la intervención estatal en la economía, el decrecimiento del gasto social, el aumento del paro y la pérdida de soberanía nacional dentro de una Europa unificada bajo la batuta alemana. Convertidas en administradoras de un Estado disminuido, el turno entre ambas fuerzas políticas propició el vaciamiento de la política y la crisis de la representación liberal. Todo esto, cebado a lo largo de la transición, estalló con la Gran Recesión que desnudó los pactos espurios entre la clase política y los dueños del dinero, la corrupción en las altas esferas del gobierno y la empresa privada, además de la desaparición de la línea entre el interés privado y el servicio público (las llamadas "puertas giratorias"). Los costos de la crisis fueron endosados por los partidos gobernantes a las mayorías mientras un puñado de ricos vieron crecer sus capitales. En respuesta surgió un movimiento social que se planteó modificar este orden injusto y del que derivó Podemos. De acuerdo con el nuevo partido, España se encuentra inmersa en una crisis de régimen de la cual únicamente podrá salir si se radicaliza la democracia, si ésta recupera su contenido sustantivo, esto es, que no baste con "un reparto de papeletas para votar o de turnos para hablar, sino [que haya] un reparto del poder".[2] Éste sería empleado para construir una "sociedad decente", es decir, un entramado comunitario en el cual todos tengan asegurada una renta básica de manera tal que a nadie se le corte la calefacción, se quede sin techo o pase hambre por carecer de dinero.

Del lado de las nuevas izquierdas latinoamericanas encontramos planteamientos semejantes, si bien con matices. La socióloga chilena Marta Harnecker (1937), intelectual del chavismo, plantea una democracia radical que articule la organización política con la fuerza social en acciones específicas que empoderen a las clases populares. La autora de Los conceptos elementales del materialismo histórico (1969) sostiene que las transiciones democráticas sudamericanas dieron lugar a democracias restringidas, en las cuales el ciudadano tiene un poder de decisión bastante limitado sobre lo público, confiscado además en el capitalismo avanzado por organismos impersonales sustraídos de cualquier control de los electores. La izquierda, arrasada con el ascenso neoliberal y el colapso socialista, debe reconstruirse revisando críticamente su historia —lo que llevaría a abandonar el vanguardismo bolchevique en favor de formaciones partidarias articuladas con los movimientos sociales— y ofreciendo una teorización del capitalismo contemporáneo que hasta el momento no ha podido elaborar. En la actualidad, piensa la alumna de Louis Althusser, esta izquierda anquilosada se comporta como los partidos tradicionales, meros instrumentos de una democracia vacua. La izquierda reconstruida, por el contrario, deberá descentrar al Estado como objeto de la política y disputar otros espacios de decisión,

preservar la democracia formal como salvaguarda de los derechos fundamentales, pero practicar y profundizar la democracia directa como mecanismo de participación y gestión de las clases populares. Una democracia sustantiva, considera Harnecker, se hace cargo de la representatividad y los derechos ciudadanos, asume el problema de la igualdad social y resuelve el conflicto del protagonismo popular en la resolución de los problemas que le atañen. Por tanto, la lucha de la izquierda habrá de centrarse en alcanzar "un tipo de democracia, construida desde abajo, para los de abajo, a través de gobiernos locales, las comunidades rurales, los frentes de trabajadores y de ciudadanos".[3] El sociólogo portugués Boaventura de Sousa Santos lo explica en estos términos:

Crear espacios políticos a partir del inicio del cambio de las relaciones de poder, pero que, una vez creados, permanecen abiertos a la creación y a la transformación, es algo que tanto la moderna teoría política liberal como la marxista nunca fueron capaces de admitir porque confundieron la toma del poder con el ejercicio del poder. En los procesos políticos transformadores que pueden presenciarse tomar y ejercer el poder son dos cosas muy diferentes.[4]

La propuesta más completa es la que ofrece Roberto Mangabeira Unger (1947). El ministro de Asuntos Estratégicos en el segundo mandato de Lula postula una tercera izquierda, alejada tanto del obrerismo comunista como de la obsecuente aceptación del neoliberalismo por parte de la socialdemocracia. Esta tercera izquierda, apunta el teórico social brasileño, estará comprometida con la democratización de la economía de mercado como con la profundización de la democracia. Esto pasa por la práctica de la solidaridad social basada "en la responsabilidad social de ocuparse de los demás". Con el objetivo estratégico de "engrandecer lo común", el profesor de Harvard recomienda fortalecer el ahorro interno incluso con impuestos regresivos como el IVA, en el entendido de que el Estado redistribuirá la riqueza. Dentro de esta lógica, los salarios no deberán quedar atados a la productividad, pues de lo que se trata es de incentivar el consumo masivo. El trabajador tendrá resguardados sus derechos elementales y el trabajo infantil será prohibido, a la vez que la globalización deberá incluir la libre circulación de la mano de obra. La palanca de la igualdad es la educación de calidad dirigida a "formar una contraélite republicana equipada para derrotar y desposeer a una élite de herederos" —uno de los planteamientos cardinales del

economista francés Thomas Piketty—, esto es, colocar al mérito por encima de la cuna. Y, al mismo tiempo, situar la herencia social —un fondo de reserva acumulado por el Estado para proveer educación, iniciar algún proyecto, etcétera — en mejor posición que la herencia privada. En cuanto a la esfera pública y el sistema político, Mangabeira Unger considera indispensable abrir los medios masivos de comunicación a los partidos y movimientos sociales, no permitir a los privados comprar espacios publicitarios para intervenir en las campañas políticas; de hecho, prefiere el financiamiento público de éstas. Y la democracia representativa habrá de complementarse con una práctica regular de la democracia directa.[5]

Por último, el vicepresidente boliviano Álvaro García Linera (1962) señala que la lucha por la hegemonía de las clases populares ocurre dentro del Estado. No obstante la naturaleza de clase de éste, así como por tratarse del centro de la dominación e incluso una comunidad ilusoria que se asume más allá del conflicto social, la institución estatal es para el sociólogo cochabambino —que sigue en esto al politólogo griego Nicos Poulantzas— la condensación material de la lucha de clases, expresa las relaciones sociales en un momento histórico determinado, constituye la representación del común y es el lugar de universalización del ciudadano/productor. Dada la centralidad del Estado, el exmilitante del Ejército Guerrillero Túpac Katari considera que “la dominación se quiebra desde el interior mismo del proceso de dominación”, por lo que la lucha de los subalternos deberá dirigirse a modificar la correlación de fuerzas dentro del Estado, a extender tanto el pluralismo político de la democracia representativa como a ensanchar los canales de participación mediante la práctica de la democracia directa. En síntesis, el socialismo es para el sociólogo de la Universidad Mayor de San Andrés “la ampliación irrestricta de los espacios deliberativos y ejecutivos de la sociedad en la gestación de los asuntos públicos y, a la larga, en la producción y gestión de la riqueza social”.[6]

La izquierda populista

Las izquierdas emergentes surgieron de la mano de los movimientos sociales y subrayan la necesidad de radicalizar la democracia, llevar a la práctica políticas redistributivas del ingreso que reviertan la creciente desigualdad social, democratizar los medios masivos de comunicación, nacionalizar empresas estratégicas, eliminar los privilegios de la clase política, romper la colusión del dinero con la política y la secuela criminal que la acompaña, incentivar la participación popular en las decisiones públicas por medio de los instrumentos de la democracia directa —pero sin renunciar a la democracia representativa como salvaguarda de la pluralidad—, reconocer los derechos e instituciones de los pueblos originarios, recuperar la intervención estatal en el ámbito económico y como promotor del desarrollo social, fortalecer el mercado interno con el incremento de los salarios y romper el consenso político neoliberal. Veremos ahora cómo se insertan las corrientes de la izquierda mexicana en esta discusión.

La nueva izquierda mexicana también fue impulsada por los movimientos sociales, si bien surgió por la escisión de fuerzas políticas preexistentes. El movimiento urbano popular potenciado por el terremoto de 1985, y el movimiento estudiantil del año siguiente, coadyuvaron a la formación del PRD en 1989. Los movimientos sociales en rechazo a las reformas estructurales empujaron a Morena en 2014. Ambos partidos surgieron en un entorno de crisis y en su momento confrontaron al establishment político. El PRD del siglo pasado se las vio con la alianza de facto del PRI con el PAN. Morena contra el Pacto por México, al que se sumó el PRD tras la defección obradorista.

Tres corrientes que provienen del siglo XIX componen la izquierda mexicana histórica: la socialista, la nacionalista y la socialcristiana. Vivas todavía, estas corrientes han alternando en importancia nutriéndose de las otras. Aunque en competencia, las izquierdas también lograron establecer alianzas estables, incluso orgánicas. Un ejemplo no tan lejano fue la fusión de los socialistas con los nacionalistas encabezados por Heberto Castillo de la que surgió el PMS, y de éste con la nacionalista revolucionaria de raigambre priista, dando lugar al PRD. El declive de la izquierda socialista se profundizó con la caída del Muro de Berlín, mientras que el debilitamiento del nacionalismo revolucionario con la globalización favoreció el indianismo neozapatista, con fuertes influencias del

socialismo marxista (Marcos) y del socialcristianismo (Samuel Ruiz), evidencia también de la convergencia de las corrientes históricas de la izquierda. Entre otras causas, el surgimiento de aquél mermó al neocardenismo (1994) y el reflujo del EZLN despejó el camino al liderazgo carismático de Andrés Manuel López Obrador con quien el nacionalismo recuperó actualidad.

Definir el populismo es cada vez más difícil dada la carga ideológica que posee el concepto, más cuando se sitúa como ahora fuera del binomio centro derecha-centro izquierda, sin que por ello quienes caben en el concepto renuncien a la participación democrática o se marginen de las instituciones republicanas. El vocablo populismo tiene significados tan diversos desde que entró en el lenguaje político después de la posguerra que en rigor es un concepto vacuo, pues funciona más para descartar a los adversarios que para entender la política. Pero, si entendemos el populismo como una lógica política —como apuntan Ernesto Laclau y Chantal Mouffe—, sin una ideología particular ni mecanismos de acción exclusivos, que emplea recursos diversos de acuerdo con las circunstancias, no hay duda de que la movilización y el discurso obradorista siguen este patrón de construcción de lo político.

El discurso de López Obrador se basa en oposiciones binarias, siendo la fundamental la que delimita la frontera entre el pueblo y “la mafia del poder”. La mafia, sabemos, es una estructura piramidal que integra corporativamente a la sociedad confiscando al Estado el monopolio de la fuerza legítima, la cual emplea para favorecer los intereses de quienes están en la cúspide, llegando a penetrar los mundos de las finanzas y la política. Toda mafia recurre a la explotación parasitaria como único modo para enriquecerse y utiliza la violencia contra los más débiles. Ambas, de acuerdo con el político de Macuspana, son consecuencia de la colusión de la política con el mundo del dinero provocada por la privatización de las empresas públicas a partir de la administración de Miguel de la Madrid Hurtado. La peculiaridad de la “mafia del poder” reside en haberse apropiado del Estado para servirse de él, en que convirtió lo público en privado. Tan es así, que México ocupa el lugar 77 en términos de igualdad a pesar de que su economía es la décimo sexta en el ranking mundial.

La izquierda socialista concibió a la clase trabajadora como el objeto de su acción y discurso político, considerándola el sujeto de la transformación radical del país. Con los movimientos sociales de los setenta, esta izquierda incorporó también a las mujeres y los jóvenes como actores del cambio. El PRD dio un giro discursivo al plantearse el rescate de la república de manos del

neoliberalismo, la creación de instituciones que remplazaran el corporativismo estatal —cimentado en el cardenismo histórico—, la recuperación de los ideales de la Revolución mexicana y la adopción del ciudadano —agregado ahora en la sociedad civil— como referente ideológico. Tras el ascenso del obradorismo en el siglo XXI se apeló al pueblo, más no al pueblo liberal (abstracto), sino el pueblo romántico, identificado con las clases productivas (empresarios honestos y trabajadores manuales) y los desposeídos: un pueblo unitario, bueno y homogéneo confrontado con las clases parasitarias (banqueros, especuladores, políticos, monopolistas), tesis que sin objeciones habría suscrito el conde de Saint-Simon.

La palabra regeneración inserta en el acrónimo Morena —reminiscencia del vocabulario político decimonónico— no supone una vuelta al principio (en ese caso sería una revolución), antes bien remite a la idea de reconstruir, de hacer que algo recupere su antigua forma o estado, enderezar. El objeto a regenerar es la nación desfigurada por el proyecto neoliberal o neoporfirista, concebida como una esencia transhistórica. Esta misión corresponde al pueblo, un pueblo movilizado que le han abierto los ojos no los políticos —otra clase parasitaria más— sino hombres probos que se distraen de sus labores cotidianas ocupándose del bien común ("la honrosa medianía" juarista). En esta lógica, el gobierno que releve al actual gracias a "una revolución de las conciencias" invertirá los roles de la función pública: servirá al pueblo en lugar de servirse del poder.

El arcaísmo y la sencillez del discurso obradorista no representa un lastre para su causa como bien podríamos pensar. Por el contrario, le ha permitido al tabasqueño convencer a un segmento importante de la población de que el cambio es posible sin que se trastoquen los cimientos de la nación y sin que tampoco las clases populares tengan que abandonar su universo de valores —carece de alusión alguna al "hombre nuevo"—, ambos escollos insuperables para la izquierda socialista del siglo anterior. López Obrador propone una suerte de revolución pacífica cuyo objetivo es realizar un proyecto comunitario que acabe con los factores disruptivos (el abuso, los privilegios, la corrupción) del pacto social y permita la convivencia armónica dentro del marco republicano. El ideario del tabasqueño remite a la comunidad ética roussoniana más que al mesianismo redentorista de un autoerigido "salvador de la patria".

2018. La salida (2017), de López Obrador, tiene el tono y la estructura del ensayo político decimonónico, incluso del socialismo romántico. Expone

primero un diagnóstico del país, posteriormente presenta algunas soluciones a los problemas más graves, para concluir dibujando un horizonte utópico en el que los males de la nación han sanado. Tomando en consideración la intención que lo anima, el público al que va dirigido, las herramientas analíticas del autor y la coyuntura particular de su elaboración, considero que el volumen puede leerse mejor en la clave de un documento político que como un tratado acerca de la globalización. Esto es, hay que preguntarnos más por el sentido que por el rigor expositivo.

Su retórica antigua diferencia la narrativa obradorista de la de sus pares de las otras izquierdas. De hecho, la obsesiva presentación de pasajes históricos en los que el tabasqueño encuentra analogías con el presente signan un relato en el que la historia se concibe como maestra de la vida, es decir, queda inscrito en el régimen de historicidad antiguo, en el que la historia se concebía como experiencia vivida que permitía aprender de ella para evitar repetir en el presente y el futuro los errores del pasado. Otra diferencia de forma a considerar es la referencia a autores que se consideran importantes. Mientras los intelectuales de las izquierdas emergentes remiten a los clásicos del marxismo o a teóricos contemporáneos de diversas corrientes, las fuentes de autoridad, sobre todo de la parte final de 2018. La salida, son de lo más disímiles: del Antiguo Testamento a la Cartilla moral de Alfonso Reyes, de Confucio a Silvio Rodríguez. Esto se debe tanto a que los intelectuales de las izquierdas emergentes tienen credenciales académicas sólidas que no posee el tabasqueño, como al propósito del discurso obradorista: mostrar en un plano meramente retórico que, más allá de cualquier credo o incluso desde el agnosticismo, todas las posturas enunciadas coinciden en la fraternidad entendida como amor al prójimo.

El diagnóstico obradorista tiene muchos puntos en común con los demás intelectuales y las experiencias de las izquierdas emergentes, más que nada en lo que tiene que ver con el tráfico de influencias, la formación de una casta parasitaria, la preservación de la soberanía sobre los recursos energéticos y la conformación de un Estado de bienestar. En su exposición, López Obrador no elabora un alegato contra la propiedad privada en general, sino acerca de un proceso particular de la privatización de los bienes nacionales que considera espurio. Desde su óptica, la transferencia de los monopolios estatales a privados (comunicaciones, minería), y la más reciente apertura del sector energético (electricidad, hidrocarburos), conformaron una nueva élite económica ligada incestuosamente con el poder político. Y, en el caso de la reforma energética, el tabasqueño destaca el vínculo de exfuncionarios públicos con la empresa privada

nacional e internacional (algo así como las “puertas giratorias” denunciadas por Podemos) detrás del tráfico de influencias que la clase política, juez y parte del lucrativo negocio, ha evadido legislar. Como señala el tabasqueño: “el modelo está diseñado con el propósito de favorecer a una minoría de políticos corruptos y delincuentes de cuello blanco que se hacen llamar hombres de negocios”.[7]

La propiedad pública sobre los energéticos es fundamental en la propuesta obradorista cuando menos por dos razones: por una parte, porque al tratarse de un recurso estratégico, fortalece la soberanía en un sistema mundial en que los Estados nacionales han perdido poder; por la otra, en función del planteamiento económico del tabasqueño, quien considera la producción energética palanca del desarrollo del país. Como contrapunto, el paupérrimo crecimiento económico, según López Obrador, es producto de la explotación parasitaria de los recursos nacionales por parte de una oligarquía formada por 30 personas que, con una concentración desmedida de la riqueza, han depauperado a las mayorías, y con la concentración del poder político, han repartido inequitativamente las cargas fiscales, reducido el gasto social y empobrecido la capacidad adquisitiva del salario. La alternancia PRI-PAN en el gobierno no sería para el tabasqueño sino la forma de gestión política de este orden injusto. En la medida en que dentro de éste el ingreso lo concentran la alta burocracia y la oligarquía a través de privilegios de facto, López Obrador propone cancelarlos: por un lado, bajando los salarios a los funcionarios públicos; por el otro, eliminando las exenciones fiscales al gran capital. Esta revolución administrativa, una austeridad al revés de la ejercida por la “mafia de los 30” (la versión obradorista del “1% contra el 99%” de Occupy Wall Street), sanearía las finanzas públicas y restauraría la ética republicana de acuerdo con el tabasqueño.

La producción energética, la refinación y la petroquímica constituyen para López Obrador las industrias estratégicas que detonarán el desarrollo económico. Éstas, apoyadas por una reingeniería de las finanzas públicas, dotarán al Estado de los recursos suficientes para activar un programa de empleo masivo y bien pagado que dinamice el mercado interno de manera tal que constituya un círculo virtuoso. El programa de empleo, pero sobre todo la educación pública a todos los niveles con una cobertura universal —cabe decir que ni Finlandia, el país con la mejor educación del planeta, tiene esta capacidad—, tendrán como prioridad ocuparse de los jóvenes para evitar que sean la reserva de brazos de la economía criminal y la principal víctima de la violación de los derechos humanos por parte de la fuerza pública. Esto, aunado al fortalecimiento de los servicios públicos, permitirán crear un Estado de bienestar que alcance a todos.

La caracterización de los estratos sociales, la atención a sus demandas y la concepción del Estado nacional muestran la propuesta obradorista bastante a la saga de la de las izquierdas emergentes. El pueblo de López Obrador, señalamos, es homogéneo y está identificado con el interés nacional; no podría ser de otra manera porque la única propiedad de la que participa es la pública. Cada privatización, entonces, merma sus recursos, lo empobrece todavía más. Las clases medias no tienen acomodo en el antagonismo social propuesto por el político de Macuspana, por lo que no se hace cargo de las reivindicaciones que provienen del flanco progresista de éstas (drogas, matrimonio igualitario, aborto, etcétera), siendo por lo demás reivindicaciones de la izquierda socialista mexicana del siglo XX. López Obrador habla de reconocer la autonomía de los pueblos originarios, así como de convertir en ley los Acuerdos de San Andrés Larráinzar, pero no avanza en la discusión sobre la pertinencia o no de caracterizar a México como un Estado plurinacional (como hicieron en Bolivia), ya que no cuestiona, sino comparte, la mestizofilia que acompañó la conformación de México como Estado nacional.

Con el afán de reinventarse como hombre pacífico —no hay que olvidar que el presidente de la guerra lo adjetivó de violento— desde 2011 López Obrador empleó la imagen de la “república amorosa” como catecismo del hombre público, y en 2018. La salida, como la concreción de la fraternidad deseable. De esta forma, con nociones extraídas del cristianismo (amor al prójimo, los “no robarás” y “no engañarás”) el tabasqueño reforzó un planteamiento hasta entonces fundamentalmente civilista (austeridad republicana, revocación del mandato, el símil de su travesía por el país como “presidente legítimo” con el carruaje juarista que albergaba “la república”), compaginando las perspectivas de la izquierda nacionalista con las de la corriente socialcristiana. Quizá tuviera influencia en el nuevo mensaje obradorista el despliegue nacional del MPJD, de Sicilia, que desde los postulados cristianos condenó los desmesurados costos de la guerra contra el crimen organizado desatada por Calderón Hinojosa, otro católico practicante.

El sabor a viejo del lenguaje político de López Obrador también tiene algo de actualidad, acaso un revival posmoderno. A partir de la crisis global de 2008, medios, intelectuales, políticos y religiosos condenaron “la codicia de Wall Street”, la inmoralidad de los ricos —curiosamente como la contenida burguesía victoriana veía a la aristocracia— y la pérdida de valores que condujeron a la especulación desenfrenada en el mercado financiero. Incluso sociólogos respetables como Alain Touraine consideraron que el único dique para contener

el capitalismo desregulado sería la conformación de un “sujeto moral” colectivo que reinsertara en el orden “postsocial” los valores democráticos y velara por los derechos humanos básicos.

La propuesta política de López Obrador esbozada en 2018. La salida constituye una utopía conservadora, si bien su autor reniega del conservadurismo que considera hipócrita. Y lo es, no únicamente por su convencionalismo en materia de derechos de mujeres y minorías, sino por la manera en que concibe el conflicto y la dinámica del cambio social. Para el tabasqueño la fuente del conflicto no surge en la sociedad misma —el antagonismo entre las clases— sino entre el pueblo y un Estado secuestrado por una minoría corrupta. De esta forma, cuando se corrige la relación entre gobernantes y gobernados por medio de un pacto sustentado en los valores republicanos, el conflicto se resuelve. Asimismo, la desigualdad no es consecuencia de la explotación, la dominación o la propiedad privada de los medios de producción, antes bien es resultado de la corrupción de acuerdo con López Obrador. Sólo la riqueza mal habida abona a la cuenta de la desigualdad. El pueblo obradorista, dijimos, es un actor pasivo, simple recipiendario de un Estado honesto. Por tanto, es incapaz de emanciparse de la dominación de los poderosos por sus propios medios. Y, al mismo tiempo, queda relevado de transformarse a sí mismo, basta que sea como es. Vista así, como empoderamiento, la consigna “sólo el pueblo puede salvar al pueblo” carece de sustento. Rota la dinámica histórica al superarse el conflicto entre el Estado privatizado por los poderosos y el pueblo despojado, los mejores sentimientos aflorarán, la inclinación hacia el bien cuajará en una república fraterna de hombres y mujeres felices en la que cada uno viva en armonía con su conciencia, consigo mismo y con el prójimo.

El neolombardismo

Mientras López Obrador se apropió de elementos republicanos y cristianos para construir su discurso político, Nueva Izquierda se etiquetó "moderna", queriendo significar su carácter institucional al explicitar la renuncia a la política callejera empleada por Morena. También con raíces en el nacionalismo —en su tiempo el PST planteaba sumarse al régimen como aliado menor para realizar los ideales de la Revolución mexicana— la corriente hegemónica dentro del perredismo quiso reconstituirse adoptando el modelo de la socialdemocracia europea, postulando una transformación gradual de la sociedad en favor de la equidad y la ampliación de los derechos de los ciudadanos. No obstante estos buenos deseos —una fuga hacia delante más que expresión de una tendencia arraigada en un núcleo partidario—, la posibilidad de convertir al PRD en una formación socialdemócrata quedó limitada de origen por la inexistente conexión del partido con los sindicatos, condición histórica que permitió a la socialdemocracia ocupar un lugar fundamental en la geografía política europea al contar con una base electoral de masas. En Latinoamérica sencillamente eso no ocurrió, y en México, el régimen posrevolucionario fue quien se hizo de los sindicatos corporativos poniéndolos en manos del PRI. Esto por no hablar del ocaso de la socialdemocracia histórica, como han mostrado las elecciones recientes en Grecia, Países Bajos, Francia, Alemania y en menor medida en España.

De 2012 para acá, pero de manera catastrófica en los últimos meses, las defecciones perredistas situaron al partido como una fuerza política marginal. Habiendo sido el mayor partido en la historia de la izquierda nacional, con oportunidad en cuando menos dos ocasiones de alcanzar la presidencia de la República, no pasa actualmente de ser "fiel de la balanza" o "partido bisagra" en un régimen de partidos que premia con cantidades exorbitantes en curules y recursos económicos a los socios menores. Tristemente, por estrategia y cortedad de miras, los despojos perredistas cada vez se parecen más a lo que fue el PPS de Lombardo: un partido que no aspira al poder sino al reparto del mismo, sin objetivos programáticos, solamente intereses. Con la diferencia que el PPS apoyaba exclusivamente al PRI, bajo el supuesto que el enemigo mayor eran los Estados Unidos, en la alternancia la pretendida "izquierda moderna" juega con el régimen o la oposición, según el caso. Esto es, se decanta por el PRI o por el PAN de acuerdo con la circunstancia. Avizorada esta alianza entre el PRD y el

PAN por algunos intelectuales como salvaguarda de la transición democrática, en la práctica ésta únicamente sirvió para apuntalar a la corriente política que domina el aparato partidario (Nueva Izquierda) a costa de desdibujar la identidad de izquierda y del colapso de su militancia de proporciones mayúsculas. Evidencia esto una encuesta reciente en la que Morena figuró como la principal fuerza electoral (24%), mientras el PRD ocupaba el cuarto sitio con un modesto 6% (El Universal, 15 de abril de 2017). En la desbandada, los perredistas parecen decantarse por Morena, pero no puede descartarse que la burocracia partidaria pacte en la penumbra con fuerzas e intereses ajenos a la izquierda en la lógica errática del "sálvese quien pueda". La constitución de la Coalición por México al Frente (PAN, PRD y Movimiento Ciudadano) va en ese sentido (El Universal, en línea, 9 de diciembre de 2017).

En las filas perredistas dos gobernadores en funciones, miembros de la Nueva Izquierda, manifestaron su intención de postularse como candidatos a la presidencia. Graco Ramírez Garrido Abreu (Morelos) y Silvano Aureoles Conejo (Michoacán). El tabasqueño, "una persona cuya vida ha estado marcada por la congruencia", de acuerdo con la página oficial del gobierno del estado de Morelos, postula una "amplia alianza para transformar a México" a fin de "erigir un polo amplio, plural, capaz de sacar adelante una profunda reforma de régimen político que asegure mayor participación ciudadana y gobernabilidad democrática". El gobernador morelense vislumbra tres posibilidades para el futuro inmediato: "cambio, continuidad o abismo". El cambio es él, la continuidad el PRI y el abismo "es el hombre que se presenta como el único salvador de la patria" (Excélsior, en línea, 2 de marzo de 2017). Como entre la continuidad y el abismo es sin duda preferible aquélla, la oferta política implícita es no ir con sino contra Morena. De acuerdo con Javier Sicilia, "Graco Ramírez es como el Javier Duarte de Morelos, y darle poder a su hijo Rodrigo Gayosso es como entregarle el estado a un cártel" (Excélsior, en línea, 19 de diciembre de 2016).

Aureoles Conejo (1965) es un político inquieto como el veloz cuadrúpedo. En 17 años como representante popular o servidor público ha solicitado en cinco ocasiones licencia para candidatearse a otro cargo presumiblemente mejor. A escasos 18 meses de asumir la gubernatura michoacana, el amigo personal de Enrique Peña Nieto acudió al llamado de la historia: "es el momento de demostrarle a millones de mexicanos que nuestra propuesta es la que requiere el país, he decidido buscar la candidatura de mi partido… a la Presidencia de la República" (Milenio, 3 de marzo de 2017). Y, al igual que su correligionario

Ramírez Garrido Abreu, Aureoles Conejo se pronunció por definir y "demostrar que nuestra propuesta es de izquierda, moderna y progresista" (Proceso, en línea, 1 de marzo de 2017). No aspira a triunfar, se conforma con augurar que "El PRD determinará quién será presidente de México" (Milenio, 23 de marzo de 2017).

Después de recorrer todo el arcoíris político, Armando Ríos Piter (1973), el Jaguar, se reinventó independiente. Diputado federal y senador por el PRD, renunció al Sol Azteca para encabezar el "Movimiento Jaguar" que, en sus palabras, es ajeno "a cualquier fuerza política y descansará en 'tres pilares': gasto mínimo de dinero para que los partidos promuevan 'campañas con costo mínimo'; 'espíritu colectivo', porque —subrayó— 'no nos interesan los demagogos, ni los líderes mesiánicos', y 'acción disruptiva', que consistirá en 'aspirar a lo imposible, a lo no previsto'" (Proceso, en línea, 14 de febrero de 2017). Escasos dos meses después, el "Emmanuel Macron mexicano", a quien generosamente Jorge Castañeda Gutman cedió su lugar como independiente "porque me parece el mejor" (Milenio, en línea, 8 de mayo de 2017), decidió organizar su propia fuerza política, Ola Independiente, "un movimiento ciudadano que propondrá las candidaturas independientes de 300 diputados federales, 64 senadores y la del próximo presidente de la República". Su oferta política descansa en tres pilares: justicia, riqueza y armonía, "temas abandonados por la clase política durante décadas" (Nexos, en línea, 1 de junio de 2017).

La debilidad y el nulo carisma de los prospectos perredistas colocan como el aspirante mejor posicionado a Miguel Ángel Mancera (1966), un hombre sin partido ni tampoco con militancia dentro de la izquierda, de orientación política incierta más allá de la tímida propuesta de un salario mínimo remunerador y la declaración de una subalterna de que el jefe de gobierno "sí tiene convicciones ideológicas" (Milenio, en línea, 21 de julio de 2015). Esto, acompañado por una gestión en la Ciudad de México marcada por la urbanización salvaje por parte de las inmobiliarias coludidas con la administración capitalina, el crecimiento del crimen, el deterioro del medio ambiente amén de una contaminación visual abrumadora. El abogado señaló en distintos foros que su proyecto es ciudadano y que contendería en una alianza formada exclusivamente por fuerzas de izquierda que vertebren un "movimiento ciudadano con una propuesta amplia, capaz de fusionar a varios sectores de la sociedad" (El Financiero, en línea, 15 de marzo de 2017). No obstante, pronto se sumó al Frente Ciudadano por México, después Coalición por México al Frente. Dado que Mancera resultó el aspirante mejor perfilado del perredismo, Ramírez Garrido Abreu y Aureoles Conejo a principios de diciembre declinaron en su favor. Sin embargo, la cúpula

de los partidos coaligados sometió al Jefe de Gobierno capitalino haciéndolo desistir de su aspiración política. En el reparto de cuotas electorales la candidatura presidencial quedó reservada al pan, o lo que es lo mismo, a su presidente Ricardo Anaya (El Universal, en línea, 9 de diciembre de 2017).

La izquierda apartidista

Fuera de la arena electoral ha existido una izquierda que se expresa políticamente bajo recursos extraparlamentarios. Tal es el caso de los grupos guerrilleros o de organizaciones de la sociedad civil. La novedad de la elección de 2018 es que segmentos de esta izquierda que habían optado por mantenerse al margen, o promovían la abstención y el anulismo, han decidido esta vez presentar candidaturas independientes. En el primer caso está la indígena nahua María de Jesús Patricio Martínez, vocera del Congreso Nacional Indígena (CNI), que contendrá por parte de éste y el EZLN. Hasta ahora, el neozapatismo había sido reacio a participar en las justas electorales y todavía menos a aliarse con los partidos de izquierda a cambio de dar un lugar a sus reivindicaciones en la agenda política de éstos. De hecho, en 1994 y 2006 el subcomandante Marcos concentró sus baterías en las candidaturas de Cuauhtémoc Cárdenas y Andrés Manuel López Obrador. Caben dos hipótesis. En primer término, que el giro electoral neozapatista tuviera un motivo táctico. Sin duda, el EZLN perdió mucho terreno en los últimos años quedado prácticamente confinado a su cuna chiapaneca, por lo que le urge reposicionarse a escala nacional y qué mejor foro que la elección constitucional de 2018. En refuerzo de esta hipótesis está el hecho de que el neozapatismo no ha tenido la menor intención de participar en las elecciones locales y estatales, a pesar de que los índices sociales de la entidad son iguales o peores que cuando despertó a México con el levantamiento armado del 1 de enero de 1994. Como dijo uno de los portavoces del CNI en la asamblea que reunió a 840 delegados de 90 pueblos indígenas: “No es que nos interese el proceso electoral, los votos, ganar la presidencia. Eso nos vale una chingada. Queremos volver a visibilizar la lucha indígena, como lo logró el EZLN en 1994” (El País, 29 de mayo de 2017).

En el frágil equilibrio entre asumirse sociedad civil y actuar dentro de la sociedad política, el EZLN y el CNI participarán en la elección con el discurso antipolítico de siempre. Incluso el CNI, haciendo eco de las resoluciones de varias comunidades indígenas —entre ellas la de Cherán—, resolvió desterrar de los territorios indígenas “a los partidos políticos, así como los programas de gobierno que los dividen y los confrontan” (La Jornada Maya, en línea, 2 de enero de 2017). Esto es, la postura indígena no puede ser más que una, la pluralidad política es simplemente inadmisible en una comunidad

pretendidamente uniforme. La segunda hipótesis, compatible parcialmente con la anterior, es que los neozapatistas se sumaran a la propuesta del CNI sin estar enteramente de acuerdo, a fin de no romper la unidad del movimiento indígena. En abono de ésta podemos leer la declaración del subcomandante Galeano —antes subcomandante Marcos— en el Seminario de Reflexión Crítica Los Muros del Capital, las Grietas de la Izquierda, donde afirmó: “Esperamos de veras que el CNI cumpla su propio mandato y no caiga en la búsqueda de votos y de cargos, sino que lleve el oído hermano para quien abajo es dolor y soledad, que lo alivie con el llamado a la organización” (La Jornada, en línea, 15 de abril de 2017).

Las filas del anulismo crecieron en México en la década pasada, al grado que en la elección intermedia de 2009 se registraron casi dos millones de votos nulos. Los anulistas, un segmento ilustrado de la población que abjura de los partidos, viraron recientemente hacia las candidaturas independientes, pues cayeron en cuenta que sustraerse de la participación únicamente alimenta el gobierno de los peores. Desde la perspectiva de la izquierda, dado que la mayoría de las candidaturas independientes presentan un cariz más bien derechista, en febrero de 2017 Emilio Álvarez Icaza (1965) hizo pública su intención de contender por la presidencia en la simbólica Plaza de las Tres Culturas. Lo acompañaba Javier Sicilia. Miembro del CENCOS, de perfil socialcristiano como vimos, el abogado tiene una consistente trayectoria como defensor de los derechos humanos, habiendo presidido la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal y la Confederación Interamericana de Derechos Humanos, de la Organización de Estados Americanos esta última. La sistemática violación de los derechos humanos en el retorno priista, particularmente la desaparición forzada de 43 estudiantes de Ayotzinapa en Iguala, constituye la causa eficiente que impulsó esta candidatura independiente. Con buenos deseos y mejores intenciones, la oferta política de Álvarez Icaza es más bien corta, centrándose en la crítica de la partidocracia y marcando distancia tanto de la élite que gobierna en nombre de todos como del caudillo redentor (léase López Obrador). Asumiéndose vocero de la sociedad civil, el abogado devenido en político por la fuerza de las circunstancias advirtió en la plaza semivacía a la clase política y a los partidos que “se les acabó la fiesta” (Milenio, en línea, 26 de febrero de 2017). Poco después, destacó como prioridad hacer “que mucha gente que no tiene opción se sienta representada para darle una sacudida al sistema político mexicano” (El País, 6 de marzo de 2017). Más temprano que tarde a quien se le “acabó la fiesta” fue a él, al abandonar la brega presidencial “para no dividir el voto ciudadano” en beneficio del PRI (Reporte Índigo, 8 de octubre de 2017). El

también abogado Vidulfo Rosales Sierra (1977), del Centro Tlachinollan de la Montaña guerrerense, quien prácticamente ha secuestrado la voz de los padres de los estudiantes de Ayotzinapa como su representante legal, desautorizó las postulaciones de Álvarez Icaza y López Obrador, señalando que ve una crisis general en el Estado infestado a todos niveles “por el crimen organizado, por la corrupción, son instituciones que se están colapsando, están en quiebre, en una crisis tremenda” (Milenio, en línea, 6 de marzo de 2017). Frente a esto, considera el abogado de Totomixtlahuaca en la línea de las guerrillas surianas, cualquier candidatura bajo las actuales reglas es hacerle el juego al “sistema”.

Colofón

Dado que tanto el PAN como el PRI de la transición dejaron un desencanto importante en el electorado y problemas nacionales mayúsculos que fueron incapaces o ni siquiera se plantearon resolver. La derecha panista, con una guerra insensata y sin posibilidad de triunfo, profundizó la descomposición social y provocó una crisis de los derechos humanos que la administración priista no solucionó o incluso agravó. Y esta última, disparó la rapacidad impúdica de la clase política, de manera tal que la imagen presidencial descendió al escaño más bajo desde que existe la medición respectiva. Además, la economía permanece estancada y el entorno internacional es bastante incierto para los países emergentes, más con la arremetida xenófoba del nuevo presidente estadunidense contra los migrantes y el proteccionismo comercial que defiende.

Ante ese entorno adverso, es indispensable que la izquierda se agrupe en un polo único atrayendo hacia él tanto a los desencantados como a los antisistémicos. Y, también, a los priistas que abandonen en barco, sea por convicción o porque no vean más que un horizonte nublado. La izquierda podría aglutinarse mediante una alianza de Morena con el PRD o como un efecto del desplome de éste —un riesgo de consideración por la alianza con el pan— mudando bases y simpatizantes hacia el obradorismo. Ganar a los desencantados, que están migrando del voto nulo hacia las candidaturas independientes, supondría que la baja en las elecciones estatales de 2016 se consolide como tendencia de forma que el “voto útil” se emitiera en favor de la izquierda. Convencer a los antisistémicos, que antes de sufragar pretenden refundar la república, es arduo, a menos que ellos mismos se persuadan de que la abstención perpetúa el estado de cosas. También puede contribuir en esta dirección la convergencia de la protesta pública con Morena como comenzamos a ver a propósito del gasolinazo de enero de 2017.

Obviamente un frente de izquierda supone que la formación mayoritaria realice un compromiso claro y verificable de incorporar las reivindicaciones principales de las fuerzas coligadas, es decir, la autonomía de los pueblos originarios de los neozapatistas, los derechos de mujeres y minorías del perredismo, el compromiso con los derechos humanos y el esclarecimiento de los sucesos de Iguala que demandan Ahora y los padres de los 43 normalistas desaparecidos.

Lamentablemente esto parece improbable. Pero, tan importante como reunir esas condiciones, es que el candidato puntero asuma que la identidad social no es la única fuente constitutiva del sujeto político. Que "el pueblo" no es homogéneo y mientras más complejas son las sociedades aumenta la diversidad, por lo que hay otros antagonismos a considerarse además de los sociales. Agregar a los diferentes no significa uniformar sus demandas, sino es requisito de un proyecto político incluyente que las haga viables. Asimismo, un Estado honrado —además de inalcanzable en el corto plazo— no es suficiente para conformar una sociedad justa. También se requieren instituciones depuradas y fortalecidas, así como de la intervención activa y autónoma de la sociedad organizada, fuera de la tutela de un Estado paternalista.

De acuerdo con las izquierdas emergentes los objetivos cardinales de la izquierda contemporánea, tanto en el Norte como en el Sur, son acabar con la casta parasitaria surgida de la fusión de la política con el dinero, la redistribución de la riqueza —que incluye el acceso a una renta básica universal o una "sociedad decente"— y la democratización de la democracia. Ninguna de las corrientes actuales de la izquierda mexicana presenta una propuesta integral que articule estos tres objetivos. Nacionalistas y apartidistas están contra aquella casta parasitaria, pronunciándose por la supresión del fuero para funcionarios públicos y representantes populares, mas no los perredistas que han hecho causa común con priistas y panistas en este asunto. López Obrador y el perredismo en menor medida enfatizan la necesidad de redistribuir el ingreso y constituir un Estado social. Únicamente los neozapatistas han instrumentado mecanismos concretos para radicalizar la democracia por medio de las "juntas de buen gobierno". A propósito de esto, De Sousa Santos propone superar la democracia "de baja intensidad, elitista y procedimentalista y, además, saturada de corrupción" de las transiciones latinoamericanas, centrada sobre todo en derechos cívicos y políticos, en favor de una democracia sustantiva donde los ciudadanos intervengan efectivamente en las decisiones públicas.[8]

Señalamos hace un momento que el teórico social portugués afirma que es más fácil tomar el poder que gobernar. Esto significa un reto mayúsculo para la izquierda mexicana que suena modesta y rezagada en sus planteamientos políticos. Combatir la desigualdad, erradicar la casta parasitaria y radicalizar la democracia exige mucho más que lo hasta ahora presentado. Requiere una elaboración mayor de un programa político con planteamientos viables, innovadores, reflexivos y documentados que lleguen a la raíz de los grandes problemas nacionales. No bastan nuevos decálogos de buenas intenciones como

el de Por México Hoy, de Cuauhtémoc Cárdenas, que, aunque bienvenidos, refrendan las viejas tesis de la izquierda nacionalista que dieron origen al PRD más que demandar a esta fuerza política un salto mayor que, sin renunciar a su historia, la coloque a la altura de las circunstancias presentes. En todo caso, un gobierno de izquierda podría luchar por garantizar las condiciones que permitan a la sociedad impulsar libremente las acciones necesarias para transformarse, cambiar el país y autogobernarse. Acaso sea ése un mejor camino que revivir a un Estado paternalista que la tutele. Ante la magnitud de la crisis que desgarra el tejido social, socava la república y desdibuja la nación, la idea regulativa que alguna vez expuso Rosa Luxemburg podría orientar a la izquierda no obstante que parezca lejana o sea inalcanzable, pero sin embargo permita ordenar la acción colectiva dándole un horizonte de sentido: construir una comunidad, un mundo, “donde todos seamos socialmente iguales, humanamente diferentes y totalmente libres”.

NOTAS

1. POR QUÉ LA IZQUIERDA

1

Moro, Utopía, p. 61; Israel, Una revolución de la mente, p. 49.

2

Soboul, La Revolución francesa, p. 123.

3

Wilson, Hacia la estación de Finlandia, pp. 200, 203.

4

Marx y Engels, Manifiesto comunista, p. 9.

2. LA PRIMAVERA DE LOS PUEBLOS

1

Tilly y Wood, Los movimientos sociales, 1768-2008, p. 87.

2

“Discurso pronunciado por el ciudadano licenciado Ignacio Manuel Altamirano en la celebración del segundo aniversario de la sociedad de socorros mutuos de impresores” (1874), Historia Obrera, 2ª época, núm. 2, 1974, p. 29.

3

Marx, El dieciocho brumario de Luis Bonaparte, pp. 100, 101; Marx y Engels, Materiales para la historia de América Latina, p. 256.

4

Chevalier, México antiguo y moderno, pp. 387, 425, 391, 423.

5

Considerant, México, pp. 73, 81. Énfasis suyo.

6

Mehring, Carlos Marx, p. 331.

7

Marx, La guerra civil en Francia, 326.

8

Citado en Hunt, El gentleman comunista, p. 342.

9

Hobsbawm, Gente poco corriente, p. 147. Énfasis propio.

3. BANDERA ROJA

1

Marx y Engels, Escritos sobre Rusta, vol. II, pp. 30, 60, 61. Énfasis propio.

2

Hill, La Revolución rusa, p. 60.

3

Kropotkin, La conquista del pan, pp. 46, 186.

4

Luxemburg, La crisis de la socialdemocracia, p. 101.

5

Lombardo Toledano, El llanto del sureste, pp. 17, 33.

6

Fascismo, democracia y frente popular, p. 170. Énfasis propio.

7

Campa, Mi testimonio, p. 161.

4. LA IZQUIERDA EN EL RÉGIMEN AUTORITARIO

1

Marx y Engels, Imperio y colonia, p. 193. Énfasis propio.

2

Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista, vol. I, pp. 152, 156, 154.

3

Ibid., vol. I, pp. 157, 160.

4

Fascismo, democracia y frente popular, pp. 480-481, 484.

5

Frente a la Revolución mexicana, vol. IV, p. 225.

6

Revueltas, Ensayo sobre un proletariado sin cabeza, p. 38.

7

Priestland, Bandera roja, pp. 261-262.

8

Fanon, Los condenados de la tierra, p. 290.

9

Giap, Guerra del pueblo, ejército del pueblo, pp. 10, 11.

5. LA NUEVA IZQUIERDA

1

Thompson, Democracia y socialismo, p. 288.

2

Sánchez Rebolledo, La izquierda que viví, p. 39.

3

Citado en Cohen, Rebelión en Estados Unidos, p. 313.

4

Monsiváis, El 68, p. 188.

5

Montemayor, Novelas, vol. I, pp. 372-373.

6

Orive, “Construyendo poder popular, ciudadanía y comunidad”, p. 42.

7

Revueltas, México 68, p. 207. Énfasis propio.

8

“Discurso de Heberto Castillo pronunciado el 27 de agosto de 1968”,

http://www.imep.org/content/view/3667/87 (consulta: 30 de enero de 2017).

9

Hobsbawm, Años interesantes, p. 324.

6. LA IZQUIERDA POSCOMUNISTA

1

www.prd.org.mx/portal/documentos/historia_PRD.pdf (consulta: 12 de julio de 2013).

2

Comandancia General del EZLN, Declaración de la Selva Lacandona, 1993. http://palabra.ezln.org.mx/comunicados/1994/1993.htm (consulta: 8 de julio de 2013).

3

Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General del EZLN, Segunda Declaración de la Selva Lacandona, 1994. http://es.wikisource.org/wiki/Segunda_Declaraci%C3%B3n_de_la_Selva_Lacan (consulta: 18 de julio de 2013).

4

Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General del EZLN,

Cuarta Declaración de la Selva Lacandona, 1996. http://palabra.ezln.org.mx/comunicados/1996/1996_01_01_a.htm (consulta:19 de julio de 2013).

5

Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General del EZLN, Tercera Declaración de la Selva Lacandona, 1995. http://librecandela.blogspot.mx/2013/01/tercera-declaracion-de-la-selva.html (consulta: 19 de julio de 2013). Énfasis propio.

6

Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General del EZLN, Quinta Declaración de la Selva Lacandona, 1998. http://es.wikisource.org/wiki/Quinta_Declaraci%C3%B3n_de_la_Selva_Lacandc (consulta: 19 de julio de 2013).

7

“Determina el Congreso de la Unión aceptar el diálogo directo con el Ejército Zapatista”, http://www.margen.org/marcha/8-03-02d.htm (consulta: 18 de febrero de 2016).

7. LA IZQUIERDA DEL SIGLO XXI

1

Sicilia, El deshabitado, p. 198.

[2]

“México se mueve: Crónica de una marcha”, Nexos, en línea, 21 de noviembre de 2014.

8. LA IZQUIERDA HOY

[1]

Watkins, “Oposiciones”, p. 33.

[2]

Iglesias, Disputar la democracia, p. 42.

[3]

Harnecker, Reconstruyendo la izquierda, p. 123.

[4]

De Sousa Santos, La difícil democracia, pp. 223-224.

[5]

Mangabeira Unger, La alternativa de la izquierda, pp. 42, 76.

6

García Linera, Forma valor y forma comunidad, pp. 22, 32.

7

López Obrador, 2018, p. 19.

8

De Sousa Santos, La difícil democracia, p. 218.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

Abramson, Pierre-Luc, Las utopías sociales en América Latina en el siglo XIX, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

Alonso, Jorge, En busca de la convergencia. El Partido Obrero Campesino Mexicano, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1990.

Anguiano, Arturo, Entre el pasado y el futuro. La izquierda en México, 1969-1995, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1997.

Arrighi, Giovanni, Terence K Hopkins e Immanuel Wallerstein, Movimientos antisistémicos, Madrid, Akal, 1999.

Berlin, Isaiah, Karl Marx. Su vida y su entorno, introducción de Alan Ryan, 2000, 4a ed., Madrid, Alianza, 2009.

Bernstein, Eduard, Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia/Problemas del socialismo/El revisionismo en la socialdemocracia, edición de José Aricó, México, siglo XXI, 1982.

Campa, Valentín, Mi testimonio. Memorias de un comunista mexicano, 1978, 2a. ed. corregida y aumentada, México, Ediciones de Cultura Popular, 1985.

Carr, Barry, La izquierda mexicana a través del siglo XX, México, Era, 1996.

Castañeda, Jorge, La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina, México, Joaquín Mortiz/Planeta, 1993.

Castellanos, Laura, México armado, 1943-1981, epílogo y cronología de Alejandro Jiménez Martín del Campo, México, Era, 2007.

Chevalier, Michel, México antiguo y moderno, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

Cockcroft, James D., Precursores intelectuales de la Revolución mexicana,

México, siglo XXI, 1971.

Cohen, Robert (comp.), Rebelión en Estados Unidos, México, siglo XXI, 1969.

Cole, George Douglas Howard, Historia del pensamiento socialista, 8 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1957.

Concheiro, Elvira, Massimo Modonesi y Horacio Crespo, El comunismo: otras miradas desde América Latina, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007.

Considerant, Víctor, México. Cuatro cartas al mariscal Bazaine, edición prólogo y notas de Carlos Illades, traducción de Hilda Domínguez Márquez, México, Instituto Mora/ Universidad Autónoma Metropolitana, 2008.

De Sousa Santos, Boaventura, La difícil democracia. Una mirada desde la periferia europea, Barcelona, Akal, 2016.

Eley, Geoff, Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000, Barcelona, Crítica, 2003.

Fanon, Frantz, Los condenados de la tierra, 1963, 3a ed., prefacio de Jean-Paul Sartre, epílogo de Gérard Chaliand, México, Fondo de Cultura Económica, 2014.

Fascismo, democracia y frente popular. VII Congreso de la Internacional Comunista, traducción de José Aricó y otros, México, Pasado y Presente, 1984, Cuadernos de Pasado y Presente, 76.

Gall, Olivia, Trotsky en México y la vida política en el periodo de Cárdenas, 1937-1940, México, Era, 1991.

García Cantú, Gastón, El socialismo en México, siglo XIX, México, Era, 1969.

García Linera, Álvaro, Forma valor y forma comunidad, Madrid, Traficantes de Sueños, 2015.

Giap, Vo Nguyen, Guerra del pueblo, ejército del pueblo, 1964, prólogo de Ernesto Guevara, México, Era, 1971.

Harnecker, Marta, Reconstruyendo la izquierda, México, siglo XXI, 2008.

Hart, John Mason, El anarquismo y la clase obrera mexicana, 1860-1931, México, siglo XXI, 1980.

Hernández Padilla, Salvador, El magonismo: historia de una pasión libertaria, 1900-1922, 1984, 2a ed., México, Era, 1999.

Hill, Cristopher, La Revolución rusa, 1969, 3a ed., Barcelona, Ariel, 1981.

Hobsbawm, Eric J., Gente poco corriente. Resistencia, rebelión y jazz, Barcelona, Crítica, 1999.

—, Años interesantes. Una vida en el siglo XX, Barcelona, Crítica, 2003.

—, Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo, 1840-2011, Barcelona, Crítica, 2011.

Hunt, Tristram, El gentleman comunista. La vida revolucionaria de Friedrich Engels, Barcelona, Anagrama, 2011.

Iglesias, Pablo, Disputar la democracia. Política para tiempos de crisis, prólogo de Alexis Tsipras, Madrid, Akal, 2014.

Illades, Carlos, Rhodakanaty y la formación del pensamiento socialista en México, Barcelona, Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana, 2002.

—, Las otras ideas. Estudio sobre el primer socialismo en México, 1850-1935, México, Era, 2008.

—, De La Social a Morena. Breve historia de la izquierda en México, México, Jus, 2014.

— (coord.), Camaradas. Nueva historia del comunismo en México, México, Secretaría de Cultura/Fondo de Cultura Económica, 2017.

— y Andrey Schelchkov (coords.), Mundos posibles. El primer socialismo en Europa y América Latina, prólogo de Enrique Semo, México, El Colegio de México/Universidad Autónoma Metropolitana, 2014.

Israel, Jonathan, Una revolución de la mente. La Ilustración radical y los orígenes intelectuales de la democracia moderna, Pamplona, Laetoli, 2015.

Kropotkin, Piotr, La conquista del pan, Buenos Aires, Libros de Anarres, 2011.

La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial, 2 vols., México, Pasado y Presente, 1978, Cuadernos de Pasado y Presente, 73-74.

Lenin, Vladímir Ilich, ¿ Qué hacer? Teoría y práctica del bolchevismo, edición de Vittorio Strada, México, Era, 1977.

Lombardo Toledano, Vicente, El llanto del sureste, México, Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano, 1977.

Lomnitz, Claudio, El regreso del camarada Ricardo Flores Magón, México, Era, 2016.

Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista, 1973, 2a ed., traducción de María Teresa Poyrazián, 2 vols., México, Pasado y Presente, 1981, Cuadernos de Pasado y Presente, 43, 47.

López Obrador, Andrés Manuel, 2018. La salida, México, Planeta, 2017.

Luxemburg, Rosa, La crisis de la socialdemocracia, prólogo de Clara Zetkin, introducción de Ernest Mandel, traducción de Armando Enciso y otros, Barcelona, Anagrama, 1976.

Mangabeira Unger, Roberto, La alternativa de la izquierda, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010.

Marx, Karl, El dieciocho brumario de Luis Bonaparte, en Marx y Engels, 1969, pp. 97-185.

—, La guerra civil en Francia, en Marx y Engels, 1969, pp. 262-329.

—, Crítica del programa de Gotha, en Marx y Engels, 1969, pp. 332-353.

— y Friedrich Engels, Manifiesto comunista, introducción de Eric J. Hobsbawm, Barcelona, Crítica, 1998 [edición bilingüe].

—, Obras escogidas, Moscú, Progreso, 1969.

—, Materiales para la historia de América Latina, 1972, 6a ed., traducción de Pedro Scaron, México, Pasado y Presente, 1987, Cuadernos de Pasado y Presente, 30.

—, Imperio y colonia. Escritos sobre Irlanda, traducción de Conrado Ceretti y otros, México, Pasado y Presente, 1979, Cuadernos de Pasado y Presente, 72.

—, Escritos sobre Rusia, 2 vols., edición de José Aricó, traducción de Félix Blanco, México, siglo XXI, 1980, Cuadernos de Pasado y Presente, 90.

Martínez Verdugo, Arnoldo (ed.), Historia del comunismo en México, México, Grijalbo, 1985.

Mehring, Franz, Carlos Marx, 1967, traducción de Wenceslao Roces, Barcelona, Grijalbo, 1975.

Modonesi, Massimo, La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana, México, Casa Juan Pablos/Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2003.

Monsiváis, Carlos, El 68. La tradición de la resistencia, México, Era/Editores Independientes, 2008.

Montemayor, Carlos, Obraos reunidas, vol. I: Novelas, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

Moro, Tomás, Utopía, 1952, 9a ed., México, Espasa-Calpe, 1990.

Orive, Adolfo, “Construyendo poder popular, ciudadanía y comunidad”, en Adolfo Orive (coord.), Poder Popular, México, Casa Juan Pablos/Fundación México Social, 2010, pp. 19-52.

Padilla, Tanalís, Después de Zapata. El movimiento jaramillista y los orígenes de la guerrilla en México, 1940-1962, México, Akal, 2015.

Priestland, David, Bandera roja. Historia política y cultural del comunismo, Barcelona, Crítica, 2010.

Rama, Carlos M., Utopismo socialista, 1830-1893, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977.

Regeneración 1900-1918, prólogo, selección y notas de Armando Bartra, México, Era, 1977.

Reina, Leticia, Las rebeliones campesinas en México, 1819-1906, México, siglo XXI, 1980.

Revueltas, José, Obras completas, t. 15: México 68: Juventud y revolución, prólogo de Roberto Escudero, recopilación y notas de Andrea Revueltas y Philippe Cheron, México, Era, 1978.

—, Obras completas, t. 17: Ensayo sobre un proletariado sin cabeza, 1962, 2a ed., prólogo de Andrea Revueltas, Rodrigo Martínez y Philippe Cheron, México, Era, 1980.

Rodríguez Araujo, Octavio, Las izquierdas en México, México, Orfila, 2015.

Sánchez Rebolledo, Adolfo, La izquierda que viví. El instante y la palabra, México, Configuraciones, 2014.

Sassoon, Donald, Cien años de socialismo, Barcelona, Edhasa, 2001.

Semo, Enrique, La búsqueda, 1. La izquierda mexicana en los albores del siglo XXI, México, Océano, 2003.

Sicilia, Javier, El deshabitado, México, Grijalbo/Proceso, 2016.

Soboul, Albert, La Revolución francesa, Barcelona, Orbis, 1985.

Spenser, Daniela, El triángulo imposible. México, Rusia soviética y Estados Unidos en los veinte, México, Miguel Angel Porrúa/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1998.

Tilly, Charles y Lesley J. Wood, Los movimientos sociales, 1768-2008. Desde sus orígenes hasta Fecebook, Barcelona, Crítica, 2010.

Thompson. Edward Palmer, Democracia y socialismo, edición crítica de Alejandro Estrella, prólogo de Bryan D. Palmer, México, Universidad Autónoma

Metropolitana/Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2016.

Valadés, José C, Sobre los orígenes del movimiento obrero en México, México, Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano, 1979.

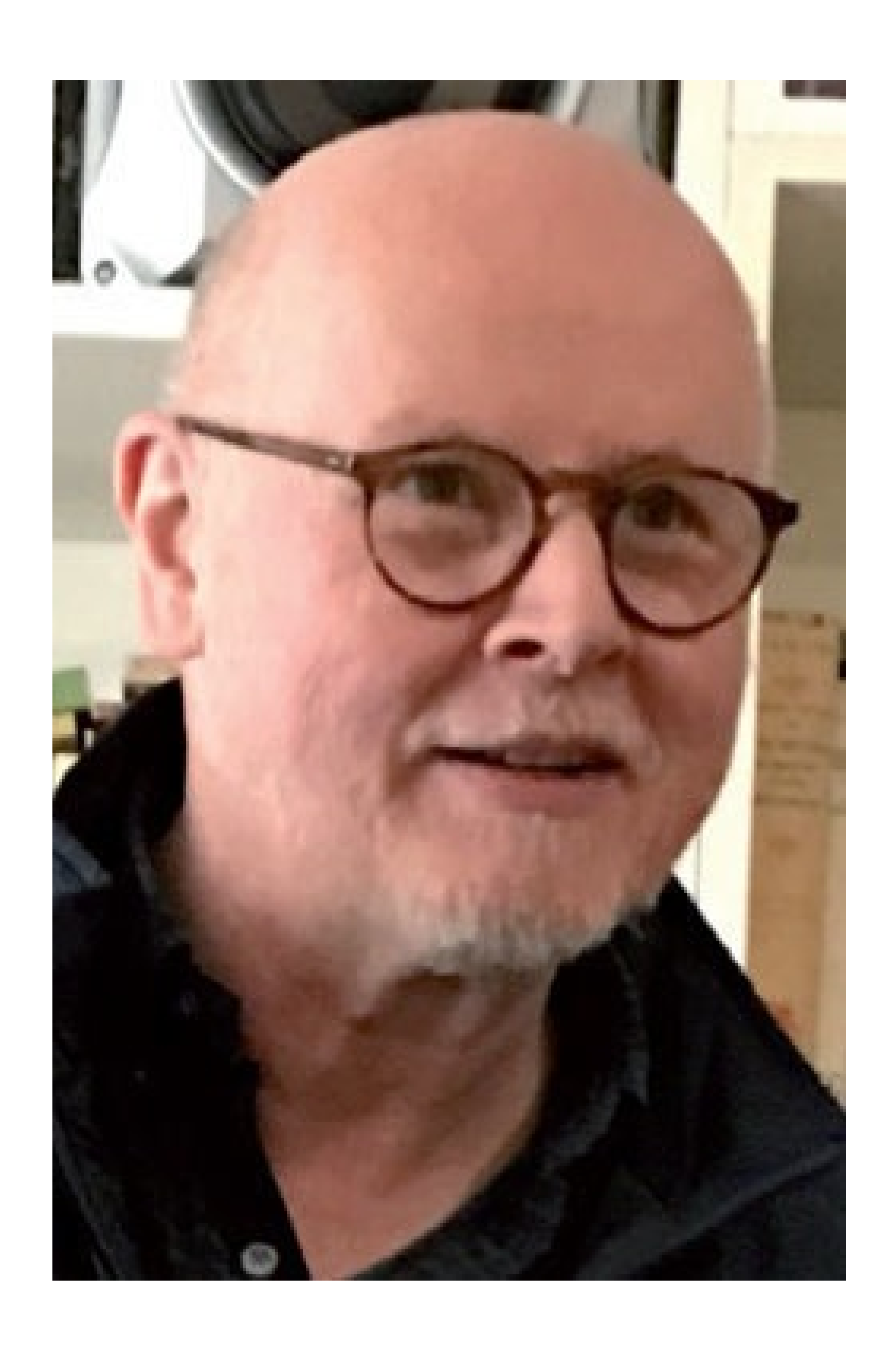
—, El socialismo libertario mexicano (siglo XIX), prólogo de Paco Ignacio Taibo II, Culiacán, Universidad Autónoma de Sinaloa, 1984.

Watkins, Susan, “Oposiciones”, New Left Review, 98, 2016, pp. 7-36 [edición en español].

Wilkie, James W., y Edna Monzón Wilkie, Frente a la Revolución mexicana. 17protagonistas de la etapa constructiva, 4 vols., México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1995-2004.

Wilson, Edmund, Hacia la estación de Finlandia. Ensayo sobre la forma de escribir y hacer historia, Madrid, Alianza, 1972.

Woodcock, George, El anarquismo. Historia de las ideas y movimientos libertarios, Barcelona, Ariel, 1979.



Carlos Illades (1959) es profesor titular del Departamento de Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa, investigador nacional nivel 3 del SNI y miembro de la Academia Mexicana de Ciencias. Ha recibido el Premio de investigación de la Academia Mexicana de Ciencias, el Premio Marcos y Celia Maus, el Edmundo O'Gorman y el Gastón García Cantú. Es autor de catorce libros, entre ellos Presencia española en la Revolución mexicana. Hacia la república del trabajo. El mutualismo artesanal del siglo XIX. Rhodakanaty y la formación del pensamiento socialista en México. Las otras ideas. Estudio sobre el primer socialismo en México. La inteligencia rebelde. La izquierda en el debate público en México. De La Social a Morena. Breve historia de la izquierda en México. Conflicto, dominación y violencia. Capítulos de historia social y El marxismo en México. Una historia intelectual. así como coeditor de Mundos posibles. El primer socialismo en Europa y América Latina. y editor de Camaradas. Nueva historia del comunismo en México.

EL FUTURO ES NUESTRO

Historia de la izquierda en México

Diseño de portada: Jorge Garnica / La Geometría Secreta

Eugenio Sue 55, Col. Polanco Chapultepec,

C.P. 11560, Miguel Hidalgo, Ciudad de Mexico

info@oceano.com.mx

www.oceano.mx

Primera edición en libro electrónico: enero, 2018

eISBN: 978-607-527-477-5

Libro convertido a ePub por:

Capture, S. A. de C. V.